

**Simenon**

# La taberna de los dos centavos

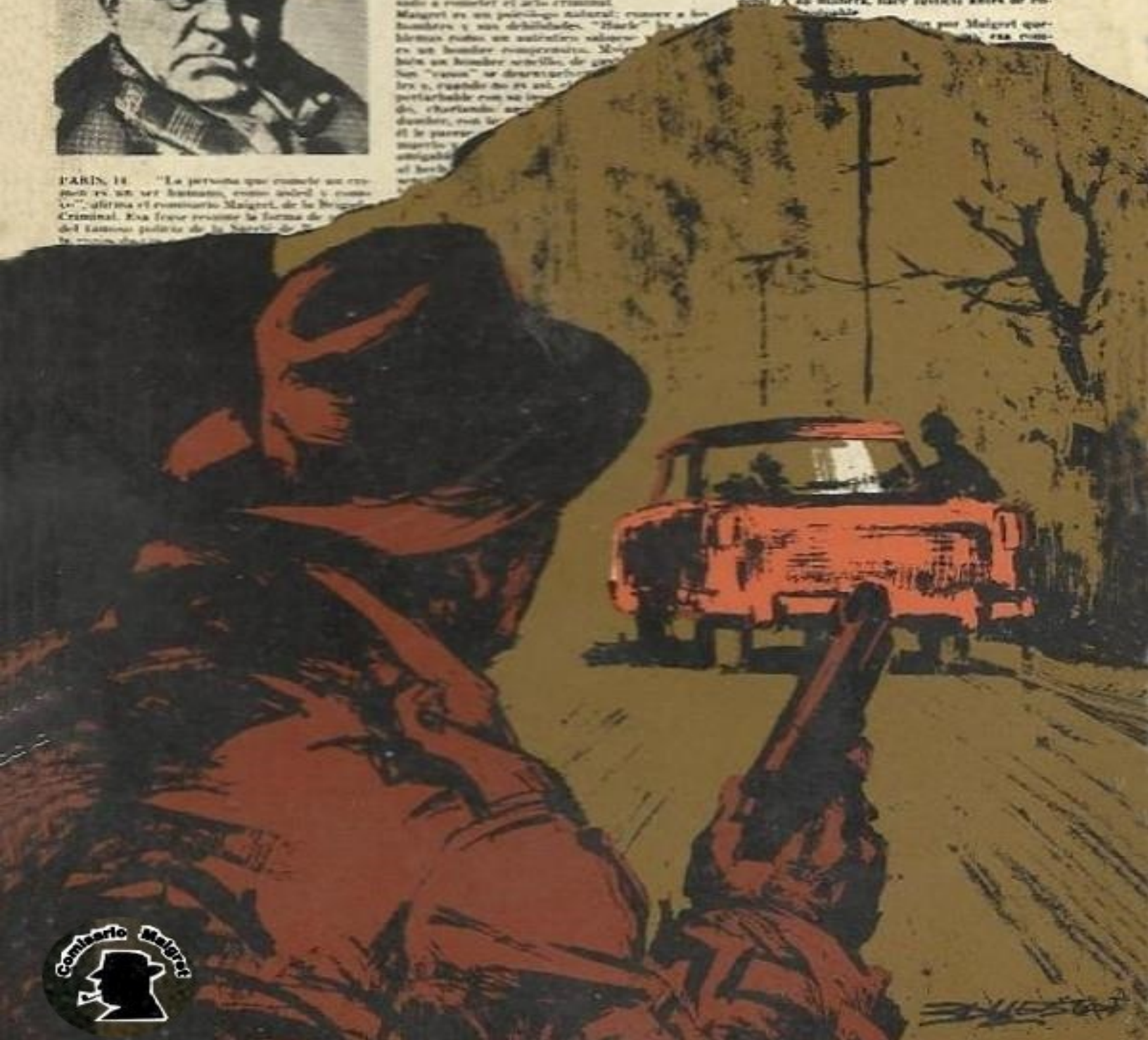


PARIS, 11. "La persona que comete un crimen es un ser humano, como usted y como yo", afirma el comisario Maigret, de la Brigada Criminal. Esa frase resume la forma de pensar del famoso policía de la Serie de...

gral nos parece un hombre gris que des por el lugar del crimen, que hace preguntas sin fin al sus, que mira y no dice nada, como absorbiendo el fondo de su alma. Maigret es un hombre en su ambiente. Según él, todo crimen tiene su razón; cada crí... final sus razones. Descubrir esas razones, situarse en el plano humano y accidental del crimen es descubrir casi intuitivamente las "razones" que han conducido al hecho delictivo y, en consecuencia, descubrir quién, de entre los sospechosos, es la persona que en justa lógica debió articular de una manera tal que forzosamente fue impulsado a cometer el acto criminal.

Maigret es un personaje natural; conocer a los hombres y sus debilidades. "Hacer" los problemas es un auténtico salomón. Maigret es un hombre comprensivo. Maigret es un hombre sencillo, de gran... sus "razones" se descubren... ley y, cuando no es así, el... perturbador con su... de, charlando... dándose, con la... el le parece... Maigret y... atigable... el hecho...

mera de investigación es simple: ojos y oídos bien abiertos, y un cerebro que sabe relacionar los hechos en su auténtica dimensión. En apariencia, Maigret parece no ser nadie, como si quisiera pasar desapercibido en un segundo lugar. Pero su percepción casi aldrina a los cables ocultos, sintoniza cada personaje en su exacto lugar y es capaz de verlos al culpable. Maigret, muchas veces, siente pena por el criminal; otras, sólo desprecio. Maigret, en el fondo, comprende y perdona, aunque ha de ser fiel a la Ley que ha jurado defender. Por eso es más duro con el criminal que con el... A su manera, hace justicia antes de re...



Lenoir, un malhechor condenado a muerte, va a ser ejecutado en breve, y el comisario Maigret acude a visitarlo. En la estrecha celda, Lenoir le explica, lleno de amargura, un asesinato del que fue testigo hace años y cuyo autor nunca pago por su delito. Pero Lenoir no es un chivato y solo dará dos pistas al comisario: un lugar —un merendero en las afueras de París— y un nombre —el de otro testigo del crimen—. Nadie parece conocer el lugar ni al testigo, y el comisario empieza a olvidarse del asunto. Hasta que, una mañana, Maigret entra en una sombrerería y oye, sorprendido, cómo otro cliente pide una chistera para celebrar una fiesta ¡precisamente en el merendero de que hablo Lenoir!

Georges Simenon

# **La taberna de los dos centavos**

**Comisario Maigret - 11**

Título original: *La guinguette à deux sous*  
Georges Simenon, 1932

Editor digital: Titivillus  
Digitalización: Chimango  
Corrección de erratas: lector\_número\_13



## Índice de contenido

Cubierta

La taberna de los dos centavos

I. El sábado del señor Basso

II. El marido de la dama

III. Las dos canoas

IV. Las citas en la calle Royal

V. El auto del doctor

VI. Regateos

VII. El chamarilero

VIII. La querida de James

IX. Veintidós francos de jamón

X. La ausencia del comisario Maigret

XI. El asesino de Ulrich

# I

## EL SÁBADO DEL SEÑOR BASSO

Un ocaso radiante. Un sol casi pegajoso en las calles apacibles de la Rive Gauche. Y por todas partes, en los rostros, en los mil ruidos familiares de la calle, la alegría de vivir.

Hay días así, en los que la existencia es menos cotidiana y en los que los transeúntes en las aceras y los autos parecen desempeñar su papel en un cuento de hadas.

Era el 27 de junio. Cuando Maigret llegó a la poterna de la Santé, el centinela contemplaba enternecido a un pequeño gato blanco que jugaba con el perro de la vendedora de quesos.

Debe de haber, asimismo, días en los que los pavimentos son más sonoros. Los pasos de Maigret retumbaron en el inmenso patio. Al final de un corredor, interrogó a un guardián.

—¿Lo sabe él?

—Todavía no.

La llave giró en la cerradura y el cerrojo fue descorrido. Una celda muy alta, muy limpia, y un hombre que se levantó mientras su rostro parecía buscar una expresión.

—¿Qué tal, Lenoir? —preguntó el comisario.

Éste estuvo a punto de sonreír. Pero una idea endureció de repente sus rasgos. Sus cejas se juntaron con suspicacia. En el espacio de algunos segundos, esbozó una mueca arisca, luego se encogió de hombros y tendió la mano.

—¡Comprendido! —dijo.

—Comprendido, ¿qué?

Una sonrisa desengañada.

—¡A mí no me la pega, no! Si usted está aquí... Es que salgo mañana por la mañana de vacaciones y...

El prisionero rió, con una risa forzada. Era un mocetón de cabellos morenos tirados hacia atrás. Rasgos regulares. Hermosos ojos castaños. Finos bigotes que hacían resaltar la blancura de sus dientes, como los de los roedores.

—Es usted muy amable, señor comisario...

Se desperezó, bostezó, cerró la tapa del water que, en un rincón de la celda, había quedado abierta.

—No tenga en cuenta el desorden...

Y, de repente, con la mirada en los ojos de Maigret:

—La apelación ha sido denegada, ¿verdad?

Era inútil mentir. Ya había comprendido. Iba de un lado a otro.

—¡No me hacía ilusiones...! Entonces, ¿mañana?

A pesar suyo, en la última palabra, la voz se le veló y sus ojos cogieron el resplandor del día, que se filtraba por una ventana estrecha, muy en lo alto.

A la misma hora los periódicos de la tarde, que se anunciaban gritando en las terrazas de los cafés, publicaban:

*El Presidente de la República ha rechazado la apelación de Jean Lenoir, el joven jefe de la banda de Belleville. La ejecución tendrá lugar mañana al amanecer.*

\* \* \*

Había sido Maigret quien, tres meses antes, había echado mano a Lenoir en un hotel de la calle Saint Antoine.

Un segundo más y la bala que el asesino disparó en su dirección le habría alcanzado en pleno pecho en lugar de perderse en el aire.

Esto no impidió que el comisario se interesara por él, sin rencor. En principio, quizá, porque Lenoir era joven. Un muchacho de veinticuatro años

que, desde los quince, coleccionaba condenas.

Luego porque era valiente. Tenía cómplices. Dos de ellos habían sido detenidos el mismo día que él. Eran también culpables y en su último delito, el atraco a un cobrador, sin duda habían participado de manera más decisiva que el jefe.

Lenoir, sin embargo, les restaba culpabilidad, se hacía él el único responsable, rehusaba «hacer de soplón».

Carecía de pose, de bravuconería. No culpaba a la sociedad de su suerte.

—¡He perdido...! —se contentaba con decir.

Todo había terminado. O más bien, cuando el sol que doraba un pedazo del muro de la celda saliera de nuevo, todo habría terminado.

Muy a su pesar, Lenoir tuvo un gesto siniestro. Mientras caminaba, se pasó la mano por la nuca, se estremeció, se puso pálido, sintió la necesidad de reír con ironía.

—No obstante, hace un efecto raro...

Y bruscamente, con una oleada de rencor en la boca:

—¡Si al menos uno fuera allí abajo con todos esos que lo merecen!

Observó a Maigret, dudó, dio todavía la vuelta a la estrecha pieza, y refunfuñó:

—No será hoy cuando empiece a chivarme de alguien. ¡Aunque, sin embargo...!

El comisario evitó mirarlo. Sentía llegar la confesión.

Y sabía que el otro era tan huraño que un simple estremecimiento, o un interés demasiado visible, bastaría para cerrarle la boca.

—Naturalmente, usted no conoce la taberna de los dos centavos... Pues bien; si se diera una vuelta por allí, descubriría que hay un tipo, entre los habituales, que hace mejor papel que yo, mañana en la guillotina.

No cesaba de pasear. No podía detenerse. Era algo alucinante; la única manera en que traicionaba su fiebre.

—Pero no lo cogerá... ¡Vaya!, sin «hacer de soplón» puedo contarle eso... No sé por qué lo recuerdo hoy... Quizá porque es una historia de niño... Debía tener los dieciséis años... Éramos dos los que frecuentábamos los bailes de barrios y nos dedicábamos a merodear... El otro, estos momentos, debe estar en un sanatorio... Tosía ya...



¿No hablaba ahora para hacerse la ilusión de la vida para probarse a sí mismo que era todavía un hombre?

—Una noche... Serían las tres... Paseábamos a lo largo de la calle... ¡Pero no! No le diré el nombre de la calle... Una calle cualquiera. Vimos desde lejos una puerta que se abría... Había un auto al borde de la acera... Un tipo salió empujando a otro... ¡No! No le empujaba... Imagine un maniquí que se quiere hacer andar a su lado como si fuera un compañero... Lo metió en el coche se instaló ante el volante... Mi amigo me lanzó una ojeada y henos a los dos en el parachoques trasero... En aquel tiempo, me llamaban «el Gato»... ¡Con ello queda explicado todo...! Nos paseamos por multitud de calles... El amigo que conducía parecía buscar algo, haberse equivocado... Al fin, comprendimos lo que buscaba, pues llegamos al canal Saint-Martin... Adivina usted, ¿no?... El tiempo de abrir y cerrar la portezuela y todo concluido... Un cuerpo: «Estaba ya en remojo...».

»¡Fue cosa de coser y cantar! El tío del coche había debido meter de antemano objetos pesados en los bolsillos del cadáver, pues no flotó ni un instante...

»Nosotros dos nos mantuvimos quietos... Nueva ojeada y volvimos a subir a nuestro lugar... Era cosa de asegurarse de la dirección del cliente... En la plaza de la República se detuvo para beber una copa de ron en el único café todavía abierto... Después condujo su coche al garaje y volvió a su casa... Le vimos desnudarse detrás de los visillos como una sombra chinesca...

»Durante dos años le estuvimos sacando dinero, Víctor y yo... Pero éramos novatos... Teníamos miedo de pedir demasiado... Unos cien francos cada vez...

»Luego, un día, el tipo se largó y no lo volvimos a encontrar... No hace tres semanas que lo vi por casualidad en la taberna de los dos centavos y ni siquiera me reconoció...

Lenoir escupió en el suelo, buscó maquinalmente sus cigarrillos y refunfuñó:

—Cuando uno ha llegado a la situación en la que yo me encuentro, podrían al menos dejarle fumar...

El rayo de sol se había extinguido, allá arriba. Se oían pasos en los corredores.

—No soy peor que otro y es preciso reconocer que el tipo del que le hablo haría buen papel, mañana por la mañana, conmigo, en la...

Eso surgió bruscamente. Unas gotas de sudor en la frente. Y, al mismo tiempo, le flaquearon las piernas. Lenoir se sentó en el borde de su camastro.

—Es hora ya de que me deje... —suspiró—. O mejor, no... ¡No! Que no se me deje solo hoy... Es mejor hablar... ¡Ea! ¿Quiere que le cuente la historia de Marcela, la mujer que...?

Abrieron la puerta. El abogado del condenado dudó al ver a Maigret. Ostentaba una sonrisa de circunstancias, para no dejar entrever a su cliente que la apelación había sido denegada.

—Las noticias son buenas... —comenzó.

—¡Ya está bien!

Y a Maigret:

—No le digo hasta la vista, ¿verdad, señor comisario?... Cada uno a lo suyo... Luego, sabe usted, no vale la pena de ir a la taberna... El individuo es tan listo como usted...

Maigret tendió la mano. Vio temblar las aletas de la nariz, humedecerse el pequeño bigote moreno y los dientes que se clavaban en el labio inferior.

—¡Eso o la fiebre tifoidea!... —bromeó Lenoir con una risa forzada.

Maigret no salió de vacaciones, ya que tenía un asunto de bonos falsificados que le tomaba casi todo su tiempo. Jamás había oído hablar de la taberna de los dos centavos. Pidió información a sus colegas.

—No la conozco. ¿En qué lado se encuentra? ¿En el Marne? ¿En el bajo Sena?

Lenoir tenía dieciséis años cuando sucedió el caso que había relatado. Así pues, hacía ocho años que había acontecido y una noche Maigret abrió los expedientes de sucesos clasificados aquel año.

Pero no había nada sensacional. Desapariciones, como siempre. Una mujer cortada en pedazos, cuya cabeza no se había encontrado jamás. En cuanto al canal Saint Martin, no había devuelto menos de siete cadáveres.

Y el asunto de los falsos bonos se complicaba, exigía múltiples gestiones. Luego fue preciso conducir a la Señora Maigret a Alsacia, a casa de su

hermana donde, como cada año, iba a pasar un mes.

París se vaciaba. El asfalto se volvía blando bajo los pasos. Los transeúntes buscaban las aceras sombreadas y todos los asientos de las terrazas estaban ocupados.

*Te esperamos el domingo sin falta. Besos de todos.*

La señora Maigret reclamaba, porque desde hacía quince días su marido no había ido a verla. Era el sábado, julio. Puso en orden sus papeles y previno a Juan, el muchacho del despacho del *Quai des Orfèvres*, de que no volvería sin duda antes del lunes por la noche.

En el momento de salir, su mirada cayó en el ala de su sombrero hongo, que desde hacía semanas estaba rota. Diez veces la señora Maigret le había dicho que se comprara otro.

—¡Terminarán por darte limosna en la calle!... En el bulevar Saint-Michel halló una sombrerería y comenzó a probarse sombreros hongos, que resultaban ser demasiado pequeños para su cabeza.

—Le aseguro que éste... —se obstinaba en repetirle un vendedor rapagón.

Jamás Maigret se sentía tan desgraciado como cuando se probaba algo. Ahora bien, en el espejo donde se miraba, percibió una espalda, una cabeza, y sobre esta cabeza una chistera.

Como el cliente llevaba un traje de sport gris, era más bien chocante. Hablaba.

—¡No! Querría un modelo todavía más antiguo... No es para vestirme...

Maigret esperaba nuevos sombreros que habían ido a buscarle a la trastienda.

—Si usted quiere saberlo, es para una farsa... Una falsa boda, que organizamos algunos amigos, en la taberna de los dos centavos... ¡Habrà la novia, la suegra, los pajes de honor y todo...! ¡Como en una boda aldeana! ¿Comprende ahora lo que necesito...? Yo hago de alcalde de pueblo...

El cliente decía todo eso riendo. Era un hombre de unos treinta y cinco años, regordete, con las mejillas llenas y encarnadas, que tenía la apariencia de un comerciante próspero.

—Si tuviera con el ala plana, por ejemplo...

—¡Espere! Creo que en el taller tenemos exactamente lo que necesita.

Trajeron a Maigret una nueva pila de sombreros hongos. El primero que se probó le iba bien. Pero se entretuvo y no salió más que algunos instantes antes que el hombre del sombrero de copa y detuvo al azar un taxi.

Fue una decisión acertada. El otro, al salir, se metió en un auto colocado al borde de la acera, se puso al volante y se dirigió hacia la calle Ville-du-Temple.

Allí, pasó una media hora en la tienda de un revendedor y salió con un gran paquete plano, que debía contener el traje adecuado a la chistera.

Luego fueron hacia los Campos Elíseos y la avenida de Wagram. Había un pequeño bar en la esquina de la calle. No permaneció allí más que cinco minutos, saliendo en compañía de una mujer de unos treinta años, regordeta y alegre.

Dos veces había mirado Maigret la hora de su reloj. Su primer tren ya había salido. El segundo partiría dentro de un cuarto de hora. Se encogió de hombros y dijo al chófer del taxi:

—Continúe siguiéndole.

Ya se lo esperaba: el coche se detuvo ante un «meublé» de la avenida Niel. La pareja se precipitó en la entrada.

Maigret esperó un cuarto de hora y penetró, no sin haber leído antes en una placa de cobre:

*Habitaciones por meses y por días.*

En un despacho que olía a adulterio, elegante, encontró a una perfumada gerente.

—¡Policía judicial! La pareja que acaba de entrar...

—¿Qué pareja?

No protestó mucho rato.

—Gentes de buena posición, ambos casados; vienen dos veces por semana...

Al salir, el comisario echó un vistazo a la placa de identidad del automóvil, a través del cristal.

*Marcel Basso,*

*32, Quai d'Austerlitz, París.*

\* \* \*

Ni un soplo de brisa. El aire era tibio. Y los tranvías y los autobuses se dirigían abarrotados hacia las estaciones. Los taxis iban cargados de sillas plegables, cañas de pescar, redes para gambas y maletas.

El asfalto parecía azul por su misma brillantez y de todas las terrazas llegaban ruidos de vasos y de platos.

—¡Al grano! Hace tres semanas que Lenoir ha sido...

No se había hablado mucho de ello. Era un asunto banal, un asesino en cierto modo profesional. Maigret recordó su bigote que se estremecía y suspiró al mirar su reloj.

Demasiado tarde para ir a reunirse con la señora Maigret, que por la noche estaría en la puerta de la pequeña estación con su hermana y que no dejaría de murmurar:

—¡Siempre el mismo!

El chófer del taxi leía un periódico. El hombre de la chistera salió el primero e inspeccionó la calle en los dos sentidos antes de hacer seña a su compañera, que se había quedado en la entrada.

Se detuvieron en la plaza de Ternes. Se les veía abrazados a través del cristal posterior. Y mantuvieron juntas todavía sus manos mientras él embragaba el coche y la mujer detenía a un taxi.

—¿Continúa? —preguntó el chófer a Maigret.

—Ya que hemos llegado hasta aquí...

¡Al menos había dado con alguien que conocía la taberna de los dos centavos!

Quai d'Austerlitz. Un enorme cartel:

*Marcel Basso*  
*Importador de carbones de toda procedencia*  
*Al por mayor*  
*Al detalle*  
*Repartos por saco a domicilio*  
*Precios de verano*

Un almacén al aire libre rodeado de una empalizada ennegrecida. Enfrente, al otro lado de la calle, un muelle de descarga, que ostentaba un rótulo parecido

y unas pinazas varadas cerca de montones de carbón descargado aquel mismo día.

En medio del lugar, una gran casa tipo torre. El Basso aparcó su automóvil, se inspeccionó de un modo mecánico para asegurarse que no tenía cabellos femeninos en sus hombros y entró en su casa.

Maigret le vio reaparecer en una habitación del primer piso cuyas ventanas estaban abiertas de par en par. Se hallaba con una mujer alta, rubia y bonita. Ambos reían. Hablaban con animación. El señor Basso se probaba su chistera y se miraba en el espejo.

Metieron efectos en las maletas. Estaba allí una sirvienta con delantal blanco.

Un cuarto de hora más tarde —eran las cinco— la familia bajó. Un chiquillo de unos diez años iba el primero llevando una escopeta de aire comprimido. Luego la criada, la señora Basso, su marido y el jardinero con las maletas...

Todo rebosaba buen humor. Algunos autos pasaban, se dirigían al campo.

En la estación de Lyon, los trenes duplicados y triplicados silbaban furiosamente.

La señora Basso se sentó junto a su marido. El chico se instaló detrás, entre el equipaje, y bajó los cristales.

El coche no era de lujo. Un buen automóvil de serie, de color azul París, casi nuevo.

Algunos minutos más tarde circulaban hacia Villeneuve-Saint-George. Luego tomaron la carretera de Corbeil. Atravesaron esta ciudad y siguieron por un camino hundido a lo largo del Sena.

### *Mi descanso*

Era el nombre de la torre, allá abajo, entre Morsang y Seineport, al borde del río. Un edificio nuevo con ladrillos brillantes, pinturas frescas y flores, que parecían haber sido lavadas por la mañana.

Un trampolín muy blanco junto al Sena. Algunas lanchas.

—¿Conoce usted el lugar? —preguntó Maigret al chófer.

—Un poco...

—¿Hay medio de encontrar habitación en alguna parte?

—En Morsang, en el *Vieux Garçon*... si no, más lejos, en Seineport, en casa Marius...

—¿Y la taberna de los dos centavos?

El otro hizo un gesto de ignorancia.

El taxi no podía permanecer por más tiempo al borde de la carretera sin ser notado. El auto de los Basso había sido ya vaciado de su contenido. No habían pasado diez minutos cuando la señora Basso se dejó ver en el jardín vestida con un traje de marinero de tela de Concarneau y un gorro de marinero americano en la cabeza.

Su marido debía estar ansioso de probarse su disfraz, pues apareció en una ventana embutido en una levita inverosímil y llevando la chistera en la cabeza.

—¿Qué te parece?

—¿No habrás olvidado la banda?

—¿Qué banda?

—¡Caramba! Los alcaldes llevan un fajín tricolor...

En el río, unas canoas se deslizaban lentamente. Un remolcador silbó a lo lejos. El sol empezaba a esconderse tras los árboles de la colina, río abajo.

—¡Vamos al *Vieux Garçon*! —dijo Maigret.

Vio una gran terraza al borde del Sena, embarcaciones de todas clases y una decena de vehículos aparcados detrás del edificio.

—¿Le espero?

—Todavía no lo sé.

La primera persona que encontró fue una mujer vestida enteramente de blanco, que corría y que estuvo a punto de caerle en los brazos. Llevaba flores de azahar en la cabeza. Un joven en traje de baño la perseguía. Los dos reían.

Otras personas asistían a la escena, desde la escalinata del albergue.

—¡No estropees a la desposada...! —gritó alguien.

—¡Espera al menos a la boda!

La novia se detuvo sin aliento y Maigret reconoció a la dama de la avenida Niel, la que, dos veces por semana, penetraba con el señor Basso en el «meublé».

En un bote pequeño pintado de verde, un hombre ordenaba unos instrumentos de pesca con la frente arrugada, como si estuviera entregado a un trabajo delicado y difícil.

—¡Cinco pernodes, cinco!

Un joven salía del albergue con la cara llena de grasa blanca y de maquillaje. Se había arreglado el rostro como un campesino granujiento y cómico.

—¿Lo he conseguido?

—¡Deberías tener el pelo rojo!

Llegó un automóvil. Algunas personas, que se habían vestido ya para la boda campesina, bajaron de él. Una mujer llevaba un vestido de seda pardo oscuro, que arrastraba por el suelo. Su marido se había puesto la cadena de un bote, como si fuera la cadena de un reloj en un abdomen redondeado por un almohadón metido bajo el chaleco.

Los rayos de sol se volvían rojizos. El follaje de los árboles apenas se movía. Una canoa navegaba por el centro del río y su pasajero, medio desnudo, acostado detrás, se contentaba con dirigirla indolentemente con el canaleta.

—¿A qué hora vienen los carros con bancos?

Maigret no sabía dónde meterse.

—¿Han llegado los Basso?

—Nos adelantaron por el camino.

De pronto, alguien vino a colocarse delante de Maigret: un hombre de unos treinta años, ya casi calvo, con cara de payaso. Una llama maliciosa chispeaba en sus ojos. Y dijo con un marcado acento inglés:

—¡He aquí un compañero para hacer de notario!

No estaba completamente ebrio. Pero tampoco estaba sereno del todo. Los rayos del sol poniente teñían de púrpura su rostro, cuyas pupilas eran más azules que el río.

—Harás de notario, ¿verdad? —suplicó con la familiaridad de un beodo—. ¡Sí, hombre, la gente se divertirá mucho!

Y añadió, tomando a Maigret del brazo:

—Ven a beber un pernod.

Todo el mundo reía. Una mujer dijo a media voz:



—¡La ha cogido buena James!

Pero el otro, imperturbable, arrastró a Maigret hacia el *Vieux Garçon*, y pidió:

—¡Dos grandes *per...*!

Y él mismo se rió de este desplante semanal, mientras le servían dos vasos llenos hasta el borde.

## II

### EL MARIDO DE LA DAMA

Cuando llegó enfrente de la taberna de los dos centavos. Maigret no tenía todavía su «clave», como le gustaba decir. Había seguido al señor Basso sin demasiada confianza. En el *Vieux Garçon* había mirado con mirada triste a las gentes, que se agitaban. Pero no había sentido ese pequeño pellizco, ese sobresalto, ese cosquilleo en suma, que le sumergía en la atmósfera de un asunto.

Mientras que James le forzaba a brindar con él, había visto clientes ir y venir, probar vestidos ridículos, ayudarse los unos a los otros, desternillarse de risa, gritar. Los Basso habían llegado y su hijo, a quien se le había hecho una cabeza de pequeño idiota de campo, con los cabellos color de zanahoria, había suscitado el entusiasmo.

—¡Déjales hacer! —decía James cada vez que Maigret se volvía hacia la pandilla—. Se divierten y nunca se cansan de hacerlo.

Dos carros con bancos se habían detenido. Todavía gritos. Todavía risas y empujones. Maigret había tomado sitio cerca de James, mientras que los patrones del *Vieux Garçon* y todo el personal se habían colocado en la terraza para asistir a la salida.

Al sol lo había sucedido un crepúsculo azulado. Se veían, al otro lado del Sena, tranquilas villas, cuyas ventanas iluminadas centellaban en la penumbra.

Los carros con bancos corrían poco. La mirada del comisario recogía de alguna manera imágenes alrededor de él, el cochero que se impacientaba y

que reía con el aire de querer morder; una joven que había logrado maquillarse con Becassine y que se esforzaba en tomar un acento campesino; un señor de cabellos grises que llevaba un vestido de abuela...

Todo esto era confuso, demasiado movedizo, demasiado imprevisto también. Apenas Maigret podía adivinar a qué mundo pertenecía cada uno. Era completamente necesario sentar bien las cosas.

—Aquella de allá abajo es mi mujer... —anunció James señalando a la más regordeta de las mujeres, que llevaba unas mangas extravagantes, enormemente amplias.

Y decía eso con una voz oscura, con una pequeña llama en los ojos.

Cantaron, cruzaron Seineport y las gentes vinieron sobre los escalones para asistir al desfile. Unos pilluelos corrieron durante mucho tiempo detrás de los carros gritando de entusiasmo.

Los caballos acompasaron su trote. Cruzaron un puente. En alguna parte, un rótulo era visible en el claroscuro.

*Eugéne Rougier - Tendero.*

La casa era muy pequeña, muy blanca, encerrada entre el camino de sirga y la colina. Los caracteres del rótulo eran sencillos. A medida que se aproximaba, se percibían ritornelos de música, entrecortados de chirridos.

¿Qué es lo que provocó la clave? Maigret hubiera tenido dificultad en decirlo. ¿Quizá la suavidad de la tarde, la pequeña casa blanca con sus dos ventanas luminosas y el contraste con esta invasión carnavalesca?

¿Quizá la pareja que avanzaba para mirar a la «novia»? Él, un joven obrero de fábrica. Ella, una bella joven vestida de seda rosa, con las manos en las caderas...

La casa sólo tenía dos habitaciones. En la de la derecha, una anciana se afanaba en su hornillo. En la de la izquierda, se entreveía una cama y retratos de familia.

La taberna estaba detrás. Era un gran cobertizo del que todo un lado estaba cubierto sobre el jardín. Unas mesas y unos bancos. Un mostrador. Un organillo y unas lamparillas.

Unos marineros bebían en el mostrador. Una jovencita de unos doce años vigilaba el organillo, al que daba cuerda de vez en cuando e introducía dos centavos en la ranura.

\* \* \*

Todo aquello se animó muy rápido. Apenas habían descendido de los carros con bancos, los que venían nuevos bailaban, empujaban las mesas y pedían de beber. Maigret, que había perdido a James de vista, lo volvió a encontrar en el mostrador, pensativo ante un pernod.

Fuera, bajo los árboles, un muchacho preparaba los cubiertos. Y el conductor de un carro suspiraba:

—¡Con tal de que no nos tengan hasta demasiado tarde! ¡Un sábado!

Maigret estaba solo. Giró lentamente sobre sí.

Vio la pequeña casa que humeaba, los carros, el cobertizo, la pareja de enamorados, la gente disfrazada.

—¡Es eso! —murmuró entre dientes.

¡La taberna de los dos centavos! Una alusión a la pobreza del lugar, o mejor, a los dos centavos que era preciso meter en el organillo para tener música.

¡Y era allí donde había un asesino! ¡Quizá alguien de la boda! ¡Quizá el joven obrero! ¡Quizá un marinero...!

¡O James! ¡O el señor Basso...!

No había allí electricidad. El cobertizo estaba iluminado por dos lámparas de petróleo y había otras colocadas en las mesas y en el jardín, de modo que la decoración era compartida por manchas de sombra y de luz.

—¡A la mesa...! ¡Se come...!

Pero siempre bailaban, bebían. Los ojos se animaban.

Algunas personas debieron tomar varios aperitivos, trago sobre trago, pues en menos de un cuarto de hora, estuvo la embriaguez en el aire.

La anciana de la taberna servía ella misma en la mesa, se preocupaba por el éxito de sus platos —embutido, una tortilla y un conejo— nadie prestaba atención a ello. Y todas las voces pedían de beber.

Una algazara confusa cubriendo la música. Los marineros del mostrador contemplaban la escena continuando su lenta conversación sobre los canales del Norte y la sirga eléctrica.

Los jóvenes enamorados bailaban con las caras juntas; pero sus miradas no se apartaban de las mesas donde la gente se divertía.

Maigret no conocía a nadie. Había a su lado una mujer, que se había hecho una cabeza ridícula, bigotuda, punteada de múltiples lunares y que llamaba sin cesar al tío Arthur.

—Pásame la sal, tío Arthur...

—Entonces, ¿soy yo tu tío Arthur...?

Se tuteaban. Se daban fuertes codazos. ¿Esas gentes se conocían muy bien entre ellos? ¿No eran más que compañeros por azar?

¿Y qué podía hacer en la vida, por ejemplo, el buen hombre de cabellos grises vestido de mujer anciana?

¿Y esa señora, de niña, que adoptaba una voz de falsete?

¿Y burgueses, como los Basso? Marcel Basso estaba al lado de la novia. No la molestaba para nada. De vez en cuando, solamente le dirigía una mirada cómplice, que debía significar: «¡Qué bien se está aquí, después de comer!».

¡Avenida Niel, en el piso amueblado! ¿Estaba aquí también el marido?

Alguien hizo prender algunos petardos. Una luz de bengala se encendió en el jardín y la pareja de obreros la miró tiernamente con las manos juntas.

—Se diría una decoración de teatro... —dijo la hermosa joven de rosa.

¡Y había allí un asesino!

—Un discurso. Un discurso. Un discurso.

Fue el señor Basso quien se levantó con una sonrisa de satisfacción en los labios, tosió, disimuló el apuro y comenzó un discurso ridículo, que era cortado por los aplausos.

En cierto momento, su mirada se detuvo en Maigret. Era el único rostro serio alrededor de la mesa. Y el comisario apreció una molestia en el hombre, que volvió la cabeza. Pero dos veces, tres veces la mirada volvió hacia él, interrogadora, molesta.

—... Y todos vosotros repetiréis conmigo: ¡Viva la novia...!

—¡Viva la novia!

Se levantaban. Abrazaban a la novia. Bailaban. Chocaban los vasos. Maigret vio que el señor Basso se aproximaba a James y le hacía una pregunta. Sin duda:

—¿Quién es?

Oyó la respuesta:

—No sé... Un compañero... Un tipo original...

Las mesas estaban abandonadas. Todos bailaban en el cobertizo y gentes que llegaban no se sabía de dónde, permanecían en la oscuridad, distinguiéndose apenas de los troncos de los árboles, para contemplar a los que se divertían.

Los corchos de vino espumoso saltaron.

—Ven a beber un aguardiente —dijo James—. Supongo que no bailas...

¡Raro muchacho! Había bebido ya lo suficiente como para embriagar a cuatro o cinco hombres normales. Y él no estaba ebrio propiamente hablando. Se arrastraba, salobre, con un caminar flemático. Hizo entrar a Maigret en la casa. Se instaló en el sillón Voltaire del patrón.

Una abuela, muy debilitada por los años, lavaba la vajilla, mientras la patrona, que debía ser su hija y que debía andar por los cincuenta, se afanaba y gritaba:

—¡Eugenia...! Otras seis botellas de vino espumoso... Harías quizá bien de pedir al cochero que vaya a buscar más a Corbeil.

Un pequeño interior de casa de campo muy pobre. Un reloj de péndulo en una caja de nogal esculpida. Y James estiró las piernas, cogió la botella de aguardiente, que había pedido, y sirvió dos vasos llenos.

—A tu salud...

No se veía ya nada de la boda. Se oía solamente un rumor que cubría la música. Por la puerta abierta se entreveía la superficie fugaz del Sena.

—¡Trucos para abrazarse en los rincones y todo lo demás! —dijo James con desdén.

Tenía treinta años. Pero en seguida se veía que no era un hombre que pudiese conseguir abrazar a las mujeres en los rincones.

—Apuesto a que hay ya algunos en el fondo del jardín...

Observaba a la abuela plegada en dos encima de su pila de vajilla.

—¡Dame un paño de cocina, venga! —le dijo él. Y se puso a la tarea de secar los vasos y los platos, no interrumpiéndose más que para tragar de vez en cuando un sorbo de coñac.

A veces alguien pasaba por delante de la puerta. Maigret aprovechó un momento que James hablaba con la anciana para escabullirse. No había dado diez pasos fuera cuando alguien le pidió fuego. Era el hombre de cabellos grises, vestido de mujer.

—¡Gracias!... ¿Usted no baila tampoco?

—¡No! Nunca lo hago.

—No es como mi mujer. Todavía no se ha perdido ni un solo baile.

Maigret tuvo una intuición.

—¿La novia?

—Sí... Y dentro de un momento, cuando cese de bailar, cogerá frío...

Suspiró. Estaba grotesco con su rostro grave de hombre de cincuenta años y su vestido de anciana. El comisario se preguntó lo que podía hacer en la vida, cuál sería su aspecto habitual.

—Me parece que ya le he encontrado en alguna parte... —dijo para empezar.

—Tengo la misma impresión... Ya nos hemos visto... Pero ¿dónde?... A menos que usted sea cliente de mi camisería...

—¿Es usted camisero?

—En los Grandes Bulevares...

Su mujer era ahora la más bulliciosa de todos. Su embriaguez era evidente. Se notaba en ella una exuberancia inaudita. Bailaba con Basso, de tal manera doblada hacia él, que Maigret volvió la cabeza.

—Una monada de niña —suspiró el marido. ¡Una niña! ¡Esta mujer de treinta años, regordeta, de labios sensuales, de mirada encendida, que parecía entregarse por completo a su caballero!

—Cuando se divierte, se vuelve como loca...

El comisario miró a su compañero, y no pudo adivinar si éste estaba furioso o emocionado. En el mismo instante alguien gritó:

—¡La novia se va a acostar! ¡Un lugar para que duerma la novia...! ¿Dónde está el novio...?

Había un pequeño reducto al fondo del cobertizo. Abrieron la puerta. Alguien fue a buscar al novio al fondo del jardín.

Maigret observaba al verdadero marido, que sonreía.

—¡Primero la liga de recuerdo! Fue el señor Basso quien sacó la liga, la cortó en pequeños trozos que distribuyó. Empujaron al novio y a la novia al reducto y cerraron la puerta con llave.

—Ella se divierte... —murmuró el compañero de Maigret—. ¿Está usted también casado?

—¡Ah...! Sí...

—¿No está su mujer aquí?

—No... Está de vacaciones...

—¿También a ella le gusta la juventud?

Y Maigret se preguntaba si el otro bromeaba o hablaba en serio. Aprovechó un momento de inatención, penetró en el jardín y pasó cerca de la pareja de obreros pegada a un árbol.

En la cocina, James hablaba con la anciana, sin dejar de sacar los vasos, ni de vaciarlos.

—¿Qué es lo que ellos h...? —preguntó a Maigret—. ¿No ha visto usted a mi mujer?

—No la he advertido.

—No será porque no sea bien gorda...

Aquello se precipitó. Podía ser la una de la mañana. Algunas personas hablaban en voz baja de marcharse. Alguien estaba enfermo a la orilla del Sena. La novia había recobrado su libertad. No había allí más que los más jóvenes, que bailaban todavía.

El cochero del carro fue al encuentro de James.

—¿Cree usted que esto durará mucho todavía...? Tengo la esposa que me espera desde hace una hora...

—¿También tú tienes mujer?

Y James dio la señal de partida. En las banquetas, unos medio dormidos cabeceaban, otros continuaban cantando y riendo con más o menos convicción.

Pasamos cerca de un grupo de pinazas adormecidas. Un tren silbó. Sobre el puente aflojó la marcha.

Los Basso descendieron enfrente de su villa. El camisero ya había dejado el grupo en Seineport. Una mujer decía a media voz a su marido, que estaba ebrio:



—¿Te lo diré mañana lo que has hecho...! ¡Cállate...! ¡Ni siquiera te escucho...!

El cielo estaba repleto de estrellas, que el agua del río reflejaba. En el *Vieux Garçon* todo dormía. Apretones de manos.

—¿Te haces a la vela?

—Vamos a la pesca del lucio...

—Buenas noches...

Una fila de habitaciones. Maigret preguntó a James:

—¿Hay una para mí?

—¡No importa cuál...! En el momento que encuentres una vacía... Si no, no tienes más que venir a mi casa...

Algunas ventanas se iluminaron. Unos zapatos dieron en el entarimado. Unos ruidos de somier.

Una pareja cuchicheaba muy despacio en una de las habitaciones. ¿Quizá la mujer que tenía que decir algo a su marido?

\* \* \*

Ahora, todos tenían su verdadero rostro. Eran las once de la mañana. Era un día caluroso, soleado. Los camareros vestidos de negro y blanco iban de una mesa a otra en la terraza, para preparar los cubiertos.

Y la gente se agrupaba. Unos todavía en pijama, otros traje de marinero y otros todavía en pantalón de franela.

—¿Resaca?

—No demasiada... ¿Y tú...?

Algunos habían partido ya a la pesca o volvían de ella. Había también pequeños veleros, canoas.

El camisero llevaba un traje gris bien cortado y uno apercibía en él al señor cuidadoso, que detesta mostrarse desaliñado. Vio a Maigret y se acercó a él.

—Permítame que me presente: el señor Feinstein... Ayer le hablé de mi camisería... Como camisero, me llamo Marcel...

—¿Ha dormido bien?

—¡No del todo! Como me esperaba, mi mujer ha estado enferma... Siempre pasa lo mismo... Ella sabe muy bien que no tiene el corazón fuerte...

¿Por qué su mirada parecía acechar las impresiones de Maigret?

—¿No la ha visto esta mañana?

Buscaba a su mujer alrededor. La vio en un barco de velas en el que estaban cuatro o cinco personas en traje de baño y que pilotaba el señor Basso.

—¿No ha venido jamás a Morsang...? ¡Es muy agradable! Verá como volverá... Uno está a sus anchas... No hay más que compañeros, amigos... ¿Le gusta el bridge...?

—¡Bah!...

—Vamos a comenzar inmediatamente una partida... ¿Conoce al señor Basso...? Uno de los más grandes mercaderes de carbón de París... ¡Un muchacho encantador...! Su velero es el que llega... La señora Basso está vestida de sport.

—¿Y James?...

—¡Apuesto a que ya está bebiendo!... Vive entre dos borracheras... ¡Muy joven, sin embargo!... Podría hacer algo... Prefiere dejarse de complicaciones y vivir tranquilamente... Está empleado en un banco inglés, en la plaza de Vendôme... Se le han ofrecido montones de colocaciones y todas las ha rehusado... Termina su trabajo a las cuatro y, desde ese momento, podrá verlo en las cervecerías de la calle Royale...

—¿Y ese joven tan corpulento?

—El hijo de un joyero...

—¿Y ese señor que pesca allá abajo?

—Un empresario que trabaja con el plomo... El más endiablado pescador de Morsang... Hay quien juega al bridge... Otros van en barco... Otros pescan... Ésta constituye una pequeña población encantadora... Algunos tienen su villa. Se percibía la pequeña casa blanca al primer recodo del río y se adivinaba el cobertizo con el organillo.

—¿Todos frecuentan la taberna de los dos centavos?

—Desde hace dos años... Fue James quien en cierto modo la descubrió... Antes no había allá abajo más que algunos obreros de Corbeil que venían a

bailar el domingo... James tomó la costumbre, cuando los otros eran demasiado ruidosos, de ir a beber allí solo... Un día la banda lo encontró... Bailaron... Y se cogió la costumbre... Hasta el punto de que los antiguos clientes, desconcertados, han abandonado poco a poco la taberna...

Una camarera pasaba con un plato lleno de aperitivos. Alguien se zambullía en el río. Un olor de fritos se escapaba de la cocina.

Y la chimenea humeaba, allá abajo, en la taberna. Un rostro se imponía a Maigret: bigotes finos y oscuros, dientes puntiagudos, aletas de nariz temblorosas...

Jean Lenoir, andando sin fin para ocultar su turbación, evocándole también la taberna de los dos centavos.

—*Si al menos fueran allí justamente todos los que lo merecen...*

¡No en la taberna! ¡En otra parte, adonde había ido solo, al día siguiente, antes del despertar de París!

Y, sin saber por qué, con este calor, Maigret tuvo frío en el espacio de algunos segundos. Miró con otros ojos al camisero repulido, que fumaba un cigarrillo con la boquilla dorada. Luego vio el barco de los Basso que atracaba, las personas medio desnudas que saltaban a tierra y estrechaban la mano de los otros.

—¿Me permite que le presente a nuestros amigos? —dijo el señor Feinstein—. ¿Señor...?

—Maigret, funcionario...

Todo se hizo correctamente, con inclinaciones de busto: «Encantado», «el gusto es mío».

—Estuvo usted con nosotros ayer por la tarde, ¿verdad? Una pequeña fiesta bastante lograda... ¿Juega usted bridge esta tarde?

Un joven delgado se había aproximado al señor Feinstein, lo arrastraba aparte, diciéndole algunas palabras en voz baja. Este manejo no se le escapó a Maigret, que vio al camisero ponerse ceñudo, manifestar un sentimiento que se asemejaba al de miedo, observarle desde los pies a la cabeza y recobrar al fin su actitud normal.

El grupo se acercaba a la terraza, buscaba una mesa.

—¿Un pequeño pernod general...? ¡Toma!, ¿dónde está James...?

Feinstein estaba nervioso, a pesar del esfuerzo que hacía sobre sí mismo. No se ocupaba más que de Maigret.

—¿Qué toma usted?

—Me es completamente igual...

—Usted...

No terminó la frase comenzada y fingió mirar a otra parte. Sin embargo, un poco más tarde murmuró:

—Es curioso que el azar le haya conducido a Morsang.

—Sí, es extraño... —aprobó el comisario. Servían para beber. Varias personas hablaban a la vez. El pie de la señora Feinstein estaba puesto sobre el de Basso y lo miraba de hito en hito con sus ojos brillantes.

—¡Precioso día...! Lástima que las aguas sean demasiado claras para la pesca...

El aire era nauseabundo a fuerza de estar paralizado y Maigret recordó un rayo de sol, que penetraba muy alto en una blanca celda.

Lenoir, que andaba, andaba, andaba como para olvidar que no andaría ya mucho tiempo.

Y la mirada de Maigret se posaba alternativamente, pesadamente, en cada rostro, en el del señor Basso, en el del camarero, del empresario, de James que llegaba, de los jóvenes y de las mujeres...

Trataba de imaginar alternativamente a cada uno de estos seres, por la noche, a lo largo del canal Saint-Martin, empujando un cadáver «como a un maniquí que se quería hacer andar...».

—¡A su salud! —le dijo el señor Feinstein con una amplia sonrisa.

### III

## LAS DOS CANOAS

Maigret había desayunado solo en la terraza del *Vieux Garçon*. Pero, alrededor de él, las mesas estaban ocupadas por los clientes y la conversación era general.

Ahora estaba pensativo, imaginando el medio social al que pertenecían sus vecinos: comerciantes, pequeños industriales, un ingeniero y dos médicos. Personas que tenían su coche, pero no disponían más que del domingo para divertirse en el campo.

Todos tenían una canoa, ya de motor, ya de vela. Todos eran pescadores más o menos apasionados.

Vivían allí veinticuatro horas por semana, en traje de lona, con los pies desnudos o calzados con zuecos, y algunos, por su andar, daban la impresión de ser viejos lobos de mar.

Había más parejas que jóvenes. Y entre los grupos, una familiaridad bastante forzada de gente que, desde años, tienen la costumbre de encontrarse cada domingo.

James era el personaje popular, el lazo de unión entre todos, y no tenía más que aparecer, flemático, con la tez amarilla, la mirada vaga, para engendrar el buen humor.

—¿Resaca, James?

—Ante todo, ¡no tengo jamás resaca! Cuando siento que el estómago está estropeado, bebo inmediatamente algunos pernodes.

Evocaron sobre todo recuerdos de la noche. Se reían de uno que había estado enfermo, de otro que había estado a punto de caer en el Sena al volver.

Maigret tomaba parte del grupo sin pertenecer a él. Estaba allí, junto a sus compañeros de la víspera. En el transcurso de la jira, le habían tuteado. Ahora, se le observaba a veces furtivamente. O bien se le dirigía una frase o dos por cortesía.

—¿También es usted pescador?

Los Basso almorzaron en su casa. Los Feinstein también, y otros que tenían su villa. Lo que creaba ya dos clases en el grupo: las personas con villa y los clientes de la posada.

Hacia las dos, fue el camisero quien vino a buscar a Maigret, como si hubiese decidido tomarlo bajo su protección personal.

—Le esperan para la partida de bridge.

—¿En su casa?

—¡En casa de Basso! Este domingo se debía jugar en mi casa, pero la muchacha está enferma y será mejor hacerlo en casa de Basso. ¿Vienes, James?

—Subiré a la vela.

La villa de los Basso estaba un kilómetro más arriba. Maigret y Feinstein fueron a pie, mientras que la mayor parte de los invitados se dirigieron allí ya en chalupa, ya en canoa, ya en velero.

—Un gran muchacho, este Basso, ¿verdad?

Maigret no pudo saber si su interlocutor se burlaba o si hablaba seriamente.

Un tipo curioso, verdaderamente: ni higo, ni uva, ni joven ni viejo, ni guapo ni feo, que estaba quizá vacío de pensamientos, pero quizá también lleno de secretos.

—Supongo que desde ahora usted será de los nuestros todos los domingos.

Se encontraban grupos de gente, que habían ido a pasar el día al campo, así como pescadores con caña colocados de cien en cien metros en la orilla. El calor iba creciendo. El aire estaba extraordinariamente tranquilo, con una tranquilidad casi inquietante.

En el jardín de los Basso zumbaban las avispas alrededor de las flores. Había allí ya tres automóviles. El niño se divertía al borde del agua.

—¿Juega usted al bridge? —preguntó el mercader de carbón tendiendo a Maigret una mano cordial—. ¡Perfecto! En ese caso, no es necesario esperar a James, que no logrará jamás subir en el velero.

Todo era nuevo y elegante. Una quinta construida como un juguete. Una decoración fantástica, con profusión de cortinas de pequeños cuadros rojos, viejos muebles normandos y objetos de alfarería rústicos.

La mesa de juego estaba colocada en una habitación del piso bajo, que comunicaba con el jardín por un gran vano de cristales. Botellas de vouvray se templaban en una cubeta de champaña totalmente humedecido. Una bandeja estaba repleta de licores.

Y la señora Basso, vestida en traje de marino, hacía los honores.

—¿Aguardiente, quetsch, Mirabel? A menos que prefieran vouvray.

Vagas presentaciones a los otros jugadores, que no pertenecían todos a la pandilla de la noche precedente, pero que eran amigos del domingo.

—Señor... ¡hum!

—¡Maigret!

—El señor Maigret, que juega al bridge.

Eran los colores tan vivos y elegantes, que casi parecía una decoración de opereta. Nada que hiciese pensar que la vida es una cosa seria. El niño se había montado en una canoa ligera pintada de blanco y su madre le gritaba:

—¡Cuidado, Pierrot!

—¡Voy al encuentro de James!

—¿Un puro, señor Maigret? Si le gusta más la pipa, hay tabaco en esta caja. ¡No tema! Mi mujer está acostumbrada.

Justo enfrente se veía, en la otra orilla, la pequeña casa de la taberna de los dos centavos.

Y la primera parte de la tarde fue sin historia. Maigret notó, sin embargo, que el señor Basso no jugaba y que parecía un poco más nervioso que por la mañana.

Su aspecto era todo lo contrario del de un hombre nervioso. Era alto y fuerte, y sobre todo respiraba la vida por todos los poros de la piel. Un hombre exuberante, un poco brutal, hecho de una pasta plebeya.

El señor Feinstein jugaba con toda la seriedad de un verdadero aficionado del bridge y Maigret se hizo recordar varias veces al orden.

Hacia las tres, la pandilla de Morsang invadió el jardín, luego la habitación donde se jugaba. Alguien puso el fonógrafo en marcha. La señora Basso sirvió vouvray y un cuarto de hora más tarde una media docena de parejas bailaban alrededor de los jugadores de bridge.

Fue en ese momento cuando el señor Feinstein, totalmente acaparado por el juego, en apariencia, murmuró:

—¡Toma! ¿Dónde está nuestro amigo Basso?

—¡Creo que acaba de subir en una canoa! —dijo alguien.

Maigret siguió la mirada del camisero y vio una canoa, que atracaba precisamente en la orilla de enfrente, cerca de la taberna de los dos centavos. El señor Basso salía de ella, se dirigía hacia la taberna, y, un poco más tarde, volvía preocupado a pesar del falso buen humor que ostentaba.

Otro incidente, que pasó inadvertido. El señor Feinstein ganaba. La señora Feinstein bailaba con Basso, que acababa de volver. Y James, con un vaso en la mano, bromeaba:

—¡Hay quienes son incapaces de perder, aunque lo quieran!

El camisero no rechistó. Daba las cartas. Maigret observaba sus manos y las encontró tranquilas como de costumbre.

Así pasaron una, dos horas... Los que bailaban comenzaron a cansarse. Algunos invitados se habían bañado. James, que había perdido a las cartas, se levantó refunfuñando:

—¡Se cambia de lechería! ¿Quién viene a la taberna de los dos centavos?

A su paso el azar le hizo tropezar con Maigret.

—¡Tú, ven conmigo!

Había alcanzado el grado de embriaguez que no sobrepasaba jamás, aun cuando continuase bebiendo. Los otros se levantaron a su vez. Un joven gritaba con las manos en forma de bocina:

—¡Todo el mundo a la taberna!

—Cuidado, no caerse.

James ayudaba al comisario a subir en su velero de seis metros, empujaba la embarcación con un golpe de bichero y se sentaba al fondo.

Pero no había ni un soplo de viento y la vela guardrapeaba.



Apenas la embarcación sostenía la proa en la corriente, sin embargo poco sensible.

—No tenemos prisa, ¿no?

Maigret observó que Marcel Basso y Feinstein montaban ambos en la misma canoa de motor, cruzaban el río en algunos instantes y desembarcaban enfrente de la taberna.

Luego venían unos botes pequeños y canoas. Habiendo salido el primero el barco de James, se quedaba el último a falta de viento, y el inglés no parecía dispuesto a servirse de los remos.

—¡Son buenos tipos...! —murmuró de pronto James, como siguiendo su pensamiento.

—¿Qué?

—¡Todos! ¡Ellos se embrutecen! ¡No pueden remediarlo! Todo el mundo se embrutece en la vida.

Estaba gracioso, porque tenía una figura tranquila en el fondo de su barco y el sol hacía brillar su cráneo desnudo.

—¿Es verdad que estás en la policía?

—¿Quién ha dicho eso?

—No sé. He oído hablar de ello hace un momento. ¡Bah! Es un oficio como otro.

Y James ribeteaba su vela, que una racha de viento ahuecaba ligeramente. Eran las seis. Se oía sonar la campana de Morsang, a la que respondía la de Seineport. La orilla estaba obstruida por cañas pobladas de insectos. Y el sol comenzaba a volverse rojizo.

—¿Qué es lo que tú...?

James hablaba. Pero hubo un ruido seco que cortó su limpia frase mientras que Maigret se levantaba de un salto y amenazaba hacer zozobrar la embarcación.

—¡Cuidado! —le gritó su compañero. Se inclinó sobre el otro borde, cogió un remo y se puso a remar con las cejas fruncidas y la mirada inquieta.

—Sin embargo, no ha comenzado la veda todavía.

—¡Es detrás de la taberna! —dijo Maigret.

Al aproximarse a ésta, se oyó el alboroto del organillo y una voz angustiada, que gritaba:

—¡Parad la música! ¡Parad la música!

Corrieron. Una pareja bailaba todavía, y se detuvo mucho más tarde que el organillo. La anciana salía de la casa con un cubo en la mano y permanecía inmóvil tratando de adivinar lo que sucedía.

La atracada fue difícil por las cañas. Maigret, precipitándose, metió una pierna en el agua hasta la rodilla. James le seguía con su andar remiso murmurando entre dientes cosas ininteligibles.

Bastaba con seguir a las personas, a quienes se veía detenerse detrás del cobertizo, que servía de sala de baile.

Una vez rodeado el cobertizo, se veía a un hombre, que miraba a la gente con sus grandes ojos turbados y que tartamudeaba obstinadamente:

—¡No he sido yo!

El hombre era Basso. Tenía en la mano un pequeño revólver de nácar en forma de cayado, cuya existencia parecía olvidar.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó mirando a los asistentes, como si no los reconociese.

Los otros la buscaban. Alguien dijo:

—Se ha quedado allá para preparar la cena.

Maigret debió llegar a la primera fila para distinguir la figura extendida en las altas hierbas, con un traje gris y un sombrero de paja.

No era trágico del todo. Era ridículo, por culpa de los espectadores, que no sabían lo que debían hacer. Permanecían allí, atontados, perplejos, mirando a Basso, tan atontado y perplejo como ellos.

Uno de los miembros de la pandilla, que era médico, estaba muy cerca del cuerpo extendido y no se atrevía a inclinarse. Miraba a los otros como para pedirles consejo.

De trágico, no obstante, hubo una pequeña cosa. En cierto momento, el cuerpo se movió. Las piernas parecieron tratar de apoyarse. Los hombros apuntaron un movimiento giratorio. Se percibió una parte del rostro del señor Feinstein.

Luego, como con un gran esfuerzo, se irguió y lentamente volvió a caer inerte.

Simplemente acababa de morir.

\* \* \*

—¡Ausculte su corazón! —dijo Maigret con una voz seca al médico.

Y el comisario, que tenía práctica en esta clase de dramas, no se perdía nada del espectáculo, lo veía todo a la vez con una nitidez casi irreal.

Había alguien aplanado en las últimas filas, alguien que daba gritos agudos: era la señora Feinstein, que había llegado la última, porque también se había quedado la última bailando. Unas personas estaban inclinadas sobre ella. El patrón de la taberna se aproximaba con el aspecto receloso de un campesino desconfiado.

El señor Basso respiraba a sacudidas; sacaba el pecho para llenarlo de aire y de repente advirtió el revólver en su mano crispada.

Estaba anonadado. Miró alternativamente a las personas alrededor de él, como si se preguntase a quién debía tender el arma.

Repitió:

—No he sido yo.

Seguía buscando a su mujer con los ojos, a pesar de la respuesta que se le había dado.

—¡Muerto! —declaró el médico levantándose.

—¿Una bala?

—Aquí.

Y el doctor mostró la mancha en las costillas y buscó también a su mujer, que no estaba vestida más que con un traje de baño.

—¿Tiene usted teléfono? —preguntó Maigret al patrón de la taberna.

—No. Es preciso ir a la estación o a la esclusa.

Marcel Basso estaba vestido con un pantalón de franela blanca, una camisa abierta sobre el pecho, que ponía de relieve la anchura de su busto.

Se le vio oscilar imperceptiblemente, esbozar un gesto, como para buscar un apoyo y al instante sentarse en la hierba, a menos de tres metros del cadáver y cogerse la cabeza con las manos.

La nota cómica no faltó. En el grupo, una voz muy fina de mujer observó:

—¡Llora!

Creía hablar bajo, pero todo el mundo la oyó.

—¿Tiene usted una bicicleta? —preguntó Maigret al patrón.

—¡Desde luego!

—¡Pues bien! Vaya a la esclusa a advertir a la gendarmería.

—¿A la de Corbeil o a la de Cesson?

—¡Es igual!

Maigret examinó a Basso con aspecto cansado, y recogió el revólver, en cuyo cilindro no faltaba más que una bala.

Un revólver de mujer, bonito como una joya. Y balas minúsculas, que se hubiera dicho niqueladas. ¡Sin embargo, una sola había bastado para cortar el hilo de vida del camisero!

Apenas había sangrado. Una mancha rojiza en su traje de verano. Estaba limpio, repulido, como de costumbre.

—¡Mado tiene una crisis, en la casa! —fue a anunciar un joven.

Mado era la señora Feinstein, que se había extendido sobre la cama muy alta de los dueños de la taberna. Todos espían a Maigret. Sintieron todos un escalofrío, cuando una voz, a la orilla del río, exclamó:

—¡Cucu! ¿Dónde estáis?

Era Pierrot, el hijo de Basso, que atracaba en una canoa ligera y buscaba a la pandilla.

—¡Vayan rápido! No le dejen acercarse.

Marcel Basso se repuso. Mostró de nuevo su rostro de siempre, se irguió, confuso por su debilidad de hacía unos instantes, y parecía buscar de nuevo a la persona a quien debía dirigirse.

—¡Pertenezco a la policía judicial! —le dijo Maigret.

—¿Sabe usted? ¡No he sido yo!

—¿Quiere seguirme un momento?

El comisario se dirigió al médico:

—¡Cuento con usted para impedir que se toque el cuerpo! Y les pido a todos que nos dejen solos al señor Basso y a mí.

Todo eso se había desarrollado como una escena mal dirigida en la atmósfera pesada y brillante. Unos pescadores con caña pasaban por el camino de sirga, con la cesta de pescados sobre la espalda. Basso caminaba al lado de Maigret.

—¡Es algo inaudito!

Estaba sin vigor, sin energía. Desde que habían rodeado el cobertizo, se percibía el río y la villa en la otra orilla y la señora Basso, que retiraba los sillones de mimbre abandonados en el jardín.

—¡Mamá pregunta por la llave de la bodega! —gritó el niño desde su canoa.

Pero el hombre no respondió nada. Su mirada cambiaba, se volvía como la de una bestia acosada.

—Dígale dónde está esa llave.

Hizo un gran esfuerzo para gritar:

—¡En el prendedero del garaje!

—¿Cómo?

—¡En el prendedero del garaje!

Se le percibía vagamente el eco:

—¡... raje...!

—¿Qué ha pasado entre ustedes? —preguntó Maigret al entrar en el cobertizo del organillo, donde no había ya más que vasos en las mesas.

—No sé.

—¿De quién es el revólver?

—¡No es mío! El mío está siempre en mi coche.

—¿Le ha atacado Feinstein?

Un largo silencio. Un suspiro.

—¡No sé! ¡Yo no he hecho nada! Sobre todo, juro que no le he matado.

—Usted tenía el arma en la mano cuando...

—Sí. No sé cómo ha sucedido eso.

—¿Pretende usted decir que es otro quien le ha matado?

—No, yo..., no puede figurarse qué terrible es...

—¿Feinstein se ha suicidado?

—Él tiene...

Se sentó en un banco, se cogió una vez más la cabeza con las dos manos. Y, como quedaba un vaso en la mesa, lo cogió y de un golpe se tragó su contenido e hizo un gesto.

—¿Qué va a suceder? ¿Me detendrá?

Y mirando fijamente a Maigret con la frente arrugada:

—Pero ¿cómo estaba justamente allí? Sin embargo, no podía saber...

Parecía esforzarse en comprender, en unir al mismo tiempo unos fragmentos de ideas. Gesticulaba.

—Se diría una trampa que...

La canoa blanca volvía hacia el ribazo después de haber tocado la otra orilla.

—¡Papá! ¡La llave no está en el garaje! Mamá pregunta...

Maquinalmente, Basso tentó sus bolsillos. Resonó el metal. Sacó un manajo de llaves, que colocó sobre la mesa. Y fue Maigret quien cruzó el camino de sirga y gritó al niño:

—¡Cuidado! ¡Coge!

—¡Gracias, señor!

Y la canoa se alejó. En el jardín, la señora Basso ponía la mesa para la cena con la criada. Unas canoas volvían al *Vieux Garçon*. El tabernero regresaba en bicicleta de la esclusa, adonde había ido a telefonar.

—¿Está seguro de que no es usted quien ha disparado?

El otro se encogió de hombros, suspiró y no respondió.

La canoa atracaba en la otra orilla. Se adivinaba la conversación entre la madre y el hijo. Fue a dar una orden a la sirvienta, que entró en la casa para salir casi inmediatamente.

Y la señora Basso, cogiéndole los anteojos de las manos, los dirigió sobre la taberna de los dos centavos.

James estaba sentado en un rincón en casa de los taberneros, y se vertía grandes vasos de coñac acariciando al gato, que se había acurrucado sobre sus rodillas.

## IV

### LAS CITAS EN LA CALLE ROYAL

Fue una semana desagradable, agobiadora, llena de tareas sin aliciente, de pequeños disgustos, de gestiones delicadas, en un París tórrido en el que cada tarde, hacia las seis, una tormenta transformaba las calles en ríos.

La señora Maigret estaba todavía de vacaciones; escribía: ... *el tiempo es magnífico y las ciruelas jamás han sido tan hermosas...*

A Maigret no le gustaba quedarse en París sin su mujer. Comía sin apetito en el primer restaurante que encontraba y llegó a dormir en el hotel por no volver a su casa.

La historia había comenzado por un sombrero de copa, que Basso se probaba en la luminosa tienda del bulevar Saint-Michel. Una cita en la avenida Niel, en un apartamento. Una boda por la tarde, en la taberna de los dos centavos. Una partida de bridge y el drama inesperado.

Cuando los gendarmes llegaron allá, a la casa, Maigret, que no estaba en misión oficial, les dejó tomar su responsabilidad. Ellos detuvieron al mercader de carbón. El Parquet fue avisado.

Una hora más tarde, Marcel Basso estaba sentado en la pequeña estación de Seineport entre dos cabos. La multitud del domingo esperaba el tren. El cabo de la derecha le ofreció un cigarrillo.

Las lámparas estaban encendidas. La noche era casi completa. Y he aquí que en el momento en que el tren entraba en la estación y que todo el mundo se apresuraba al borde del andén, Basso empujó a los guardianes, se lanzó a través de la multitud, atravesó la vía y se internó hacia un bosque próximo.

Los cabos no daban crédito a lo que veían. ¡Algunos instantes antes estaba tan tranquilo, como cansado, entre ellos dos!

Maigret se enteró de esta huida al llegar a París. Fue una noche desagradable para todo el mundo. En los alrededores de Morsang y de Seineport, la gendarmería daba batidas por los campos, cerraba los pasos, vigilaba las estaciones y preguntaba a todos los automovilistas. La red se extendió sobre casi todo el departamento y los paseantes dominicales se asombraban, al volver, de los refuerzos de policía que guarnecían las puertas de París.

Enfrente de la casa de los Basso, calle de Austerlitz, había dos hombres de la policía judicial. Otros dos ante el inmueble donde los Feinsteín tenían su apartamento privado, bulevar de las Batignolles.

El lunes por la mañana, descenso del Parquet a la taberna de los dos centavos y Maigret hubo de asistir y discutir ampliamente con los magistrados.

Lunes por la tarde: ¡nada! Era casi cierto que Basso había llegado a pasar a través de la red y a refugiarse en París o en una ciudad de los alrededores, como Melun, Corbeil, Fontainebleau.

Martes por la mañana, dictamen del médico legista: disparo tirado a una distancia de alrededor de unos treinta centímetros. Imposible determinar si el golpe había sido disparado por el mismo Feinsteín o por Basso.

La señora Feinsteín reconocía que el arma le pertenecía. Ignoraba que su marido la tuviese en el bolsillo. De costumbre, el revólver se encontraba cargado en la habitación de la joven mujer.

Interrogatorio en el bulevar de las Batignolles. El apartamento es vulgar, sin lujo, muy de «gente menuda». Limpieza dudosa. Una sola criada para hacerlo todo.

¡La señora Feinsteín llora! ¡Llora! ¡Llora! Es poco *más* o menos su única respuesta el decir:

—¡Si yo hubiera sabido...!

No hace más que dos meses que es la amante de Basso. ¡Ella le ama!

—¿Ha tenido usted otros amantes?

—¡Señor...!



¡Pero ha tenido otros, es cierto! ¡Una mujer con su temperamento! Feinstein no podía bastarle.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted casada?

—¡Ocho años!

—¿Estaba su marido al corriente de su lío?

—¡Oh, no!

—¿No lo sospechaba un poco?

—¡Nunca!

—¿Cree que ha sido capaz de amenazar a Basso con su arma al saber algo?

—No sé. Era un hombre muy extraño, sumamente cerrado.

Evidentemente, un matrimonio en el que no reinaba la menor intimidad. Feinstein ocupado totalmente en sus negocios; Mado recorriendo los almacenes y los pisos de soltero.

Y Maigret, sombrío, seguía la investigación más tradicional, preguntaba a la portera, a los proveedores, al encargado de la camisería, en el bulevar de los Capucines.

De todo eso se desprendía una impresión un poco repulsiva de banalidad y, por otra parte, algo equívoco.

Feinstein había comenzado por una pequeña camisería en la avenida de Clichy. Luego, un año después de su matrimonio, había continuado un gran negocio en los bulevares, haciéndose ayudar por los bancos.

Desde entonces acá, era la historia de todos los negocios que carecen de base, los vencimientos más que difíciles, las letras reclamadas, los expedientes, las gestiones humillantes de fin de mes.

Nada dudoso. Nada sucio. Pero nada sólido tampoco.

Y el matrimonio, que habitaba en el bulevar de las Batignolles, debía dinero a todos los proveedores.

Durante dos horas, en el pequeño despacho del muerto, que estaba detrás de la camisería, Maigret tuvo el valor de sumergirse en los libros. No descubrió nada anormal en la época correspondiente al crimen, del que Jean Lenoir había hablado la víspera de su ejecución.

Ninguna entrada de dinero importante. Ningún viaje. Ninguna compra particular.

En fin, ¡nada! ¡Todo grisáceo! Una investigación que no resolvía nada.

La gestión más enojosa fue en Morsang, junto la señora Basso, cuya actitud asombró al comisario. No estaba abatida. ¡Ciertamente triste! ¡Pero no desesperada! Y con una dignidad que no se podía esperar de ella.

—Mi marido ha tenido, por supuesto, sus razones para recuperar la libertad de sus movimientos.

—¿No lo cree usted culpable?

—¡No!

—Sin embargo, esta huida... ¿No le ha dado señal de vida?

—¡No!

—¿Cuánto dinero llevaba?

—¡No más de cien francos!

La calle de Austerlitz era todo lo contrario de la camisería. El comercio de carbones aportaba un año con otro los quinientos mil francos. Despachos y astilleros bien contruidos. Tres pinazas en el agua. Todo eso databa del padre de Marcel Basso, que no había hecho más que engrandecer el negocio.

El tiempo no contribuía a poner a Maigret de buen humor. Como todos los obesos, sufría con el calor y hasta las tres, cada día, hacía un sol de plomo en París que derretía a uno.

En ese momento el cielo se cubría. Había electricidad en el aire, ventoleras inesperadas. El polvo de las calles hacía a menudo remolinos.

A la hora del aperitivo, estaba calculado: retumbos de trueno, luego el agua, en cataratas, chasqueando en el asfalto, traspasando el toldo de las terrazas, forzando a los transeúntes a guarecerse en los umbrales.

Fue el miércoles cuando, cogido así por el chaparrón, Maigret penetró en la *Taverne Royal*. Un hombre se levantó para tenderle la mano. Era James; estaba solo en una mesa frente a un pernod.

El comisario no le había visto todavía en traje de ciudad. Parecía un oficinista un poco más insignificante que en sus trajes de fantasía de Morsang; pero conservaba, no obstante, algo de extravagante.

—¿Toma usted algo conmigo?

Maigret estaba abrumado. Habría lluvia para dos horas largas. Luego podría pasar a la calle de los Orfebres para buscar noticias.

—¿Un pernod?

De costumbre, no tomaba más que cerveza. Pero no protestó. Bebió maquinalmente. James no era un compañero desagradable y al menos tenía una gran cualidad: ¡No era hablador!

Permanecía allí, bien instalado en su sillón de junco, con las piernas cruzadas, mirando a las personas que pasaban bajo la lluvia y fumando cigarrillos.

Cuando apareció un pequeño voceador de periódicos, compró un diario de la tarde, y ojeándolo vagamente, tendió a Maigret señalando un párrafo con el dedo.

*Marcel Basso, el asesino del camisero del bulevar de Capucines, no ha sido encontrado todavía, a pesar de las activas búsquedas de la policía y de la gendarmería.*

—¿Qué piensa usted de esto? —preguntó Maigret.

James se encogió de hombros y esbozó un gesto indiferente.

—¿Cree usted que ha llegado al extranjero?

—No debe de estar lejos... Sin duda vagabundeando por París.

—¿Qué le hace pensar eso?

—¡No sé! Creo... Si ha huido es porque tenía su idea... ¡Camarero, dos pernod...!

Maigret bebió tres y se deslizó muy suavemente en un estado que no le era habitual. No era la embriaguez. Pero tampoco la lucidez absoluta.

Un estado bastante agradable. Estaba sin vigor. Se sentía bien en la terraza. Pensaba en el caso sin inquietarse e incluso con una especie de placer.

James hablaba de unas cosas y de otras sin apresurarse. A las ocho exactamente, se levantó y dijo:

—¡Es la hora! Mi mujer me espera...

Maigret se reprochó un poco el tiempo perdido y, sobre todo, sentirse tan pesado. Cenó y pasó a su despacho. Los gendarmes no tenían nada que señalar. La policía tampoco.

El día siguiente —era jueves— siguió su investigación con la misma obstinación exenta de entusiasmo.

Indagaciones en todos los expedientes de hacía diez años. ¡Pero nada pareció relacionarse con la denuncia de Jean Lenoir!

Indagaciones, por otra parte, en los «sommiers». Telefonazos a las casas centrales y a las enfermerías especiales, con la vaga esperanza de encontrar a Víctor, el compañero tuberculoso del que el condenado a muerte había hablado.

Mucho de Víctor. ¡Demasiado! ¡Y nada importante!

A mediodía, a Maigret le dolía la cabeza, no tenía apetito. Almorzó en la plaza Daufin, en el pequeño restaurante que frecuentaban casi todos los funcionarios de la policía. Luego telefoneó a Morsang, donde unos agentes estaban apostados cerca de la villa de los Basso.

Pero no habían visto a nadie. La señora Basso llevaba una vida normal con su hijo. Leía muchos periódicos. La villa no tenía teléfono.

A las cinco, Maigret salía del piso de soltero de la avenida Niel, donde no había encontrado nada, pero había ido a husmear lo que viese por casualidad.

Y, maquinalmente, como si fuera ya una vieja costumbre, se dirigió hacia la *Taverne Royale*, estrechó la mano que se le tendía y se encontró sentado al lado de James.

—¿Nada nuevo? —preguntó éste.

E inmediatamente al camarero:

—¡Dos pernodts!

La tormenta llegaba tarde sobre el horario previsto. Las calles permanecían inundadas de sol. Unos autocares pasaban llenos de extranjeros.

—La hipótesis más sencilla es la que los periódicos han adoptado —murmuró Maigret como para sí—. Basso, atacado por su compañero por una razón o por otra, cogió el arma apuntada hacia él y disparó sobre el camarero.

—Sí, ¡pero eso es ridículo!

Maigret miró a James, que parecía, también él, hablar para sí mismo.

—¿Por qué es ridículo?

—Porque si Feinsein hubiera querido matar a Basso, se hubiese conducido con mayor cautela. Era un hombre prudente. Un buen jugador de bridge.

El comisario no pudo reprimir una sonrisa, pues James decía seriamente todo eso.

—Entonces, ¿a su parecer?

—Evidentemente, yo no tengo parecer. Basso no necesitaba dormir con Mado. Se aprecia al instante, nada más verla, que es una mujer que no abandona fácilmente a un hombre.

—¿Ya se había mostrado su marido celoso?

—¿Él?

Sus ojos curiosos buscaron a Maigret y brillaron con ironía.

—¿No ha comprendido usted todavía?

James se encogió de hombros y murmuró:

—Eso no me incumbe. A pesar de todo, si hubiera estado celoso, hace tiempo que la mayor parte de los habituales en Morsang estarían muertos.

—¿Han sido tantos?

—No exageremos. Todos tan... en fin, Mado ha bailado con todo el mundo. Y, bailando, iba lejos con todo el mundo.

—¿Usted también?

—Yo no bailo —replicó James.

—¿Se daba cuenta fatalmente el marido de lo que usted dice?

Entonces el inglés, con un suspiro, dijo:

—¡No sé! ¡Les debe dinero a todos!

Observado bajo un cierto ángulo. James parecía un imbécil o un borracho embrutecido. Observado de otro modo, no estaba desorientado.

—¡Vaya! ¡Vaya! —murmuró Maigret.

—¡Dos pernodes, dos!

—Sí, Mado incluso no ha necesitado estar al corriente.

Es normal. Feinstein sableaba a los amantes de su mujer, sin parecer saberlo; todo ello con una insistencia equívoca.

Apenas cambió otras frases. La tormenta no estalló. Maigret bebió sus pernodes, con el ojo fijo en la calle, donde pasaba la multitud. Estaba confortablemente sentado en una silla cómoda y su cerebro examinaba débilmente el problema tal como se presentaba ahora.

—¡Ocho horas!

James le estrechó la mano y se fue, justo en el momento en que comenzaba el chaparrón.

El viernes era ya una costumbre. Maigret fue a la *Taverne Royale* sin darse cuenta de ello. En cierto momento, no pudo evitar decir a James:

—En total, ¿no vuelve jamás a su casa después de la oficina? De cinco a ocho, usted...

—¡Es preciso tener un pequeño rincón de uno mismo! —suspiró el otro.

Y ese rincón era la terraza de una cervecería, una mesita redonda de mármol, el aperitivo opalino y, por horizonte, la columnata de la Madeleine, el delantal blanco de los camareros, la multitud, los coches en movimiento.

—¿Hace mucho tiempo que está usted casado?

—Ocho años.

Maigret no se atrevió a preguntarle si amaba a su mujer. Por otra parte, estaba persuadido de que James le respondería que sí. ¡Solamente después de ocho horas! ¡El rincón íntimo!

—¿No comenzaban las relaciones de los dos hombres a rayar en la amistad?

Ese día no hablaron del caso. Maigret bebió sus tres pernodes. Necesitaba no ver la vida bajo un día demasiado duro. Estaba asaltado por pequeñas tareas, por preocupaciones mezquinas.

Era la época de vacaciones. Debía ocuparse del trabajo de varios colegas y el juez de instrucción encargado del caso de la taberna no le dejaba un momento de descanso, enviaba a interrogar de nuevo a Mado Feinstein, a examinar los libros del camisero, a preguntar a los empleados de Basso.

La policía judicial tenía muy pocos hombres disponibles y eran necesarios para vigilar todos los lugares donde el fugitivo podía presentarse. Eso ponía al jefe de mal humor.

—¿No habrá terminado usted pronto con ese juego? —había preguntado él por la mañana.

Maigret era de la opinión de James. Presentía la presencia de Basso en París. Pero ¿de dónde se había procurado dinero? O en tal caso, ¿cómo vivía? ¿Qué esperaba? ¿Qué aguardaba? ¿A qué tarea se dedicaba?

Su culpabilidad no estaba probada. Quedando prisionero y tomando un buen abogado, podía esperar, si no la absolución, al menos una ligera condena. Después de lo cual volvería a encontrar su fortuna, su mujer y su hijo.

Ahora bien, en lugar de todo eso, huía, se escondía, renunciaba, efectivamente, a todo lo que había sido su vida.

—¡Es preciso creer que tiene sus razones! —había dicho James con su filosofía habitual.

\* \* \*

*Contamos sin falta contigo, estaremos en la estación, besos.*

Era sábado. La señora Maigret enviaba un ultimátum afectuoso. Su marido todavía no sabía cómo respondería a él. Pero a las cinco estaba en la *Taverne Royale* y estrechaba la mano a James, que se volvía hacia el camarero:

—Pernod...

Como el sábado precedente, había un tránsito muy numeroso hacia las estaciones, un desfile continuo de taxis cargados de equipajes, el ajeteo de las gentes partiendo, en fin, de vacaciones.

—¿Va usted a Morsang? —preguntó Maigret.

—¡Como todos los sábados!

—Vamos a sentir un vacío...

El comisario tenía deseos de ir a Morsang, también él. Pero, por otra parte, tenía deseos de ver a su mujer, de ir a pescar truchas en los arroyos de Alsacia, de respirar el buen olor de la casa de su cuñada.

Aún dudaba. Miró vagamente a James, que de repente se levantó y se dirigió hacia el fondo de la cervecería.

No se extrañó. No hizo más que registrar maquinalmente esta marcha momentánea. Apenas notó que su compañero ocupaba de nuevo su sitio.

Pasaron cinco minutos, diez minutos. Se acercó un camarero.

—¿Señor Maigret, por favor? ¿Es uno de ustedes?

—Soy yo. ¿Por qué?

—Le llaman al teléfono.

Maigret se levantó y llegó a su vez al fondo de la sala con las cejas fruncidas porque, a pesar de su aturdimiento, presentía algo no natural.

Cuando entró en la cabina, se volvió hacia la terraza y vio que James le miraba.

—¡Inexplicable! —refunfuñó—. *Allo! Allo!* Aquí Maigret. *Allo! Allo!*

Se impacientó e hizo palmetear sus dedos. Por fin, una voz de mujer al extremo del hilo:

—¡Escucho!

—*Allo!* ¿Pues bien?

—¿Qué número pide usted?

—Me han llamado al aparato, señorita.

—¡Es imposible, señor! ¡Cuelgue! No he llamado a su número desde hace por lo menos diez minutos...

Abrió la puerta con una energía brutal, rápido como un golpe de garrote. Fuera, en la sombra de la terraza, un hombre estaba de pie junto a James. Era Marcel Basso, singularmente vestido, mucho más delgado, diferente de él mismo, cuya febril mirada espiaba la puerta de la cabina.

Vio a Maigret en el momento en que éste le veía. Sus labios se movieron. Debió decir algo e inmediatamente se precipitó en la multitud.

—¿Cuántas llamadas? —preguntó la cajera al comisario.

Pero éste corría. La terraza estaba llena. El tiempo de cruzarla, de estar al borde de la acera y era imposible decir en qué dirección había huido Basso. Había cincuenta taxis en marcha. ¿Había tomado asiento en uno de ellos? ¡Y además, autobuses!

Maigret, ceñudo, volvió hacia su mesa, se sentó sin decir palabra, sin mirar a James, que no se había movido.

—La cajera me ha pedido que le pregunte cuántas llamadas —fue a preguntarle un camarero.

—¡Bah!

Percibió una sonrisa en los labios de James, y se molestó con él.

—¡Le felicito!

—¿Cree usted?

—¿Estaba combinado de antemano?

—¡Qué va! ¡Dos pernods, camarero! ¡Y cigarrillos!

—¿Qué le ha dicho? ¿Qué quería?

James se respaldó en su silla sin responder, suspiró, como un hombre que está ya convencido de que toda conversación es inútil.

—¿Dinero? ¿Dónde ha pescado el traje que llevaba puesto?

—¡No puede pasearse por París en pantalón y camisa de franela blanca!



Vestido así, en efecto, fue como huyó Basso en la estación de Seineport. James no olvidaba nada.

—¿Es la primera vez que usted toma contacto con él esta semana?

—¡Que toma contacto conmigo!

—¿Y usted no quiere decir nada?

—Usted haría como yo, ¿no es verdad? ¡He bebido cien veces en su casa!  
¡No me ha hecho nada!

—¿Quería dinero?

—Hace una media hora que nos espiaba. Ya ayer creí percibirle en la otra acera. Sin duda no se ha atrevido.

—¡Y usted me ha hecho llamar al teléfono!

—¡Parecía cansado!

—¿No ha dicho nada?

—Es inaudito cómo un vestido, que no sienta bien, puede cambiar a un hombre —suspiró James sin responder.

Maigret le observaba furtivamente.

—¿Sabe que en buena justicia se le podría inculpar por complicidad?

—¡Hay tantas cosas que se pueden hacer en buena justicia! ¡Sin contar con que no es tan buena como todo eso!

Había adoptado entonces su expresión más indiferente.

—¿Y esos pernodes, camarero?

—¡Aquí están! ¡Aquí están!

—¿Viene usted también a Morsang? Porque voy a decirle... Si viene allí, el viaje nos cuesta casi lo mismo cogiendo un taxi. Son cien francos. El tren cuesta...

—¿Y su mujer?

—Coge siempre un taxi con su hermana y sus amigas. Para cinco, les sale a veinte francos y el tren cuesta...

—¡Está bien!

—¿No viene?

—¡Voy! ¿Cuánto, camarero?

—¡Perdón! ¡Cada uno lo suyo, como de costumbre!

Era un principio. Maigret pagó sus consumiciones, James las suyas. Añadió diez francos por la falsa comisión del camarero.

En el taxi parecía preocupado, pero, hacia Villejuif, reveló la causa de esta preocupación:

—Me pregunto en casa de quién se hará el partido de bridge mañana por la tarde.

Era la hora de la tormenta. Unas gotitas de agua comenzaban a golpear los cristales.

## V

### EL AUTO DEL DOCTOR

Se habría podido esperar encontrar en Morsang otra atmósfera que la de costumbre. El drama databa del domingo precedente. En la pequeña pandilla había un muerto y un asesino fugitivo.

Eso no impidió que, cuando James y Maigret llegaron, los que estaban ya allí estuviesen rodeando un coche nuevo. Habían cambiado sus vestidos de ciudad por los tradicionales vestidos de sport. Sólo el doctor vestía traje.

El coche era suyo. Lo sacaba por primera vez. Le preguntaban y exponía con complacencia sus cualidades.

—Es verdad que el mío consume más, pero...

Casi todos tenían un coche. El del doctor era nuevo.

—Escuchad el ruido del motor.

Su mujer era tan feliz que permanecía sentada en el coche esperando el final de estos conciliábulos. El doctor Mertens podía tener treinta años. Era delgado, enclenque, y sus gestos eran tan delicados como los de una niña anémica.

—¿Es tu nuevo utilitario? —preguntó James surgiendo.

Dio la vuelta a pasos largos, murmurando entre dientes cosas ininteligibles.

—Será preciso que lo pruebe mañana por la mañana. ¿No te molesta?

La presencia de Maigret habría podido ser enojosa. ¡Apenas se dieron cuenta de ella! Es verdad que en la posada cada uno estaba en su casa, cada uno iba y venía a su antojo.

—¿No viene tu mujer, James?

—Va a llegar con Marcelle y Lili.

Sacaban las canoas del garaje. Alguno reparaba una caña de pescar con hilo de seda. Hasta la cena estuvieron dispersados, y en la mesa apenas hubo conversación general. Algunas frases breves.

—¿Está la señora Basso en su casa?

—¡Qué semana ha debido pasar!

—¿Qué hacemos mañana?

A pesar de todo, Maigret estaba de más. Se le evitaba sin hacerlo demasiado claramente. Cuando James no estaba con él, permanecía solo errando en la terraza o al borde del agua. Cuando cayó la noche, aprovechó para ir a ver a sus agentes apostados cerca de la villa de los Basso.

Estaban dos para relevarse, para tomar alternativamente sus comidas en una taberna de Seineport a dos kilómetros de allí. Cuando apareció el comisario, el que no estaba de guardia avanzó hacia él.

—¿Nada que señalar?

—¡Nada absolutamente! *Ella* lleva una vida tranquila. De vez en cuando se pasea por el jardín. Los proveedores vienen como de costumbre: el panadero a las nueve, el carnicero un poco más tarde y, hacia las once, el verdulero con su carreta.

Había luz en la planta baja. A través de las cortinas, se entreveía la silueta del niño, que comía su sopa con una servilleta atada alrededor del cuello.

Los policías estaban en un pequeño bosque, que estaba al lado del río y el que pescaba suspiró:

—¿Sabe usted? Por aquí esto está lleno de conejos. Si quisieran...

Enfrente, la taberna de los dos centavos, donde dos parejas —sin duda obreros de Corbeil— bailaban al son del organillo.

\* \* \*

Un domingo por la mañana como todos los domingos en Morsang con pescadores con caña a lo largo de la orilla; otros pescadores inmóviles en pequeños botes pintados de verde y amarrados a dos clavijas; canoas, uno o dos barcos de vela...

Se notaba que todo eso estaba determinado con cuidado, que nada era capaz de cambiar el curso regular de estas jornadas.

El paisaje era bonito, el cielo limpio, las gentes apacibles y quizá a causa de todo eso era repulsivo como una tarta demasiado azucarada.

Maigret encontró a James con jersey rayado en azul y blanco, pantalón blanco y zapatillas, gorro de marinero americano en la cabeza y bebiendo, a modo de desayuno, un gran vaso de aguardiente con copa.

—¿Has dormido bien?

Un detalle divertido: en París, no tuteaba a Maigret, mientras que en Morsang tuteaba a todo el mundo, incluido el comisario, sin apercibirse ni siquiera de ello.

—¿Qué vas a hacer esta mañana?

—Creo que iré hasta la taberna.

—Se encontrarán allí todos. Parece que hay allí reunión para el aperitivo. ¿Quieres una canoa?

Maigret era el único en traje de ciudad oscuro. Se le dio una chalupa barnizada en la que tuvo dificultad para mantenerse en equilibrio. Cuando llegó a la taberna de los dos centavos, eran las diez de la mañana y todavía no se veía ningún cliente.

O más bien, encontró uno, en la cocina, ocupado en comer un zoquete de pan con salchichón. Justamente le decía la abuela:

—¡Es preciso cuidar con eso! Tengo uno de mis chavales, que no quería prestar atención a ello y, ¿qué ha pasado? ¡Y era más grande y más fuerte que usted!

En ese instante, el cliente tenía un fuerte ataque de tos y no podía tragar el pan que tenía en la boca. Tosiendo vio a Maigret en el umbral y frunció el ceño.

—¡Un litro de cerveza! —pidió el comisario.

—¿No le gusta mejor instalarse en la terraza?

¡No!, prefería la cocina con su mesa de madera entretallada, sus sillas de paja, la gran olla, que cantaba sobre el hornillo.

—Mi hijo se ha marchado a Corbeil a buscar sifones, que se han olvidado de mandar. ¿No quiere usted ayudarme a abrir la puerta?

La puerta abierta en medio de la cocina dejaba la entrada húmeda de la bodega. Y la débil anciana descendió, mientras que el cliente no dejaba de mirar a Maigret.

Era un muchacho de unos veinticinco años, pálido, delgado, con pelos rubios en las mejillas. Tenía los ojos muy hundidos en las órbitas y los labios sin color.

Pero lo que más sorprendía era su manera de vestir. No iba con andrajos como un vagabundo. No tenía el aire insolente de un callejero profesional.

¡No! Se encontraba en él una mezcla de timidez y fanfarronería. Si se puede decir, era a la vez humilde y agresivo, limpio y sucio.

Vestidos que habían estado limpios, bien cuidados y que, desde hacía algunos días, se habían arrastrado por todas partes.

—¡Tus papeles!

Maigret no necesitaba añadir:

—¡Policía!

El muchacho había comprendido hacía tiempo. Sacó de su bolsillo una libreta militar pegajosa. El comisario el nombre a media voz:

—¡Víctor Gaillard!

Cerró tranquilamente la libreta y se la dio a su propietario.

La anciana subía y empujaba la puerta para cerrarla de nuevo.

—¡Está bien fresca! —dijo abriendo la botella. Y se volvió a poner a limpiar sus patatas, mientras que el diálogo de los dos hombres comenzaba reposadamente, sin emoción aparente.

—¿Última dirección?

—Sanatorio municipal de Gien.

—¿Cuándo lo has dejado?

—Hace un mes.

—¿Y después?

—Estaba «sin un franco». He vivido a lo largo de la carretera. Puede detenerme por vagabundo, pero será necesario que se me envíe a un «sana». No tengo más que un pulmón...

No decía eso en un tono triste, sino que, por el contrario, parecía dar una referencia.

—¿Recibiste una carta de Lenoir?

—¿Qué Lenoir?

—¡No te hagas el idiota! Te dijo que encontrarías al hombre en la taberna de los dos centavos.

—¡Estaba harto del «sana»!

—¡Y sobre todo deseos de vivir de nuevo a costa del tipo del canal de Saint-Martin!

La anciana escuchaba sin comprender, sin asombrarse. Eso sucedía sencillamente en este ornato de casucha pobre donde una gallina estaba merodeando por la mitad de la habitación.

—¿No respondes?

—No sé qué quiere decir usted.

—Lenoir ha hablado.

—No conozco a Lenoir.

Maigret se encogió de hombros y repitió, encendiendo lentamente su pipa:

—¡No te hagas el idiota! Sabes muy bien que cuando tú vienes yo estoy ya de vuelta.

—No arriesgo nada. Tan sólo a volver al «sana».

—Ya lo sé... El pulmón que te han quitado...

Se veía cómo las canoas se deslizaban por el río.

—Lenoir no te engañó. El tío va a venir.

—¡Yo no diré nada!

—¡Tanto peor para ti! Si no te has decidido antes de esta noche, te haré encerrar por vagabundo. Si no, ya verás...

Maigret le miró a los ojos; leía en él tan fácilmente como en un libro, hasta tal punto conocía él a esta clase de hombres.

¡Otra clase diferente de personas que la de Lenoir! Víctor era de aquellos que, en una pandilla de muchachos malvados, iba a remolque de los demás. ¡De aquellos a quienes se les obliga a vigilar durante la ejecución de un golpe! ¡De aquellos a quienes siempre toca la parte menor a la hora del reparto!

Seres blandos que, una vez lanzados en una dirección son incapaces de cambiar. Había recorrido las calles y los bailes de barrio a los dieciséis años. Con Lenoir, había estado en la ganga del canal Saint-Martin. Había podido

vivir así durante cierto tiempo haciendo del chantaje una profesión reconocida.

Sin la tuberculosis, se le hubiese encontrado sin duda como último comparsa de la banda de Lenoir. Pero su salud le había conducido al sanatorio. En él seguramente había constituido la desesperación de los médicos y de las enfermeras. Robos sin importancia, diversos delitos pequeños. Y Maigret adivinaba que, de castigo en castigo, se le había enviado de un sanatorio a otro, de un hospital a una casa de reposo, de una casa de reposo a un patronato de corrección moral.

No se asustaba. Tenía una buena respuesta para todo: ¡su pulmón! Vivía de él, esperando morir por su causa.

—¿Qué quiere que haga?

—¿Te niegas a señalarme al hombre del canal?

—¡No lo conozco!

Pronunciaba estas palabras mientras que sus ojos brillaban de ironía. E incluso volvía a coger su salchichón y mordía con todos los dientes, masticando con verdadera fruición.

—En primer lugar. Lenoir no dijo nada —refunfuñó después de reflexionar—. No iba a hablar precisamente en el momento de morir.

Maigret no perdía la paciencia. Tenía una buena pista. De todas maneras, disponía ahora de un elemento más para llegar a la verdad.

—¡Otra botella más de cerveza, abuela!

—¡Menos mal que he pensado en subir tres a la vez! Ella miraba con curiosidad a Víctor preguntándose qué crimen había podido cometer.

—¡Cuando pienso en que estabas tan bien cuidado en un sanatorio y que te has marchado de él! ¡Ay, hijo mío! ¡Te gusta más vagabundear que...!

En el sol que bañaba el paisaje, Maigret seguía las evoluciones de las canoas. Se aproximaba la hora del aperitivo. Un pequeño velero, en el que se habían acomodado la mujer de James y dos amigas, abordaba el primero a la orilla. Las tres mujeres hacían señas a una canoa que llegaba a su vez.

Y siguieron otras. La vieja, al apercibirse de ello, suspiró:

—¡Y mi hijo que todavía no ha vuelto! No voy a poder servirles. Mi hija se ha ido a buscar la leche.



No cogía por ello menos vasos, que iba a colocar en las mesas de la terraza; luego registró en un bolsillo escondido bajo su amplio faldón e hizo campanillar monedas.

—Van a necesitar centavos grandes para la música. Maigret permaneció en su sitio observando alternativamente a los que llegaban nuevos y al vagabundo tuberculoso, que continuaba comiendo con indiferencia. Sin quererlo veía la casa de los Basso, con su florecido jardín, la parte del río en la que se bañaban, los dos barcos amarrados y el columpio del niño.

De repente se estremeció, porque creyó percibir un disparo en la lejanía. También en la orilla del Sena, la gente había levantado la cabeza. Pero no se veía nada. No sucedía nada. Pasaron diez minutos. Los clientes del *Vieux Garçon* se instalaban alrededor de las mesas. La anciana salía con los brazos llenos de botellas de aperitivo.

Entonces una oscura silueta descendió por la pendiente de césped en el cercado de los Basso. Maigret reconoció a uno de sus inspectores, que torpemente quitaba la cadena de una canoa y remaba con todas sus fuerzas hacia lo ancho.

Se levantó y miró a Víctor.

—No te muevas de aquí, ¿eh?

—Si eso le agrada...

Fuera habían dejado de pedir de beber, para mirar al hombre de negro que remaba. Maigret caminó hasta las cañas del borde del agua y esperaba con impaciencia.

—¿Qué pasa?

El inspector estaba sofocado.

—Suba rápido. Le juro que no es culpa mía. Con Maigret a bordo, remaba de nuevo hacia la villa.

—Todo estaba tranquilo. El verdulero acababa de partir. La señora Basso se paseaba en el jardín con el niño. No sé por qué, encontré que tenían una manera rara de pasearse, como de personas que esperan algo. Llegó un coche, un coche completamente nuevo. Se detuvo justo ante la verja. Descendió un hombre.

—¿Un poco calvo, pero todavía joven?

—¡Sí! Entró. Paseó por el jardín con la señora Basso y el niño. Usted conoce mi puesto de observación. Estaba bastante lejos de ellos. Se estrecharon la mano. La señora condujo al hombre hasta la verja. Subió a su asiento y puso en marcha el aparato. Y, antes de que pudiese hacer un movimiento la señora Basso se precipitó en el interior con su hijo mientras que el coche se largó a toda marcha.

—¿Quién ha disparado?

—Yo. Quería reventar un neumático.

—¿Estaba Berger contigo?

—Sí. Le he enviado a Seineport para telefonar a todas partes.

Era la segunda vez que era preciso poner en alerta a todas las gendarmerías de Seine-y-Oise. La barca tocó tierra. Maigret penetró en el jardín. Pero ¿qué hacer? Ir al teléfono para poner en alerta a los gendarmes.

Maigret no se inclinó a recoger un pañuelo de mujer, marcado con las iniciales de la señora Basso. Estaba casi reducido a hilas, tanto lo había estirado ella esperando a James.

Quizá lo que más afectaba al comisario era el recuerdo de los pernochs en la *Taverne Royale*. Las horas de sordo adormecimiento pasadas uno al lado de otro con el inglés, en la terraza de la cervecería.

Sentía como repugnancia. Tenía la penosa sensación de no haber sido él mismo, de haberse dejado dominar por una especie de embrujamiento.

—¿Continúo vigilando la villa?

—¿Por temor a que los ladrillos se vayan? Ve a reunirse con Berger. Ayúdale a tender la red. Trata de procurarte una moto, para tenerme al corriente hora por hora.

Sobre la mesa de la cocina, al lado de la verdura, había un sobre que llevaba la letra de James:

*Para entregar sin falta a la señora Basso.*

Evidentemente, era el verdulero quien había traído la carta. Advertía a la joven mujer de lo que iba a pasar.

¡Era por lo que ella se había paseado nerviosamente el jardín con su hijo!

Maigret volvió a subir al pequeño bote. Cuando llegó a la taberna de los dos centavos, la pandilla rodeaba al vagabundo, a quien el médico preguntaba y a quien se le había ofrecido un aperitivo.

Víctor tuvo el aplomo de dirigir una ojeada al comisario, como para decirle:

—¡Estoy a punto de dar comienzo a mi pequeño plan! Déjeme hacer.

Y continuó explicando:

—... Parece que es un gran profesor. Me han llenado el pulmón con oxígeno, como ellos dicen, luego lo han cerrado como un balón de niño.

El doctor sonreía de los términos empleados, pero confirmaba por señas, para sus compañeros, la veracidad del relato.

—Ahora deben hacerme lo mismo con la mitad del otro. Pues, bien entendido, se tienen dos pulmones. Con lo que no me quedará más que medio.

—¿Y bebes aperitivos?

—¡Pardiez! ¡A su salud!

—¿No tienes sudores fríos por la noche?

—¡A veces, cuando duermo en un granero lleno de corrientes de aire!

—¿Qué bebe usted, comisario? —preguntó alguien.

—¿No ha sucedido nada, por lo menos? ¿Cómo han venido a buscarle de esa manera?

—Diga, doctor, ¿se ha servido James esta mañana de su coche?

—Me ha pedido permiso para probarlo. Va a volver en seguida.

—¡Lo dudo!

El médico se sobresaltó, se irguió de emoción y tartamudeó, tratando de sonreír:

—Usted bromea.

—No bromeo de ningún modo. Acaba de servirse de él para sacar a la señora Basso y a su hijo.

—¿James? —preguntó con asombro la mujer de éste, que no podía dar crédito a lo que oía.

—¡James, exactamente!

—¡Debe ser una farsa! ¡Le gustan tanto las burlas!

El que más se divertía era Víctor, quien saboreaba su aperitivo contemplando a Maigret con ironía beatífica. El tabernero volvía de Corbeil con su pequeño coche tirado por una jaca. Descargó cajas de sifón y dijo al pasar:

—¡Más historias! ¡He aquí que ahora no se puede ya circular por las carreteras sin ser detenido por los gendarmes! Afortunadamente, me conocían.

—¿En la carretera de Corbeil?

—Hace algunos minutos. Están diez, cerca del puente, deteniendo a todos los automóviles y exigiendo los papeles. Aunque hay por lo menos inmovilizados treinta coches.

Maigret volvió la cabeza. ¿Qué podía hacer él? Era el único método posible, pero un método pesado, nada elegante, brutal. Y era mucho dos domingos seguidos en el mismo departamento por un caso sin envergadura, del que los periódicos apenas habían hablado.

¿Había llevado mal el asunto? ¿Había «metido la pata»?

De nuevo le vino el desagradable recuerdo de la *Taverne Royale* y las horas pasadas con James.

—¿Qué toma usted? —le preguntaron de nuevo—. ¿Un «gran pernod»?

Una palabra que le era desagradable, pues era como la síntesis de toda esa semana, de todo el caso, de la vida dominical de la pandilla en Morsang.

—¡Cerveza! —respondió.

—¿A esta hora?

El buen muchacho que quería ofrecerle el aperitivo no debió comprender por qué Maigret, de repente furioso, acentuó:

—¡A esta hora, sí!

El vagabundo recibió también una mirada arisca. El doctor, hablando de él, explicaba al pescador de lucios:

—Es un caso. Yo conocía el tratamiento, pero no había visto jamás una aplicación tan completa del neumotórax.

—Eso no impide que no le sirva más que para un año...

\* \* \*

Maigret desayunó solo en el *Vieux Garçon* en su rincón, como una bestia enferma que gruñe a la menor aproximación. El inspector fue dos veces en moto a verle.

—Nada. El coche ha sido observado en la carretera de Fontainebleau, pero después no se le ha visto.

¡Era gracioso! ¡Una barrera en la carretera de Fontainebleau! ¡Millares de coches detenidos!

Dos horas más tarde se sabía que el dueño de un garaje había suministrado gasolina a un coche, procedente de Arpajon, que respondía a las señas del coche del doctor.

¿Pero era aquél? El hombre afirmaba que no había ninguna mujer dentro.

Por fin, a las cinco, una comunicación de Montlhery. El auto rodaba por el autódromo como para pruebas de velocidad, cuando un reventón lo había inmovilizado. Por azar, un agente había pedido al chófer su permiso de conducir. No tenía.

¡Era James solo! Esperaban instrucciones de Maigret para ponerlo en libertad o encarcelarlo.

—¡Neumáticos nuevos! —se lamentaba el doctor.

—¡Y en la primera salida! Terminaré por creer que está loco. O, en todo caso, borracho como siempre.

Y pidió permiso a Maigret para acompañarle.

## VI

### REGATEOS

Hicieron un rodeo para pasar por la taberna de los dos centavos a coger al vagabundo, que, una vez en el coche, se volvió al patrón y le lanzó una ojeada que significaba:

«Ve usted con qué atenciones se me trata, ¿eh?». Estaba en el asiento movible, enfrente de Maigret. El cristal estaba abierto y tuvo el aplomo de bromear:

—¿No le importa cerrar...? Por mi pulmón, claro está...

En el autódromo no había carreras ese día. Algunos deportistas estaban solos entrenándose en la pista, ante los graderíos vacíos. La impresión que uno sentía ante él era de inmensidad.

En cierta parte había un coche parado, un uniforme de gendarme y un hombre cubierto con un casco de cuero, arrodillado ante una moto.

—¡Es por allí! —dijeron al comisario.

Víctor se interesaba sobre todo por un bólido que daba vueltas sobre la pista a unos doscientos kilómetros por hora y, esta vez, también él tenía abierto el cristal para inclinarse.

—¡Es mi coche! —dijo el doctor—. Con tal de que... Entonces, ante el motociclista ocupado en repararlo, distinguió a James, que, sosegado, con la barbilla apoyada en la mano, daba consejos al mecánico. Levantó la cabeza al ver a Maigret acercarse con sus dos compañeros y murmuró:

—¡Vaya! ¿Ya?

Luego miró a Víctor desde los pies a la cabeza, asombrado, preguntándose aparentemente lo que hacía allí.

—¿Quién es?

Si Maigret había puesto esperanzas en este encuentro, debió modificar. Víctor apenas miró al inglés, continuó interesándose en la vuelta del coche de carreras. El doctor ya había abierto las portezuelas de su coche para asegurarse de que no había sufrido.

—¿Hace mucho tiempo que está usted aquí? —murmuró el comisario mirando a James.

—Ya ni sé... Quizá bastante tiempo, sí...

Era una flema increíble. Imposible dudar que acababa de llevarse a una mujer y a un muchacho en las narices de la policía y que por su causa toda la gendarmería de Seine-y-Oise estaba todavía en pie de guerra.

—¡No tenga miedo! —dijo al doctor—. No tiene más que el neumático. El resto está intacto. Una buena máquina. Quizá un poco demasiado dura para arrancar.

—¿Fue Basso quien ayer le pidió ir a buscar a su mujer y a su hijo?

—Usted bien sabe que no puedo responder a semejantes preguntas, mi querido Maigret.

—Y no puede tampoco decirme dónde lo ha dejado.

—Reconozca que, en mi lugar, usted...

—¡En todo caso hay algo extraordinario, algo que un profesional no habría encontrado!

James le miró con un asombro lleno de modestia.

—¿Qué?

—¡El autódromo! La señora Basso está a buen seguro. Pero es preferible que la policía no encuentre el coche al instante. Las carreteras están vigiladas. ¡Entonces pensó en el autódromo! Y usted dio vueltas, dio vueltas.

—Le juro que hace mucho tiempo que tenía deseos de...

Pero el comisario no se preocupaba ya de él, se precipitó hacia el doctor, que quería colocar la rueda de recambio.

—¡Perdón! El auto queda hasta nueva orden a disposición de la Justicia.

—¿Qué? ¿Mi auto? ¿Qué he hecho yo? Por más que protestó, el coche fue encerrado en un garaje del que Maigret se llevó la llave. El gendarme

esperaba instrucciones. James fumaba un cigarrillo. El vagabundo seguía mirando cómo rodaban los bólidos.

—¡Llévaos a ése! —dijo Maigret señalándolo—. Que se le deje en la comisaría central de la Policía Judicial.

—¿Y yo? —preguntó James.

—¿No tiene usted nada que decirme?

—Nada especial. ¡Póngase usted en mi lugar!

Entonces Maigret, arisco, le volvió la espalda.

\* \* \*

El lunes se puso a llover y Maigret se mostró encantado por ello, pues la lluvia se armonizaba mejor con su humor y con los trabajos del día.

Primero los informes sobre los acontecimientos de la víspera, informes que debían justificar el despliegue de fuerzas mandado por el comisario. A las once, dos expertos de la Identidad Judicial vinieron a recogerle a su despacho y, en taxi, los tres hombres se dirigieron al autódromo, donde Maigret no hizo apenas más que mirar cómo trabajaban sus compañeros.

Se sabía que el doctor no había hecho más sesenta kilómetros con el coche, recién salido de la fábrica. El contador marcaba ahora doscientos diez kilómetros. Y se evaluaba aproximadamente en cincuenta kilómetros el recorrido realizado por James en el autódromo.

Quedaba en su haber una centena de kilómetros sobre la carretera. De Morsang a Montihéry, hay apenas cuarenta por vía directa.

Desde entonces, permaneció circunscribiendo el campo de acción del coche sobre un mapa de carreteras.

El trabajo de los expertos fue minucioso. Los neumáticos fueron raspados con cuidado, los polvos y los fragmentos recogidos, examinados con lupa; algunos colocados al lado para análisis ulterior.

—¡Brea fresca! —anunció uno.

Y otro, en un mapa especial provisto de caminos, canales y puertos, buscaba, en el perímetro dado, los lugares donde la carretera estaba embreada.



Había cuatro o cinco en direcciones diferentes. El primer experto proseguía:

—Restos calcáreos...

El mapa del estado mayor venía entonces a apoyar a los otros dos mapas. Maigret daba cien pasos fumando con aire hosco.

—Nada calcáreo hacia Fontainebleau, pero en cambio entre La Ferté-Allais y Arpajon...

—Encuentro granos de trigo entre las hendiduras del dibujo de los neumáticos...

Las observaciones se acumulaban. Los mapas estaban recargados de trazos de lapicero azul y rojo.

A las dos se telefoneó al alcalde de La Ferté-Allais para preguntarle si, en la ciudad, había alguna empresa que emplease en este momento cemento Portland, de tal manera que pudiese haber de él en la carretera. La respuesta no llegó hasta las tres.

—Los molinos de L'Essonne hacen transformaciones con ayuda de cemento Portland. Hay en la carretera del departamento de La Ferté a Arpajon.

Ya sabían algo. El coche había pasado por allí y los expertos se llevaron todavía un cierto número de objetos para estudiarlos más minuciosamente en el laboratorio.

Maigret, con el mapa en la mano, señaló todas las aglomeraciones situadas en el perímetro de acción del coche y avisó a las gendarmerías y ayuntamientos.

A las cuatro, dejó su despacho con la intención de interrogar al vagabundo, a quien no había visto desde la víspera y que se encontraba en el calabozo provisional instalado al pie de la escalera de la P. J. Le vino una idea cuando bajaba esta escalera. Y volvió a su despacho para telefonar al contable de la casa Basso.

—*Allo!* ¡Policía! ¿Quiere decirme cuál es su banco? ¿El *Banque du Nord*, en el bulevar Haussmann? Gracias...

Se hizo conducir al banco y se presentó al director. Cinco minutos más tarde, Maigret tenía un elemento de información más. La misma mañana,

hacia las diez, James se había presentado en la ventanilla y cobrado un cheque de trescientos mil francos librado por Marcel Basso.

Este cheque estaba fechado cuatro días antes.

\* \* \*

—¡Patrón! Ese tipo que está abajo insiste en verle. Parece que tiene algo importante que decirle...

Maigret descendió pesadamente la escalera y penetró en el calabozo, donde Víctor estaba sentado en un banco con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos.

—¡Te escucho!

El prisionero se levantó vivamente, adoptó un aire malicioso y balanceándose de una pierna a la otra, comenzó:

—No ha encontrado usted nada, ¿verdad?

—¡Siempre se encuentra algo!

—¡Bien sabe usted que no ha encontrado nada! No soy más tonto que otro cualquiera. Entonces, esta noche he reflexionado...

—¿Has decidido hablar?

—¡Espere! Es preciso que me comprenda. No sé si es verdad que Lenoir habló algo, pero, en todo caso, si lo hizo, no le dijo bastante. Sin mí, usted no encontraría jamás nada; ¡es un hecho! ¡Usted está aborrecido! ¡Lo estará todavía más! Entonces yo le digo esto: un secreto como ése vale mucho dinero. Suponga que haya encontrado al asesino y que le diga que voy a confesarlo todo a la policía. ¿Cree que no daría él todo lo que yo quisiera?

Y Víctor tenía este aire embelesado de los humildes, habituados a inclinar la cabeza, cuando se sienten a menudo fuertes. Toda su vida había tenido diferencias con la policía. ¡Y he ahí que tenía la impresión de tener buen fin! Acompañaba su discurso de poses estudiadas, miradas entendidas.

—¡Así están las cosas! ¿Qué razón tengo para hablar, para perjudicar a un buen hombre que no me ha hecho nada? ¿Quiere usted meterme en prisión por vagabundeo? ¡Olvida mi pulmón! ¡Se me enviará a la enfermería, luego a un sanatorio!

Maigret le miraba fijamente sin decir nada.

—¿Qué piensa de treinta mil francos? ¡No es caro! Lo justo para terminar tranquilamente mi vida, que no será muy larga. Y treinta billetes, ¿qué pueden representar para el Gobierno?

Él ya creía tenerlos. Estaba radiante. Un acceso de tos le interrumpió y las lágrimas le asomaron a los ojos, pero se hubiera dicho lágrimas de triunfo.

¡Y se creía listo! ¡Se creía fuerte!

—¡He aquí mi última palabra! ¡Treinta mil francos y lo digo todo! ¡Usted prende al tipo! ¡Le ascienden! ¡Se le felicita en los periódicos! ¡De lo contrario, nada! Le desafío a poner la mano sobre él. Piense que todo este asunto se remonta a más que dos testigos, Lenoir, que no hablará ya, y yo.

—¿Eso es todo? —preguntó Maigret.

—¿Encuentra usted que es caro?

La inquietud rozó el alma del vagabundo, por la calma de Maigret, de su rostro impassible.

—¿Sabe?, no me haga miedo. —Se esforzaba por reír—. ¡Hace mucho tiempo que conozco la música! Incluso puede darme una paliza... Por ejemplo, usted verá lo que contaré después. Se leerá en los periódicos que un desgraciado, que no tiene ya más que un pulmón...

—¿Eso es todo?

—Creerá que va a descubrir la verdad solo. Entonces digo yo, que treinta mil francos es...

—¿Eso es todo?

—En todo caso, no piense que haré tonterías. Incluso si usted me pone en libertad, no soy tan tonto como para correr a casa de mi tipo, ni escribirle, ni telefonarle.

La voz no era ya la misma. Víctor perdía pie. Intentaba guardar serenidad.

—Para comenzar, pido un abogado. No puede usted conservarme aquí más de veinticuatro horas y...

Maigret exhaló una pequeña nube de humo hundió sus manos en los bolsillos, salió y dijo al hombre de guardia:

—¡Cierre!

¡Rabiaba! Una vez solo, podía dejar aparecer la ira en su rostro. Rabiaba porque un imbécil estaba allí, al alcance de su mano, a su merced; porque ese imbécil lo sabía todo, ¡pero no podía sacarle nada! ¡Justamente porque era un

imbécil! ¡Porque se creía fuerte y listo! ¡No había imaginado semejante chantaje! ¡El chantaje del pulmón! En el transcurso de la conversación, por tres y cuatro veces el comisario había estado a punto de aplicarle su mano en la cara, con el fin de volverle a realidades más sanas. Se había contenido. ¡Tenía las de perder! ¡Ningún texto de ley le concedía poder sobre Víctor! ¿Era un individuo tarado, que jamás había vivido más que de robos y expedientes? ¡Eso no impedía que ningún delito, sino el de vagabundo, le permitiese perseguirle! ¡Y tenía razón con su pulmón! ¡Apiadaría a todo el mundo! ¡Haría odiosa a la policía! Obtendría columnas de artículos apasionados en ciertos periódicos.

*La policía da una paliza a un hombre hasta casi matarle.*

¡Entonces, reclamaba tranquilamente treinta mil francos! ¡Y tenía razón cuando añadía que iban a tener que ponerle en libertad!

—Usted le abrirá la puerta esta noche hacia la una. Dirá al cabo Lucas que le siga y que no le pierda de vista.

Maigret apretaba con fuerza entre sus dientes el tubo de su pipa. ¡Sabía que el vagabundo no tenía más que decir una palabra!

Él estaba obligado, por su parte, a edificar hipótesis sobre elementos dispersos, a veces contradictorios.

—¡A la *Taverne Royale*! —dijo al chófer de un taxi.

\* \* \*

James no estaba allí. No fue entre las cinco y las ocho. En su banco, el guardián respondió que se había marchado al cerrar como de costumbre.

Maigret cenó una chucruta y telefoneó a su despacho hacia las 8,30.

—¿No ha pedido el prisionero hablar conmigo?

—¡Sí! ¡Dijo que ha reflexionado, que su última cifra es veinticinco mil, pero que no descenderá más! Ha hecho constar que daban pan sin mantequilla a un hombre en su estado y que la temperatura de la calle no excedía de los dieciséis grados.

Maigret colgó, erró un momento por los bulevares y, como la noche caía, se hizo conducir a la calle Championnet al domicilio de James.

Una casa amplia como un cuartel. Los pisos estaban habitados por empleados, viajeros de comercio y pequeños rentistas.

—¡Cuarto izquierda!

No había ascensor, y el comisario subió lentamente la escalera, percibiendo a veces, al pasar ante una puerta, olores de cocina o gritos de niños.

Fue la mujer de James quien le abrió. Estaba vestida con un albornoz azul rey bastante bonito. Su vestido de casa, si no era fastuoso, no tenía el abandono de los vestidos de casa pobres.

—¿Quiere hablar con mi esposo?

El recibidor tenía la amplitud de una mesa. En las paredes, fotografías de barcos de vela, bañistas, jóvenes y muchachas en traje de deporte.

—¡Es para ti, James!

Y ella empujó una puerta, entró detrás de Maigret y tomó asiento en un sillón cerca de la ventana, donde continuó un trabajo de ganchillo.

Los otros pisos de la casa debían guardar su decoración del siglo pasado, sus muebles Enrique II o Luis Felipe. Aquí, por el contrario, había una atmósfera que tenía más de Montparnasse que de Montmartre. El escenario recordaba las Artes Decorativas. Y presentía al mismo tiempo el trabajo de aficionado. Con contrachapado, habían levantado tabiques nuevos en los ángulos inesperados y la mayor parte de los muebles estaban reemplazados por estanterías pintadas de colores vivos. La alfombra era lisa, de un verde agresivo. Las lámparas tenían pantallas imitando pergamino. Todo ello resultaba muy limpio, muy elegante. Pero se tenía la impresión de que carecía de solidez, que era peligroso apoyarse en las frágiles paredes, que las pinturas no estaban secas.

Se tenía la impresión, sobre todo cuando James se levantaba, de que era demasiado pequeño para él, que estaba encerrado en una caja y que debía guardarse de hacer el menor movimiento.

Una puerta entreabierta, a la derecha, dejaba ver un cuarto de baño en donde no había sitio más que para la bañera. Y un armario de pared, enfrente, constituía toda la cocina con un infiernillo a gas de alcohol sobre una tabla.

James estaba allí, en un pequeño sillón, con el cigarrillo en los labios y un libro entre las manos.

¿Por qué tuvo Maigret la certeza de que antes de su llegada no había ningún contacto entre él y su mujer?

¡Cada uno en su rincón! James leía. La mujer hacía ganchillo. Desde la calle llegaba el ruido de los tranvías y de los coches.

Y esto era todo. Ninguna intimidad palpable.

Se levantó, tendió la mano y esbozó una sonrisa embarazada, como para excusarse por ser sorprendido en este lugar.

—¿Cómo va eso, Maigret?

Pero esta cordialidad familiar, que le era habitual, tenía otro sonido en el piso de muñeca. Desentonaba. No armonizaba con todas estas pequeñas cosas, con la alfombra, las figuritas modernas colocadas sobre los muebles, los papeles y las pantallas de juguete.

—¡Bien, gracias!

—Síntese. Estaba leyendo una novela inglesa.

Y su mirada decía claramente:

«¡No preste atención! No es culpa mía. No estoy completamente en mi casa».

La mujer les espiaba, sin abandonar su trabajo.

—¿Hay algo para beber, Marthe? —le dijo.

—¡Bien sabes que no!

Y al comisario:

—¡Es culpa suya! ¡Cuando tengo licores aquí, vacía las botellas en unos días! Ya bebe bastante fuera...

—¿Qué le parece, pues, comisario, si bajamos al bar?

Pero antes de que Maigret hubiese respondido, James se turbaba mirando a su mujer, que debía dirigirle señas imperativas.

—Como usted prefiera. Por mi parte, yo...

Volvió a cerrar su libro suspirando, y cambió de sitio un pisapapeles colocado sobre una mesa baja.

La habitación no tenía cuatro metros de larga. Y, sin embargo, parecía que era doble, que dos vidas se desarrollaban en ella sin la menor interpenetración.

Por una parte, la mujer, que arreglaba su interior a su gusto, cosía, bordaba, cocinaba, se cortaba vestidos...

Y James, que llegaba a las ocho, debía comer sin decir palabra, leía esperando el momento de acostarse en el diván recargado de cojines coloreados que, por la noche se transformaba en cama.

Se comprendía mejor ahora el «pequeño rincón personal» de James en la terraza de la *Taverne Royale*, ante un pernod.

—¡Bajemos, sí! —dijo Maigret.

Y su compañero se levantó precipitadamente, suspirando de satisfacción.

—¿Me permite que me calce?

Estaba en zapatillas y se introdujo entre la bañera y la pared. La puerta del cuarto de baño permanecía abierta, pero la mujer apenas bajó la voz para declarar:

—Es mejor no tomarlo en consideración. No es como cualquier otro.

Ella contó sus puntos de la labor de ganchillo:

—Siete... ocho... nueve... ¿Usted cree que él sabe algo a propósito del caso de Morsang?

—¿Dónde está el calzador? —refunfuñó James, que revolvía objetos en un armario.

Ella miró a Maigret para expresar:

—¿Ve cómo es?

Y James salió al fin del tocador; una vez más pareció demasiado alto para la habitación; dijo a su mujer:

—¡Vuelvo en seguida!

—Yo sé lo que eso quiere decir.

Él hizo señas al comisario de darse prisa, temiendo sin duda un cambio de idea. También en la escalera, era demasiado alto y como mal adecuado a la decoración.

La primera casa a la derecha era una taberna de chóferes.

—No hay más que ésta en el barrio... Una turbia luz alrededor del mostrador y cuatro jugadores de cartas en el fondo.

—¡Vaya!, señor James —dijo el patrón levantándose—. ¿Como siempre? Cogió ya la botella de aguardiente.

—¿Y para usted?

—Lo mismo.

Con los codos sobre el mostrador. James preguntó:

—¿Ha ido a la *Taverne Royale*? Lo imaginaba. Yo no he podido.

—A causa de los trescientos mil francos.

No manifestó ninguna sorpresa, ningún apuro.

—¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar? Basso es un compañero. Hemos cogido mil veces curdas juntos. ¡A su salud!

—¡Les dejo la botella! —dijo el patrón. Y James continuó, sin atender:

—En el fondo, él no ha tenido suerte. ¡Una mujer como Mado! A propósito, ¿la ha vuelto a ver usted? Ha venido a mi despacho hace poco a preguntarme si sabía donde está Marcel. ¿Imagina usted eso? Es como el otro con su coche. ¡Un compañero también, sin embargo! ¡Pues bien!, me ha telefoneado para decirme que vería obligado a reclamarme el precio de la reparación y una indemnización por la inmovilización del automóvil. ¡A su salud! ¿Qué piensa de mi mujer? Es amable, ¿verdad?

Y James se vertió un segundo vaso.



## VII

### EL CHAMARILERO

Sucedía en James un fenómeno curioso, que interesó a Maigret. A medida que bebía, su mirada, en lugar de volverse más turbia, como es el caso de la mayor parte de las personas, por el contrario, se avivaba, llegaba a ser aguda, de una penetración y sutileza inesperadas.

Su mano no soltaba el vaso más que para llenarlo. La voz era suave, indecisa, sin convicción. No miraba a nadie en particular. Parecía hundirse en la atmósfera y acurrucarse en ella.

Los jugadores de cartas no cambiaban más que algunas palabras al fondo de la sala. El mostrador de estaño producía reflejos oscuros.

Y confuso estaba James, que suspiraba:

—Es curioso. Un hombre como usted, fuerte, inteligente. ¡Y otros, en otra parte! Gendarmes con uniformes. Jueces. Montones de personas. ¿Cuántos hay en pie? Quizá cien, con los secretarios, que copian los atestados, las telefonistas, que transmiten las órdenes. Quizá cien trabajando día y noche, porque Feinstein recibió una pequeña bala en la piel.

Miró fijamente un instante a Maigret y el comisario fue incapaz de adivinar si James respondía con trascendente ironía o si era sincero.

—¡A tu salud! Vale la pena, ¿verdad? Y durante ese tiempo, esta pobre persona de Basso está acosada. La pasada semana era rico. Tenía un gran negocio, un coche, una mujer, un hijo. Ahora, ni tan sólo puede salir de su agujero.

Y James se encogió de hombros. Su voz se volvía más monótona. Miraba alrededor de él con lasitud o disgusto.

—¿Qué hay en el fondo de todo eso? Una mujer como Mado, que tiene necesidad de hombres. Basso se deja coger en ello. Raramente se rechazan ocasiones parecidas, ¿verdad? Ella es una hermosa mujer. Tiene temperamento. Dicen que esto no es muy grave. Se da una cita y de vez en cuando se va a pasar una hora o dos en un piso de soltero.

James tragó un gran sorbo y escupió en el suelo.

—¡Esto es estúpido! Resultado: ¡un muerto y toda una familia que está arruinada! ¡Y toda la máquina social se pone en movimiento! Los periódicos se ocupan de ello.

Lo más curioso es que él hablaba sin vehemencia. Dejaba caer las palabras perezosamente y su mirada erraba sobre la decoración sin detenerse en un objeto.

—¡Y más triunfo! —decía victoriosamente el patrón detrás de él.

—¡Y Feinstein, que ha pasado toda su vida corriendo detrás del dinero, tratando de hacer frente a sus vencimientos! ¡Porque no ha hecho jamás más que eso! Una pesadilla continua de letras y pagarés. Hasta el punto de dirigirse con una significativa insistencia a los amantes de su mujer. ¡Ha adelantado mucho ahora que está muerto!

«¡Que ha sido muerto!», rectificó pensativamente Maigret.

—¿Se podría determinar cuál de los dos ha matado al otro?

La atmósfera se hacía, más dudosa alrededor de ellos. Las palabras de James y su rostro enrojecido ponían en ella como una sorda morbidez.

—¡Esto es absurdo! ¡Veo tan bien lo que ha pasado! Feinstein, que necesitaba dinero, que espiaba a Basso desde la víspera por la noche esperando el momento propicio.

»¡Incluso, durante la falsa boda, cuando estaba vestido de mujer vieja, pensaba en sus letras! Miraba a Basso, que bailaba con su mujer. ¿Usted comprende? Entonces, al día siguiente, habla. Basso, que ha sido ya sableado, rehúsa. El otro insiste. Él lloriquea. ¡La miseria! ¡El deshonor! Antes el suicidio. Le juro que ha debido ser una comedia de ese género. ¡Todo por un hermoso domingo con canoa en el Sena!

»¡Ah!, es difícil. Feinstein debía haber dejado comprender que no estaba tan ciego como parecía.

»En una palabra, están los dos detrás del cobertizo. Al otro lado del agua, Basso tiene su villa, su mujer, su niño. Quiere hacer callar al otro. Quiere impedirle disparar. Están nerviosos.

»¡Y eso es todo! Una bala salió de un pequeño revólver.

James miró por fin a Maigret.

—Se lo pregunto, ¿eh?, ¡qué puede h...!

¡Él rió! ¡Con una risa de desprecio!

—¡Y he aquí cientos de personas, que corren en todos sentidos como las hormigas de un hormiguero donde se ha puesto fuego! Y los Basso acosados. Y lo más hermoso ¡Mado que se agita, que no se resigna a perder a su amante! ¡Patrón!

El patrón dejó sus cartas de mala gana.

—¿Qué le debo?

—En total —dijo Maigret—, Basso dispone ahora de trescientos mil francos...

James se contentó con encogerse de hombros de decir de nuevo:

—¿Qué puede suponer eso?

Y de pronto:

—¡Toma!, recuerdo de qué manera comenzó eso. Era domingo. Bailaban en el jardín de la villa. Basso bailaba con la señora Feinstein y, en cierto momento, alguien los empujó y cayeron al suelo uno en brazos del otro. Todos rieron, incluso Feinstein.

James cogió su vuelta. Dudó en irse; suspiró resignado:

—¡Otro vaso, patrón!

Había bebido seis y no estaba ebrio. Únicamente debía tener la cabeza pesada. Frunció las cejas y se pasaba la mano por la frente.

—Usted, usted va a darle caza de nuevo.

Parecía compadecer a Maigret.

—Tres pobres personas; un hombre, una mujer y un niño, que todo el mundo hostiga, porque un buen día el hombre durmió con Mado.

¿Era su voz, su silueta, el ambiente? En todo caso, él se creaba poco a poco una verdadera obsesión y Maigret deseaba con toda su alma ver de

nuevo los acontecimientos bajo otro ángulo.

—¡A tu salud! Es preciso que suba, pues mi mujer sería capaz también de enviarme una bala de revólver. ¡Es absurdo! ¡Absurdo!

Abrió la puerta con un gesto cansado. En la acera mal iluminada, miró a Maigret a los ojos y pronunció:

—¡Raro oficio!

—¿El oficio de policía?

—Y también el de hombre. Mi mujer va a registrar mis bolsillos y contar la vuelta para saber cuántos vasos he bebido. Hasta la vista. ¿Mañana en la *Taverne Royale*?

Y Maigret se quedó solo con su malestar, que empleó mucho tiempo en disipar. Era un desplazamiento completo de todas las ideas, una inversión de todos los valores. La calle parecía por ello deformada, y las gentes que pasaban, y el tranvía que se alargaba como un vaso brillante.

Todo eso tomaba las proporciones del hormiguero del que James había hablado. ¡Un hormiguero en efervescencia, porque una hormiga había muerto!

¡El comisario volvía a ver el cuerpo del camisero, allá en las altas hierbas, detrás de la taberna de los dos centavos! ¡Después todos los gendarmes, en todas las carreteras, deteniendo a todos los coches! ¡El hormiguero en revolución!

—¡Gran borracho! —refunfuñó pensando en James con un rencor no falto de afección.

Y hacía un esfuerzo para ver de nuevo los acontecimientos con objetividad. Había olvidado lo que había venido a hacer a la calle Championnet.

—Tratar de saber dónde había ido James con los trescientos mil francos.

Pero entonces él evocaba los tres Basso, el padre, la madre, el niño, escondidos en alguna parte, y acechando los ruidos del mundo exterior con terror.

—¡El imbécil me hace beber cada vez! No estaba ebrio, pero no se sentía tampoco en su equilibrio y se acostó de mal humor con el temor de despertarse al día siguiente presa de un enérgico dolor de cabeza.

—¡Es necesario que tenga mi rincón para mí! —decía James hablando de la *Taverne Royale*. No solamente tenía su rincón para él, sino su mundo para él, que creaba con todas las piezas entre tragos de pernod o de aguardiente y en el que evolucionaba, impasible, indiferente a las cosas reales.

Un mundo un poco ligero, un bullicio de hormiguero, de sombras inconscientes donde nada tenía importancia, donde nada servía de nada y donde se marchaba sin fin, sin esfuerzo, sin alegría, sin tristeza, en una niebla algodonosa. Un mundo donde, sin parecer, James, con su cabeza de payaso y su voz indiferente, había hecho poco a poco penetrar a Maigret. Hasta el punto de que el comisario soñó con los tres Basso, el padre, la madre y el hijo, que pegaban su cabeza a la lumbrera de la bodega, donde estaban escondidos espionando con espanto las idas y venidas de fuera. Cuando se levantó, sintió más que nunca la ausencia de su mujer, que estaba todavía de vacaciones y de la que el cartero trajo una tarjeta postal.

*Comenzamos las confituras de albaricoques. ¿Cuándo vendrás a comerlas?*

Se sentó pesadamente ante su escritorio, hizo desplomarse la pila de cartas que le esperaba y gritó «¡Entre!», al muchacho de oficina que llamaba a la puerta.

—¿Qué hay, Jean?

—El cabo Lucas ha telefoneado para pedirle que pase por la calle Blancs-Manteaux...

—¿A qué dirección?

—No ha precisado. Sólo ha dicho calle Blancs-Manteaux.

Maigret se aseguró de que no había nada urgente en el correo y llegó a pie al barrio judío, del que la calle Blancs-Manteaux es la arteria más comercial, agrupando a la mayor parte de los chamarileros a la sombra del Monte de Piedad.

Eran las 8,30 de la mañana. Todo estaba tranquilo. Maigret percibió en la esquina de la calle a Lucas, que no cesaba de andar con las dos manos en los bolsillos.

—¿Y nuestro hombre? —se inquietó.

Pues Lucas había sido encargado de seguir a Víctor Gaillard cuando, la víspera por la noche, éste había sido puesto en libertad.

Con un movimiento de mentón, el cabo designó una silueta, de pie ante un escaparate.

—¿Qué hace allí?

—No sé nada. Ayer comenzó a rondar alrededor de los Halles. Terminó por tenderse en un banco, donde se durmió. A las cinco de la mañana, un guardia urbano le ha hecho circular y casi inmediatamente ha venido aquí. Desde entonces, da vueltas alrededor de esta casa, se aleja, vuelve, pega su rostro en el escaparate con la evidente intención de interesarme en su manejo.

Víctor, que había visto a Maigret, daba algunos pasos con las manos en los bolsillos, silbando con un aire irónico. Luego advirtió un umbral sobre el que se sentaba un hombre, que no tenía nada mejor que hacer.

En el escaparate se leía:

*Hans Goldberg, Compra, Venta, Ocasiones en todos géneros.*

Y en el claroscuro se distinguía un hombre pequeño con perilla, que parecía inquieto por los movimientos anormales de afuera.

—¡Espérame! —dijo Maigret.

Cruzó la calle y entró en la tienda, que estaba cargada de viejos vestidos y objetos dispares, de donde se desprendía un olor repugnante.

—¿Desea usted comprar algo? —preguntó el pequeño judío sin convicción.

Al fondo de la tienda había una puerta de cristales y detrás una habitación donde una obesa mujer estaba ocupada en lavar la cara de un niño de dos o tres años. La palangana estaba sobre la mesa de la cocina, al lado de las tazas y de la mantequera.

—¡Policía! —dijo Maigret.

—Lo sospechaba.

—¿Conoce usted al individuo que merodea ante su casa desde esta mañana?

—¿El alto delgado que tose? No lo he visto jamás. Hace poco, inquieto, he llamado a mi mujer, pero no lo conocía tampoco. No es israelita.

—Y a éste, ¿le conoce usted? Maigret tendió una fotografía de Marcel Basso, que el otro examinó con atención.

—¡No es israelita tampoco! —dijo.

—¿Y a éste?

Esta vez era un retrato de Einstein.

—¡Sí!

—¿Le conoce usted?

—¡No! Pero es de mi raza...

—¿No le ha visto jamás?

—Jamás... ¡Salimos tan poco...!

Su mujer lanzaba frecuentes miradas a través de los cristales, sacaba un segundo niño de una cuna y éste se ponía a gritar, porque le lavaban la cara.

El chamarilero parecía bastante seguro de sí mismo. Se frotaba lentamente las manos una contra otra esperando las preguntas del comisario y miraba alrededor suyo con la satisfacción de un comerciante que no tiene nada que reprocharse.

—¿Hace mucho tiempo que está instalado aquí?

—Poco más de cinco años... La casa es ya muy conocida, pues no hace más que trabajo honesto...

—¿Y antes de usted? —preguntó Maigret.

—¿No lo sabe? Estaba el padre Ulrich, el que ha desaparecido...

El comisario tuvo un suspiro de satisfacción. Al fin presentía algo.

—¿El padre Ulrich era chamarilero?

—Usted debe tener, en la policía, mejores informes que yo. Yo, en verdad, no puedo decir nada preciso. En el barrio se decía que no se contentaba con vender y comprar, sino que prestaba dinero.

—¿Usurero?

—Ignoro a qué interés lo prestaba. Vivía solo. No quería dependiente. Abría y cerraba él mismo las tablas de cierre de su tienda. Un día desapareció y la casa permaneció cerrada durante seis meses. Soy yo quien la ha cogido de nuevo. Y le he dado otra reputación, debía saberlo.

—¿De tal modo que no conoció al padre Ulrich?

—No estaba en París en ese tiempo. Cuando tomé la sucesión, venía de Alsacia.

El niño lloraba todavía en la cocina y su hermano, que había abierto la puerta, miraba a Maigret chupándose gravemente el dedo.

—Le digo todo lo que sé. Crea que si supiese más...

—¡Bueno! Está bien.

Y Maigret salió después de dar una última mirada alrededor de él; encontró al vagabundo sentado en el umbral.

—¿Es aquí donde querías conducirme?

Y Víctor, con un falso aire inocente:

—¿A dónde?

—¿Qué es esta historia del padre Ulrich?

—¿El padre Ulrich?

—¡No te hagas el idiota!

—No lo conozco, le juro...

—¿Es él quien hizo la zambullida en el canal Saint-Martin?

Maigret se encogió de hombros, se alejó y dijo a Lucas al pasar:

—Continúa vigilándole pase lo que pase.

Una media hora después estaba sumergido en viejos expedientes y terminaba por poner la mano en el que buscaba.

Resumió en una hoja de papel:

*Jacob Ephraim Lévy, llamado Ulrich, sesenta y dos años, originario de la Alta Silesia, chamarilero, calle Blancs-Manteaux, sospechoso de entregarse regularmente a la usura.*

*Desapareció el 20 de marzo, pero los vecinos no señalan su ausencia a la comisaría hasta el 22. En la casa no se encontró ningún indicio. Nada desapareció. Se descubrió una suma de cuarenta mil Francos en el colchón del chamarilero.*

*Éste, al parecer, salió de su casa el 19 por la tarde, como hacía bastante frecuentemente.*

*Faltan informes sobre su vida íntima, Las búsquedas hechas en París y en la provincia no dieron resultado. Se escribió a la Alta Silesia y, un mes más tarde, una hermana del desaparecido llegó a París y pidió entrar en posesión de la herencia.*

*Hasta después de seis meses no obtuvo ella el fallo de desaparición.*

\* \* \*

Al mediodía, Maigret, con la cabeza pesada, terminaba en la comisaría de La Villete —la tercera que visitaba— de recoger indicaciones en pesados



registros.

Y al fin transcribía:

*El 1 de julio unos marineros retiraron del canal Saint-Martin, a la altura de la esclusa, un cadáver de hombre en estado de descomposición avanzada.*

*Transportado al Instituto médico legal, no pudo ser identificado.*

*Talla: 1 m 55. Edad aparente: de sesenta a sesenta y cinco años.*

*Los vestidos fueron en gran parte arrancados por el roce en el fondo y por hélices de barcos. No se le encontró nada en los bolsillos.*

Entonces Maigret exhaló un suspiro. Por fin salía de la atmósfera nebulosa y loca, que James parecía crear con placer alrededor del caso.

Tenía elementos sólidos.

—Es el padre Ulrich quien fue asesinado hace seis años y después arrojado al canal Saint-Martin.

¿Por qué? ¿Por quién?

Es lo que iba a tratar de saber. Llenó una pipa, la encendió con una lentitud voluptuosa, saludó a sus colegas de la comisaría de La Villette y alcanzó la acera, sonriente, seguro de sí mismo, enérgico sobre sus pesadas piernas.

## VIII

### LA QUERIDA DE JAMES

El experto contable entró en el despacho de Maigret frotándose las manos y esbozando miradas significativas.

—¡Aquí está!

—¿Qué es lo que está aquí?

—He revisado precipitadamente la contabilidad de la camisería desde hace siete años. Era fácil. Feinstein no comprendía nada y hacía venir una o dos veces por semana a un pequeño empleado de banco para llevar sus libros. Utilizaba algunos trucos a fin de disminuir los impuestos. Una rápida ojeada y se conoce el negocio a fondo: un negocio que no sería peor que otro si los capitales no faltasen en la base. Los vendedores pagados el día 4 o el 10 del mes. Las letras renovadas dos o tres veces. Los saldos destinados a hacer entrar cueste lo que cueste el dinero fresco en la caja. En fin, ¡Ulrich!

Maigret no dijo nada. Sabía que era mejor dejar hablar al pequeño hombre voluble, que se paseaba de un lado a otro de la habitación.

—¡Siempre la historia clásica! Es en los libros de hace siete años donde se ve aparecer por vez primera el nombre de Ulrich. Préstamo de dos mil francos, un día de vencimiento. Reembolso una semana más tarde. Al vencimiento siguiente, préstamo de cinco mil francos. ¿Comprende? El camisero encontró el medio de procurarse dinero, cuando tenía necesidad de él. Coge la costumbre. De los dos mil primitivos, se pasa a dieciocho mil seis meses más tarde. Y estos dieciocho mil son reembolsables en veinticinco mil. El padre Ulrich es goloso. Debo añadir que Feinstein es honrado. Reembolsa

siempre. Pero de una manera un poco especial. Por ejemplo, reembolsa quince mil francos el 15 y pide prestados de nuevo diecisiete mil el 20. Los reembolsa el mes siguiente, para pedir después veinticinco mil en seguida. En el mes de marzo, Feinstein debe treinta y dos mil francos a Ulrich.

—¿Y los reembolsa?

—¡Perdón! Desde este momento, no se encuentra más señal de Ulrich en los libros.

Había en eso una excelente razón: ¡que el viejo judío de la calle Blancs-Manteaux estaba muerto! ¡Pues esta defunción había anulado a Feinstein la suma de treinta y dos mil francos!

—¿Quién ha reemplazado luego a Ulrich?

—Nadie durante cierto tiempo. Un año más tarde, Feinstein, de nuevo apurado, pidió un crédito a un pequeño banco y lo obtuvo. Pero el banco se cansó.

—¿Basso?

—Encuentro su nombre en los últimos libros, no en préstamos sino en cartas de complacencia.

—¿Y la situación en la fecha de la muerte de Feinstein?

—Ni mejor ni peor que de costumbre. ¡Con una veintena de billetes, salía bien... hasta el vencimiento siguiente! Hay algunos millares de comerciantes en París, que están exactamente en el mismo caso y que, durante años, corren tras la suma que les falta evitando siempre la quiebra.

Maigret se había levantado y había tomado su sombrero.

—Le doy las gracias, señor Fleuret.

—¿Debo hacer el informe pericial más a fondo?

—Por el momento no.

Todo iba bien. La investigación avanzaba con una regularidad mecánica. Y desde entonces, por contraste, Maigret tenía un aire brusco, como si desconfiara de esta misma facilidad.

—¿No hay noticias de Lucas? —fue a preguntar al muchacho de oficina.

—Ha telefonado hace poco. El hombre que usted sabe, se ha presentado en la *Armée du Salut* y ha pedido una cama. Desde entonces duerme.

Se trataba de Víctor, que no tenía ni cinco céntimos en el bolsillo. ¿Esperaba todavía cobrar treinta mil francos a cambio del nombre del asesino

del padre Ulrich?

Maigret siguió las calles a pie. Al pasar ante una casa de correos, vaciló y terminó por entrar; rellenó una fórmula telegráfica.

*Llegaré probablemente el jueves, stop. Besos a todos.*

Era lunes. Desde el principio de las vacaciones, todavía no había podido reunirse con su mujer en Alsacia. Salió llenando la pipa, pareció vacilar de nuevo y al fin llamó a un taxi a cuyo chófer dio la dirección del bulevar de Batignolles.

Tenía algunas centenas de investigaciones en su haber. Sabía que casi todas se hacen en dos tiempos, sufren dos fases diferentes.

Primero la toma de contacto del policía con una atmósfera nueva, con gentes de las que jamás había oído hablar la víspera, con un pequeño mundo al que acaba de agitar un drama.

Se entra allí dentro como un extranjero, como un enemigo. Se choca con seres hostiles, astutos o herméticos.

Por otra parte, el período más apasionante a los ojos de Maigret. Se husmea. Se busca. No se tiene ningún punto de apoyo, a veces ningún punto de partida.

Se observa a las personas agitarse y cada una puede ser el culpable o un cómplice.

Bruscamente se coge una punta del hilo y he aquí que comienza el segundo período. La investigación está en marcha. El engranaje está en movimiento. Cada paso, cada gestión aporta una nueva revelación y casi siempre el ritmo se acelera para terminar con una revelación brutal.

El policía ya no está solo para obrar. Los acontecimientos trabajan para él, casi fuera de él. Debe seguirlos sin dejarse dominar por ellos.

Él estaba así desde el descubrimiento de Ulrich. Por la mañana todavía, Maigret no tenía ninguna indicación sobre la identidad de la víctima del canal Saint-Martin.

Ahora sabía que era un chamarilero y además un usurero a quien el camisero debía dinero.

Era necesario seguir el hilo. Un cuarto de hora más tarde, el comisario llamaba a la puerta del apartamento de los Feinstein, en el quinto piso de una casa del bulevar des Batignolles. Fue a abrirle una sirvienta con los cabellos

despeinados y aire estúpido; se preguntó si debía introducirlo o no. Pero en el mismo instante, Maigret vio el sombrero de James en la percha del recibidor.

¿Era el movimiento hacia delante que se precipitaba, o, por el contrario, había un diente roto en el engranaje?

\* \* \*

—¿La señora está aquí?

Aprovechó la timidez de la criada, que debía llegar derecha del campo y entró, se dirigió hacia una puerta detrás de la que se oía rumores de voces, golpeó y luego abrió.

Conocía ya el piso, semejante a la mayor parte de los pisos de pequeños burgueses de barrio. En un salón con un diván estrecho y frágiles sillones de pies dorados, primero a James de pie ante la ventana con la mirada perdida en la contemplación de la calle.

La señora Feinstein estaba vestida para salir, toda de negro con un pequeño sombrero de gasa muy coquetón en la cabeza. Y parecía extremadamente animada.

Por el contrario, ella no manifestó ninguna contrariedad a la vista de Maigret, mientras que James volvió hacia éste un rostro disgustado, un poco molesto también.

—Entre, señor comisario. Usted no está de más. Justamente estaba diciendo a James que es estúpido...

—¡Ah!

Eso delataba la escena doméstica. James murmuró sin convicción, sin esperanza:

—Vamos, Mado.

—¡No! ¡Cállate! Hablo en este momento al comisario.

Entonces, resignado, el inglés miró de nuevo hacia la calle, donde no debía percibir más que la cabeza de los transeúntes.

—Si fuese un policía ordinario, señor comisario, no le hablaría como lo hago. Pero ha sido nuestro invitado en Morsang. Y se ve bien que es un hombre capaz de comprender...

¡Y ella una mujer capaz de hablar durante horas! ¡Capaz de tomar a todo el mundo por testigo! ¡Capaz de reducir al más hablador al silencio! No era bonita ni hermosa. Pero era apetecible, sobre todo con sus vestidos de luto que, en lugar de darle un aspecto triste, la hacían más apetitosa.

Una mujer metida en carnes, muy viva, que debía ser una querida tumultuosa.

Era violento el contraste con James y su rostro disgustado, su mirada siempre un poco vaga, su silueta flemática.

—Todos saben que soy la querida de Basso, ¿verdad? ¡No siento vergüenza por ello! Jamás lo he ocultado. Y, en Morsang, no ha habido nadie que me reproche por ello. Si mi marido hubiese sido otro hombre.

Apenas tomaba aliento.

—¡Cuando no se es capaz de hacer frente a sus negocios! ¡Mire el tugurio donde me hacía vivir! ¡Y observe que jamás estaba en él! O, cuando estaba, por la noche, después de cenar, era para hablarme de sus preocupaciones de dinero, de la camisería, de los empleados, qué sé yo. ¡Pues bien! Supongo yo que cuando no se es de talla para hacer feliz a una mujer, no se tiene nada que reprocharle después.

»Por otra parte, Marcel y yo debíamos casarnos un día u otro. ¿No lo sabía? Como es natural, no se divulgaba por todas partes. Lo que le detenía aún era su hijo. Se habría divorciado. Yo habría hecho lo mismo por mi parte y...

»¿Ha visto a la señora Basso? No es la mujer que necesita un hombre como Marcel.

En su rincón. James suspiraba y miraba fijamente ahora la alfombra de flores.

—¿Quiere decirme cuál es mi deber? ¡Marcel es desgraciado! ¡Es perseguido! Debe pasar al extranjero. ¿Y mi sitio no estaría junto a él? ¿Diga? Hable francamente.

—¡Pse! ¡Pse! —se contentó con refunfuñar Maigret sin comprometerse.

—¡Ve usted! ¡Ves tú, James! El comisario es de mi opinión. Tanto peor para el mundo y lo que se dirá de ello. ¡Pues bien!, comisario, James rehúsa decirme dónde está Marcel. Ahora bien, lo sabe, estoy segura. Ni siquiera se atreve a negarlo.

Si Maigret no hubiera visto ya algunas mujeres de este tipo en su vida, sin duda hubiera estado indignado. Pero la inconsciencia ya no le asombraba. Hacía menos de dos semanas que Feinstein había sido matado por Basso. Al menos, todo hacía pensar así.

Y allí, en el sombrío piso donde había el retrato del camisero en la pared, y su boquilla en un cenicero, su mujer hablaba de su deber.

El rostro de James era de una elocuencia inaudita. ¡Y no solamente su rostro! ¡Sus hombros! ¡Su actitud! Su espalda redonda. Todo eso significaba:

«¡Qué mujer!».

Ella se volvió hacia él.

—Ya ves que el comisario...

—El comisario no ha dicho nada en absoluto.

—¡Bah! ¡Me repugnas! ¡No eres un hombre! ¡Tienes miedo de todo! Si dijese por qué has venido aquí hoy...

El acontecimiento era tan inesperado que James irguió primero la cabeza, enteramente rojo. Se había ruborizado como un niño. El rostro se había enrojecido de un solo golpe y las orejas se habían vuelto color de sangre.

Quiso decir algo. Fue incapaz. Trató de serenarse y llegó a emitir una pequeña risa penosa.

—Eso equivale a decirlo...

Maigret observó a la mujer. Estaba un poco molesta de la frase que se le había escapado.

—No he querido...

—¡No!, tú no quieres jamás nada. Eso no impide que...

El salón parecía más pequeño, más íntimo. Mado se encogió de hombros con aire de decir:

«¡Y además, tanto peor para ti!».

—¡Perdón! —intervino entonces el comisario, cuyos ojos reían, dirigiéndose a James—. ¿Hace tiempo que se tutean? Me parece que en Morsang...

Y le costaba trabajo guardar su seriedad; tan grande era el contraste entre el James que conocía y el que tenía ante él. Éste parecía un tímido escolar, que se coge en una falta. En su casa, en el estudio donde su mujer trabajaba con ganchillo, James guardaba cierto porte, ceñudo en su aislamiento.

Aquí estaba presto a embrollarse.

—¡Bah! Usted ha comprendido ya, ¿verdad? He sido amante de Mado, yo también...

—¡Felizmente no ha durado! —rió burlescamente ella.

Y fue turbado por esta viva réplica. Su mirada buscó socorro en Maigret.

—Es todo. Hace bastante tiempo. Mi mujer no sospecha nada.

—¡Con eso de que te dice todo lo que piensa!

—... La conozco bien, había reproches durante toda nuestra vida. Entonces, he venido a pedir a Mado, en el caso de que fuese interrogada, no decir...

—¿Y ha prometido?

—A condición de que le dé la dirección actual de Basso. ¿Concibe eso? Él está con su mujer, su hijo. Sin duda ya ha cruzado la frontera.

El tono de esta última frase fue menos firme, probando que James mentía concienzudamente.

Maigret se había sentado en un pequeño sillón que crujió bajo él.

—¿Han sido amantes durante mucho tiempo? —preguntó con aire inocente.

—¡Demasiado! —lanzó la señora Feinstein.

—No hace mucho tiempo. Algunos meses —suspiró James.

—¿Y se encontraban en un amueblado como el de la avenida Niel?

—¡No! James había alquilado un piso de soltero al lado de Passy.

—¿Iba usted ya cada domingo a Morsang?

—Sí...

—¿Y Basso también?

—Sí. El grupo es el mismo desde hace siete u ocho años, con algunas excepciones.

—¿Y Basso sabía que eran amantes?

—Sí. No estaba todavía enamorado. Esto empezó tan sólo hace un año.

Maigret, a pesar suyo, tenía un aire de júbilo intenso. Miraba el pequeño piso alrededor de él, con todas sus chucherías inútiles más o menos horrorosas. Recordaba el estudio de James, más pretencioso, más moderno con sus tabiques contrachapeados, que parecían hechos para muñecas.



En fin, Morsang, el *Vieux Garçon*, las canoas, los pequeños barcos de vela y las rondas generales en la sombreada terraza, con una decoración de una dulzura irreal.

Desde hacía siete u ocho años, todos los domingos las mismas personas tomaban el aperitivo a la misma hora, jugaban al bridge por la tarde y bailaban al son del fonógrafo.

Pero, al principio, era James quien se internaba en el parque en compañía de Mado. Sin duda era a él a quien miraba Feinstein con un aire sarcástico, a él quien la volvía a encontrar todavía durante la semana en París. Todos lo sabían, cerraban los ojos y ayudaban a los amantes si se presentaba el caso. ¡Comprendido Basso que, un buen día, caía enamorado a su vez y tomaba la sucesión! ¡De golpe la situación en el piso llega a ser mucho más interesante, y la actitud triste de James, y la seguridad de Mado!

A ella se dirigió Maigret.

—¿Cuánto tiempo hace que no es ya la querida de James?

—Espere. Cinco. No. Poco más o menos, seis años.

—¿Cómo terminó? ¿Fue él, fue usted quien...?

James quiso hablar, pero ella le cortó la palabra.

—Los dos. Nos dimos cuenta de que no estábamos hechos el uno para el otro... A pesar de sus aires, James tiene un carácter de pequeño burgués maniático, quizá todavía más burgués que mi marido...

—¿Y quedaron amigos?

—¿Por qué no? Porque no se ame ya, no es preciso ...

—¡Una pregunta, James! ¿En esta época llegó a prestar dinero a Feinstein?

—¿Yo?

Pero fue Mado quien respondió:

—¿Qué quiere decir? ¿Prestar dinero a mi marido? ¿Por qué?

—Nada. Una idea que me ha pasado por la cabeza, así... Sin embargo, Basso ha prestado...

—¡No es lo mismo! ¡Basso es rico! Mi marido tenía apuros momentáneos. Hablaba de marchar a América conmigo. Entonces, para evitar complicaciones, Basso...

—¡Comprendo, comprendo! Pero, por ejemplo, su marido habría podido hablar de marchar a América hace seis años, cuando...

—¿Qué quiere insinuar?

Estaba dispuesta a indignarse. Y, con la idea de una escena de virtud ultrajada, Maigret prefirió hacer desviar la conversación.

—Perdone. Pensaba en voz alta. Sobre todo, crea que no quiero insinuar nada en absoluto. James y usted eran libres. Es lo que me solía decir un amigo de su marido, Ulrich.

Con los ojos entornados, los observaba a ambos. La señora Feinstein miró a Maigret con asombro.

—¿Un amigo de mi marido?

—O una relación de negocios.

—Más bien eso, pues jamás oí ese nombre. ¿Qué le dijo?

—Nada. Hablamos de los hombres y de las mujeres en general.

Y James miraba al comisario con una cierta sorpresa como hombre que olfatea algo, que trata de adivinar dónde quiere llegar su interlocutor.

—¡No niega que sabe dónde está Marcel y que rehúsa decírmelo! —reanudó la señora Feinstein levantándose—. ¡Pero lo encontraré yo misma! Y, por otra parte, estoy segura de que va a escribirme para pedirme que vaya a reunirme con él. No puede vivir sin mí.

James arriesgó una ojeada en dirección a Maigret, una ojeada irónica, ciertamente, pero, sobre todo, lúgubre. Se podía traducir por:

«¡Imagine si va a escribirle para que le caiga de nuevo sobre la espalda! ¡Una mujer como ella!». Y ella le interpelaba:

—¿Es tu última palabra, James? ¿Es ése tu reconocimiento por todo lo que he hecho por ti?

—¿Ha hecho usted mucho por él? —preguntó Maigret.

—Pero... ¡Ha sido mi primer amante! Antes de él, ni siquiera imaginaba que podría engañar a mi marido. Observe que desde entonces ha cambiado. No bebía todavía. Se cuidaba. Tenía cabellos.

Y la aguja de la balanza continuaba así oscilando entre lo trágico y lo bufón. Era necesario hacer un esfuerzo para acordarse de que Ulrich había muerto, que alguien lo había llevado hasta el canal Saint-Martin, que seis años más tarde, tras el cobertizo de la taberna de los dos centavos, Feinstein

había sido asesinado con una bala y que Basso, con toda su familia, estaba en fuga, acosado por la policía.

—¿Cree que ha podido alcanzar la frontera, comisario?

—No sé. Yo...

—En caso de necesidad, usted... usted lo ayudaría, ¿verdad? Ha sido también recibido en su casa. Ha podido apreciarle.

—¡Es preciso que vaya a mi oficina! ¡Ya ha pasado la hora! —dijo James, buscando su sombrero por todas las sillas.

—Salgo a la vez que usted —se apresuró a pronunciar Maigret.

Pues, sobre todo, no quería quedarse a solas con la señora Feinstein.

—¿Tiene prisa?

—Es decir, tengo que hacer, sí. Pero volveré.

—Verá cómo Marcel sabrá demostrarle su reconocimiento por lo que haga por él...

Estaba orgullosa de su diplomacia. Veía muy bien a Maigret conduciendo a Basso a la frontera y recibiendo con gratitud algunos billetes de mil francos a cambio de su amabilidad.

Por otra parte, cuando le tendió la mano, ella la estrechó durante mucho tiempo, de una manera que quería ser significativa. Y señalando a James, murmuró:

—No se le puede querer demasiado. ¡Desde que bebe...!

\* \* \*

Los dos hombres bajaban por el bulevar des Batignolles sin decir nada. James, andando a grandes pasos, miraba al suelo delante de él. Maigret fumaba su pipa a pequeñas bocanadas golosas y parecía saborear el espectáculo de la calle.

Solamente en la esquina del bulevar Malesherbes, el comisario preguntó, como sin darle importancia, para atar cabos:

—¿Es verdad que Feinstein jamás le pidió dinero?

James se encogió de hombros.

—¡Sabía bien que no tenía!

—¿Estaba en el banco de la plaza Vendôme?

—¿No! Estaba de traductor en una casa americana de aceites de petróleo, en el bulevar Haussmann. Eso no me daba ni mil francos por mes.

—¿Tenía coche?

—¡Tomaba el metro, sí! ¡Como lo tomo todavía, por otra parte!

—¿Tenía ya su piso?

—¡Ni siquiera! Estábamos en un piso de soltero en calle de Turenne...

Estaba cansado. Tenía como asco en la expresión de su rostro.

—¿Bebemos algo?

Y sin esperar respuesta, entró en el bar de la esquina y pidió dos aguardientes con agua.

—A mí eso me da igual, ¿comprende? Pero me da pena fastidiar a mi mujer. Bastantes preocupaciones tiene ya.

—¿No está bien de salud?

Nuevo encogimiento de hombros.

—¡Si usted cree que su vida es divertida! Aparte del domingo en Morsang, donde se divierte un poco.

Y, sin transición, después de haber echado un billete de diez francos en el mostrador:

—¿Viene esta tarde a la *Taverne Royale*?

—Es posible.

En el momento de estrechar la mano de Maigret, dudó y terminó por murmurar mirando a otra parte:

—De Basso... ¿No se ha encontrado nada?

—¡Secreto profesional! —replicó Maigret con un suspiro lleno de sencillez—. ¿Lo quiere mucho?

Pero James se marchaba ya, desairado, y saltaba a la plataforma de un autobús en marcha en dirección a la plaza Vendôme. Maigret permaneció por lo menos cinco minutos inmóvil, fumando, al borde de la acera.

## IX

### VEINTIDÓS FRANCOS DE JAMÓN

En el *Quai des Orfèvres* buscaban a Maigret por todas partes, pues la gendarmería de La Ferté-Allais acababa de telegrafiar:

*Familia Basso encontrada, esperamos instrucciones.*

Era un hermoso caso de trabajo científico ayudado por el azar.

Trabajo científico primero: El examen que Maigret había ordenado del auto abandonado por James en Montlhery, examen que había circunscrito las búsquedas en un pequeño sector, teniendo por centro La Ferté-Allais.

Aquí el azar intervenía en pequeñas circunstancias. En vano los gendarmes registraron las posadas y observaron a los transeúntes. En vano interrogaron a una buena centena de habitantes.

Ahora bien, ese día, en el momento en que el cabo Piquart entraba en su casa para comer, su mujer, que amantaba un bebé, le dijo:

—Deberías ir a buscar cebollas a la tienda de ultramarinos. Las he olvidado.

Una tienda de pequeña ciudad en la plaza del mercado. Había cuatro o cinco chismosas. El gendarme, a quien no le gustaba esta clase de misión, se mantenía cerca de la puerta con aire desenvuelto. Como servían a una anciana mujer, conocida bajo el nombre de madre Mathilde, oyó a la vendedora que decía:

—¡Me parece que usted se cuida demasiado desde hace algún tiempo! ¡Veintidós francos de jamón! ¿Y se va a comer eso sola?

Maquinalmente Piquart miró a la anciana, cuya pobre pobreza era evidente. Y mientras cortaban el jamón, su mente trabajaba. Incluso en su casa, donde eran tres, jamás se compraban veintidós francos de jamón.

Salió detrás de la mujer. Ésta vivía al final de la ciudad, en la carretera de Ballancourt, en una pequeña casa rodeada de un huertecito, donde merodeaban unas gallinas. La dejó penetrar en su casa. Después llamó y entró con autoridad.

La señora Basso, con el talle ceñido por un delantal, estaba atareada ante el fuego. En un rincón, en una silla de paja, Basso leía el periódico que acababan de traerle y el chiquillo jugaba con un perrillo de caza sentado en el suelo.

\* \* \*

Se había telefoneado, en el bulevar Richard-Lenoir, al domicilio de Maigret, luego a diversos lugares donde era posible que se encontrara. No se pensó en dirigirse a la casa de Basso en el Quai d'Austerlitz.

Sin embargo, es allí donde se había dirigido al dejar a James. Estaba de buen humor. Con la pipa en los dientes y las manos en los bolsillos bromeaba con los empleados que por falta de instrucciones, continuaban el trabajo como antes. Y en los depósitos se cargaba y se descargaba el carbón, que unas barcas traían cada día. Los despachos no eran modernos. Tampoco eran viejos y bastaba examinar la disposición de los locales para advertir la atmósfera en la que se vivía allí.

Nada de despacho particular para el patrón. Su lugar estaba en un rincón, cerca de la ventana. Enfrente había el jefe contable y su mecanógrafa estaba en una mesa vecina.

Era evidente la falta de jerarquía. Nadie se molestaba porque charlasen y los empleados trabajaban con la pipa o el cigarrillo en los labios.

—¿Un repertorio de direcciones? —había respondido el contable a la pregunta del comisario—. Por supuesto tenemos uno, pero no contiene más que las direcciones de nuestros clientes por orden alfabético. Si quiere verlo...

Maigret echó una ojeada a la letra U, pero, como previó no encontró el nombre de Ulrich.

—¿Está seguro de que el señor Basso no tenía un pequeño repertorio personal? ¡Espere! ¿Quién estaba aquí cuando nació su hijo?

—¡Yo! —respondió la mecanógrafa no sin cierto disgusto, pues tenía treinta y cinco años y quería aparentar veinticinco.

—¡Bien! El señor Basso debió enviar invitaciones.

—Fui yo quien estuvo encargada de ello.

—Le dio, pues, una lista de sus amigos.

—¡Un pequeño carnet, sí! —dijo—. ¡Exactamente! Incluso los clasifiqué después en el expediente personal.

—¿Y dónde está ese expediente?

Vaciló y miró a sus colegas para pedirles consejo. El contable respondió con un gesto que significaba:

«Creo que no se puede hacer otra cosa».

—Está en su casa —dijo entonces ella—. ¿Quiere seguirme?

Cruzaron los depósitos. En la planta baja de la casa, amoblada muy sencillamente, había un despacho, que no debía servir jamás y que, por otra parte, se llamaba la biblioteca. Biblioteca de personas para quien la lectura no era más que una distracción de segundo plano. Biblioteca de familia también, donde venían a amontonarse cosas inesperadas.

Por ejemplo, había todavía, en los estantes de abajo, los premios ganados por Basso cuando estaba en el colegio. Luego toda una colección reunida del *Magazine des Familles* de hacía cincuenta años.

Libros para muchachas, que la señora Basso debió traer cuando su matrimonio. Después novelas con cubierta amarilla, compradas fiadas en la publicidad de los periódicos.

En fin, libros ilustrados más nuevos, que pertenecían al chiquillo y juguetes instalados en los estantes que quedaban libres.

La secretaria abrió los cajones del escritorio y Maigret le señaló un gran sobre amarillo, que estaba cerrado.

—¿Qué es?

—Las cartas del señor a la señora cuando eran novios.

—¿Tiene el carnet?

Lo encontró en el fondo de un cajón, donde había una decena de pipas viejas. El carnet tenía quince años por lo menos. No se encontraba en él más que la letra de Basso, pero esta letra había cambiado con el tiempo, lo mismo que la intensidad de la tinta.

Era un poco como las capas de fucos al borde del mar, revelando por su grado de sequedad la marea que los ha traído.

Había allí unas direcciones desde hacía quince años direcciones de compañeros sin duda olvidados. Algunas estaban tachadas quizá después de una disputa o de una defunción.

Había direcciones de mujeres. Una era característica:

*Lola, Bar des Eglantiers, calle Montaigne, 18.*

Pero un trazo de lápiz azul había suprimido a Lola de la vida de Basso.

—¿Encuentra lo que busca? —se informó la secretaria.

¡Lo encontraba, sí! Una dirección vergonzosa, puesto que el mercader de carbón no se había atrevido a escribir el nombre entero.

*Ul., Calle des Blancs-Manteaux, 13 bis.*

La tinta pertenecía al montón de las direcciones antiguas, la escritura también. Y, como algunas otras, había recibido un buen trazo de lápiz azul, que sin embargo no impedía leer.

—¿Puede decirme hacia qué época fueron escritas estas palabras?

La secretaria se inclinó y replicó:

—Es todavía del tiempo en que el señor Basso era joven y que aún vivía su padre.

—¿En qué lo ve usted?

—Porque es la misma tinta que la dirección de la mujer de la otra página. Y él me dijo un día que era aventura de juventud.

Maigret volvió a cerrar el librito de notas y lo introdujo en su bolsillo, mientras la secretaria le lanzaba una mirada de reproche.

—¿Cree que volverá? —preguntó ella después de un momento de vacilación.

El comisario respondió con un gesto evasivo. Cuando llegó al *Quai des Orfèvres*, Jean, el muchacho de oficina, corrió ante él.

—¡Hace dos horas que le buscan! Los Basso han sido encontrados.

—¡Ah!



Y suspiró sin entusiasmo, incluso de mala gana, se hubiera dicho.

—¿No ha telefoneado Lucas?

—Telefonea cada tres o cuatro horas. El hombre está todavía en la *Armée du Salut*. Como querían echarle fuera después de haberle dado de comer, se ha ofrecido para barrer los locales...

—¿Está aquí el inspector Janvier?

—Creo que acaba de volver.

Maigret fue a encontrar a Janvier a su despacho.

—Una misión muy fastidiosa como a ti te gustan, amigo. Sería preciso tratar de encontrar a una cierta Lola que, hace diez o quince años, se hacía escribir al *bar des Eglantiers*, calle Montaigne...

—¿Y desde entonces?

—¡Quizá murió en el hospital! Quizá se casó con un lord inglés. ¡Arréglate!

En el tren que le conducía a La Ferté-Allais, compulsó el carnet de direcciones, a veces con una sonrisa enternecida, pues había en él ciertas notas que bastaban para evocar toda una juventud de hombre.

\* \* \*

El teniente de gendarmería estaba en la estación. Condujo él mismo al comisario a casa de la anciana Matilde y vieron en el jardincito a Piquart, que montaba gravemente la guardia.

—Nos hemos asegurado de que no hay medio de huir por detrás — explicó el teniente—. Es todo tan pequeño allí dentro que mi centinela se ha quedado fuera. ¿Entro con usted?

—Quizá es preferible que no.

Maigret llamó a la puerta, que se abrió en seguida. Era tarde. Fuera todavía clareaba, pero la ventana era tan estrecha que, en la casita, no se veía apenas más que sombras que se movían.

Basso, a horcajadas en una silla, en la actitud de un hombre que espera desde hace muchas horas, se levantó. Su mujer, que no se veía, debía estar en la habitación vecina con el chiquillo.

—¿Quiere usted encender? —dijo Maigret a la anciana. Y ésta con una voz frágil:

—¡Primero sería preciso ver si tengo petróleo!

¡Tenía, desde luego! El tubo de la lámpara crujió, la mecha humeó y se coronó con una llama amarillenta, que poco a poco iluminó todos los rincones con sus rayos.

Hacía mucho calor. Y eso delataba la pobreza al mismo tiempo que el campo.

—¡Puede sentarse! —dijo Maigret a Basso—. Usted, la anciana, pase al lado.

—¿Y mi sopa?

—¡Vaya! Yo me ocuparé de ella.

Se fue gruñendo, cerró la puerta y habló en voz baja en la habitación vecina.

—¿No hay más que estas dos habitaciones? —preguntó entonces el comisario.

—Sí. Detrás está el dormitorio.

—¿Han dormido allí los tres?

—Las dos mujeres y mi hijo. Yo... yo dormía aquí sobre una gavilla de paja.

Había todavía briznas entre las baldosas desiguales. Basso estaba muy tranquilo, pero con una tranquilidad que sucedía a varios días de fiebre. Se hubiera dicho que su detención le había aliviado y por otra parte se apresuró a proclamarlo.

—¡A pesar de todo iba a rendirme!

Debía prever la sorpresa de Maigret, pero no dijo nada. El comisario ni siquiera tomó la palabra. Miraba a su interlocutor de pies a cabeza.

—¿No es éste un traje de James?

Un traje gris demasiado estrecho. Ahora bien, Basso tenía anchos hombros y un torso tan corpulento como el de Maigret. Pocas cosas pueden aminorar el aspecto en la fuerza de la edad como un estrecho vestido.

—Puesto que lo sabe...

—Sé muchas cosas todavía. Pero ¿está seguro de que esta sopa debe continuar hirviendo?

Se desprendía de la cacerola un vapor insoportable y la cobertera no cesaba de bailar.

Maigret retiró la sopa del fuego y fue iluminado un instante por las rojizas llamas.

—¿Conocía a la vieja Mathilde?

—Iba a hablarle de ella y a pedirle, si es posible, que no sea molestada por mi culpa. Es una antigua criada de mis padres. Me conoció de muy pequeño. Cuando llegué a su casa para esconderme en ella, no se atrevió a rehusar.

—¡Claro! Y ha cometido la torpeza de ir a comprar veintidós francos de jamón.

Basso había adelgazado considerablemente. Es verdad que no se había afeitado desde hacía cuatro o cinco días, lo que le daba aspecto de presidiario.

—Supongo también —suspiró— que mi mujer no tiene nada que ver con la Justicia.

Se levantó, torpe, encogido, como un hombre que busca una actitud antes de abordar un gran tema.

—He cometido la falta de huir, de permanecer oculto también mucho tiempo. Y eso indica ya que soy un criminal. ¿Me comprende? He estado enloquecido. He visto toda mi existencia destrozada a causa de este estúpido asunto. Mi idea ha sido llegar al extranjero, hacer ir allí a mi mujer y a mi hijo, volver a comenzar una vida.

—Y ha encargado a James traer a su mujer aquí, ir a cobrar para usted trescientos mil francos al banco y traerle vestidos.

—¡Evidentemente!

—Solamente que ha sentido que estaba acosado.

—Ha sido la vieja Mathilde quien me ha dicho que se encontraban gendarmes en cada encrucijada.

Se oía ruido al lado. El chiquillo debía moverse. Quizá la señora Basso escuchaba en la puerta, pues de vez en cuando hacía: ¡Chis...!, ¡chis...! porque su hijo le impedía oír.

—Este mediodía, he examinado la única solución posible: someterme. Pero está escrito que siempre me encontraré con la fatalidad. El gendarme ha llegado.

—¿No mató a Feinstein?

Basso miró a Maigret a los ojos ardientemente.

—¡Le maté! —articuló en voz baja—. Sería una locura, ¿verdad?, pretender lo contrario. Pero le juro, sobre la cabeza de mi hijo, que voy a decirle toda la verdad.

—Un instante.

Maigret se levantó a su vez. Había allí dos hombres más o menos de la misma talla, bajo un techo en una habitación demasiado pequeña para ellos.

—¿Amaba a Mado?

Una mueca llena de rencor agitó los labios de Basso.

—¿No ha comprendido eso, usted, un hombre? Hace seis o siete años que la conocía, quizá más. Jamás había pensado en ella. Un día, hace un año, no sé exactamente lo que pasó. ¡Vaya! Era una fiesta del género de la que usted asistió. Se bebía. Se bailaba. Se me ocurrió abrazarla. Luego, en el jardín...

—¿Y después?

Se encogió de hombros con lasitud.

—Ella lo tomó en serio. ¡Me juró que siempre me había amado, que no podría ya pasarse sin mí! Yo no soy un santo. ¡Confieso que comencé! Pero no quería trabar una unión de esta clase, ni, sobre todo, comprometer mi matrimonio.

—Hace un año, pues, que ve a la señora Feinstein dos o tres veces por semana en París.

—¡Y que me telefona todos los días, sí! ¡Le he predicado en vano prudencia! Inventaba ardides ridículos. Vivía con la certidumbre de que un día u otro todo se descubriría. ¡Usted no puede imaginarse eso! ¡Si al menos no hubiera sido sincera! ¡Pero no! Creo que me amaba sinceramente.

—¿Y Feinstein?

Basso irguió vivamente la cabeza.

—¡Sí! —gruñó—. Por esto es por lo que ni siquiera imaginaba la posibilidad de ir a defenderme en una audiencia criminal. Hay límites en los compromisos. Hay límites también en la comprensión del público. Usted me ve, a mí, el amante de Mado, acusando a su marido de...

—¡... de haberle hecho chantaje!

—¡No tengo pruebas! ¡No es eso todo, aun siendo fundamentalmente eso! ¡Él jamás dijo francamente que sabía algo! ¡Él jamás me amenazó de una manera categórica! ¿Se acuerda del tío? Un pequeño personaje, en apariencia muy dulce e inofensivo. Un muchacho enclenque, siempre muy remilgado, siempre cortés, demasiado cortés, con una sonrisa un poco triste. La primera vez vino a enseñarme una letra reclamada y me suplicó que le prestara dinero, ofreciéndome montones de garantías. Acepté. Hubiera aceptado también sin la historia de Mado.

»Únicamente que cogió la costumbre. Comprendí que era un plan sistemático. Traté de rehusar. Y fue entonces cuando empezó el chantaje.

»Me tomó por confidente. Me afirmaba que su única consolación en la vida era su mujer. Por ella era por quien se ponía la cuerda al cuello haciendo gastos superiores a sus medios, etc.

»Y si tenía que negarle algo, prefería matarse. ¿Y que haría ella en caso de catástrofe?

»¿Imagina eso? Como por un hecho expreso, la mayor parte de las veces llegaba cuando yo dejaba a Mado. Incluso temía verle reconocer el perfume de su mujer todavía agarrado a mis vestidos.

»Un día, retiró un cabello de mujer —de la suya— que se había quedado en el cuello de mi chaqueta.

»No era en tono amenazador. Era en tono dolorido.

»¡Y es peor! Uno se defiende contra amenazas. ¿Pero qué quiere hacer usted contra un hombre que llora? Pues él llegó a llorar en mi despacho.

»¡Y qué discursos!

»—Usted, usted es joven, fuerte, guapo, rico. Con todo eso, no es difícil ser amado. Pero yo, que...

»Estaba enfermo de disgusto. Y, sin embargo, me era imposible tener la certeza de que él sabía...

»El domingo que usted sabe, él me había hablado ya, un poco antes del bridge, de una suma de cincuenta mil francos que necesitaba.

»La cantidad era demasiado elevada. No quería aceptar. Tenía bastante. ¡Entonces dije que no francamente! Y le amenacé con no verle ya si continuaba acosándome de tal manera.

»De allí el drama. Un drama tan feo, tan estúpido como todo el resto. ¿Se acuerda? Se había arreglado para cruzar el Sena al mismo tiempo que yo. Me había arrastrado detrás de la taberna.

»Allí, bruscamente, sacó un pequeño revólver de su bolsillo y, apuntándolo sobre él mismo, articuló:

»—He aquí a lo que me condena. No le pido más que una gracia: ¡ocúpese de Mado!

Y Basso se pasaba la mano por la frente para ahuyentar ese innoble recuerdo.

—Se diría una fatalidad: ese día yo estaba alegre. Quizá el sol. Me acerqué a él para cogerle su arma.

»—¡No! ¡No! —gritó—. Demasiado tarde. Usted me ha condenado.

—¡Claro, estaba bien decidido a no disparar! —refunfuñó Maigret.

—¡Estoy persuadido de ello! Y es lo trágico del caso. En el momento me perturbé. Tenía que haberle dejado hacer y no hubiera habido drama. Hubiera salido bien librado con nuevas lágrimas o una pirueta. ¡Pero no! Fui ingenuo, como lo fui con Mado, como lo he sido siempre.

»Quise cogerle el revólver. Él retrocedió. Yo porfié. Así su muñeca. Y lo que no debía suceder sucedió. El tiro se disparó. Feinstein cayó sin una palabra, sin un gemido, redondo.

»Eso no quita que, cuando cuente eso a los jurados, no me crean; si acaso serán más severos contra mí.

»¡Soy el señor que ha matado al marido de su querida y que le acusa por añadidura!

Se animaba.

—He querido huir. He huido. Y también he querido decirle todo a mi mujer, preguntarle si, a pesar de todo, todavía se consideraba ligada a mí. Erré por París, donde intenté encontrar a James.

»Es un amigo, sin duda el único amigo entre toda la pandilla de Morsang.

»Usted sabe el resto. Mi mujer también. Habría preferido pasar al extranjero y evitar el proceso que se prepara y que será penoso para todos. Los trescientos mil francos están aquí. Con eso y mi energía, soy capaz de volver a hacerme una situación, en Italia, por ejemplo, o en Egipto.

»Pero... ¿al menos me cree usted?

De pronto se turbó. Había sido atacado tanto por este motivo, que únicamente le asomaba esta duda.

—¡Creo que mató a Feinsein sin quererlo! —respondió Maigret lentamente separando todas las sílabas.

—¡Ve usted!

—¡Espere! Lo que querría saber es si Feinsein no tenía una carta mayor en su juego que la infidelidad de su mujer. En una palabra...

Se interrumpió, sacó de su bolsillo el pequeño carnet de direcciones, que abrió en la letra U.

—... En una palabra —dijo—, querría saber quién mató, hace seis años, a un cierto Ulrich, chamarilero, calle de los Blancs-Manteaux, y quién arrojó después el cadáver al canal Saint-Martin.

Debió hacer un esfuerzo para continuar hasta el final, pues la transformación, en su interlocutor, era brutal. Brutal hasta tal punto que Basso perdió casi el equilibrio, quiso apoyarse en algo, puso la mano en la sartén y la retiró gruñendo:

—¡En nombre de D...!

Sus pupilas abiertas miraban fijamente a Maigret con espanto. Retrocedió, retrocedió, retrocedió, encontró su silla y se sentó sin fuerzas, sin actividad, repitiendo maquinalmente:

—¡En nombre de D...!

La puerta se abrió bajo un febril empujón. La señora Basso se precipitó en la habitación gritando:

—¡Marcel! ¡Marcel! No es cierto, ¿verdad? ¡Di que no es cierto!

La miraba a su vez sin comprender, quizá sin ver nada y de repente, con un estertor, se cogió la cabeza con las dos manos y estalló en sollozos.

—¡Papá! ¡Papá! —chilló el chiquillo, que acudió y supuso el colmo en desorden.

Basso no escuchaba nada. Rechazó a su hijo, rechazó a su mujer. Literalmente abrumado, era incapaz de retener sus lágrimas. Estaba encorvado en su silla, aplanado. Sus hombros se levantaban, caían a un ritmo forzado.

El chiquillo lloraba también. La señora Basso se mordía los labios y lanzaba a Maigret una mirada de odio.

Y la vieja Mathilde, que no se atrevía a entrar, pero que había asistido al final de la escena merced a la puerta abierta, lloraba también en el dormitorio, como lloran los viejos, a pequeños sollozos regulares, enjugándose los ojos con la punta de su delantal a cuadros.

Sin embargo, terminó, andando a pasos cortos y de prisa, llorando, por ir a poner su sopa en el fuego, que avivó a golpes de atizador.



## X

### LA AUSENCIA DEL COMISARIO MAIGRET

Esas escenas no duraron, sin duda porque la resistencia nerviosa tiene unos límites. Llega el paroxismo; de pronto sucede la calma monótona, sin transición, una calma que ronda con el atontamiento, como la fiebre precedente lindaba con la locura.

Se diría entonces que uno tiene vergüenza de su frenesí, de sus lágrimas, de las palabras que ha pronunciado, como si el hombre no estuviera hecho para los gestos patéticos.

Maigret esperaba, molesto, mirando por la pequeña ventana el crepúsculo azulado donde se dibujaba el quepis de un gendarme. Sin embargo, sentía lo que pasaba detrás de él, adivinaba a la señora Basso, que se acercaba a su marido, lo cogía por los hombros y pronunciaba con voz cortada:

—¡Di, entonces, que no es verdad!

Y Basso respiraba, se levantaba, rechazaba a su mujer, miraba a su alrededor con abultados ojos turbios de hombre ebrio. La estufa estaba abierta. La vieja echaba carbón. Lo que producía un gran círculo de luz roja en el techo, cuyas vigas sobresalían.

El chiquillo miraba a su padre y, como él, dejaba de llorar por una especie de mimetismo.

—Esto ha terminado. Discúlpeme —murmuró Basso de pie en medio de la habitación.

Se le veía dolorido. Su voz era cansada. No quedaba ya en él la menor energía.

—¿Confiesa usted?

—No confieso. Escuche.

Miró a los suyos con una mueca dolorosa, un largo fruncimiento de cejas.

—No maté a Ulrich. Si he tenido esta... esta debilidad, es porque me doy cuenta de que... de que yo... Estaba tan vacío que no encontraba sus palabras.

—¿Que usted no podrá disculparse?

Aprobó con la cabeza. Añadió:

—No le maté.

—Decía lo mismo en el momento de la muerte de Feinstein. Y, no obstante, acaba de confesar.

—No es lo mismo.

—Usted conocía a Ulrich.

Una sonrisa amarga.

—Mire la fecha que se encuentra en la primera página de este librito de notas. Hace doce años. Hace quizá diez que vi al padre Ulrich por última vez.

Poco a poco recobraba su sangre fría, pero su voz traicionaba una misma desesperación.

—Mi padre vivía todavía. Hable del padre Basso a los que le conocieron. Era un hombre austero, duro con los otros y con él mismo. Me dejaba menos dinero para mis gastos menores del que disponían los más pobres de mis compañeros. Entonces se me condujo a la calle de Blancs-Manteaux, a casa del padre Ulrich, que tenía costumbre en este género de operaciones.

—¿Y no sabe que murió?

Basso se calló.

Maigret insistió sin tomar aliento:

—¿No sabe que fue asesinado, transportado en auto hacia los muelles del canal Saint-Martin y arrojado a la esclusa?

El otro no respondió. Sus hombros se apretaban más.

Miró a su mujer, a su hijo, a la anciana que, porque era la hora, ponía la mesa sin cesar de lloriquear.

—¿Qué va a hacer usted?

—Le detengo. La señora Basso y su hijo pueden permanecer aquí o volver a su casa.

Maigret entreabrió la puerta y dijo al gendarme:

—Me traerá un coche.

Había grupos de curiosos en la carretera, pero se mantenían a distancia, como campesinos prudentes que eran. Cuando Maigret se volvió, la señora Basso estaba en los brazos de su marido. Y éste le daba golpecitos maquinalmente en la espalda mirando al vacío.

—¡Júrame que te cuidarás —decía ella con palabras entrecortadas—, y sobre todo, sobre todo que no harás tonterías!

—Sí.

—¡Júralo!

—Sí.

—¡Por tu hijo, Marcel!

—Sí —repitió con un tris de irritación, librándose de ella.

¿Temía dejarse arrebatarse por la emoción? Esperaba con impaciencia el coche que había oído pedir. Ya no quería hablar, ni escuchar, ni mirar. Sus dedos estaban agitados por un temblor febril.

—No mataste a este hombre, ¿verdad? Escúchame, Marcel. Es preciso que me escuches. Por... Por el otro, no se atreverán a condenarte. No lo hiciste expreso. Y se probará que este hombre era un individuo ruin. Voy en seguida a dirigirme a un buen abogado, al mejor.

Ella hablaba apasionadamente. Quería hacerse comprender.

—Todo el mundo sabe que eres un hombre honrado. Quizá incluso se obtendrá que te pongan en libertad provisional. ¡Sobre todo no es conveniente que te dejes abatir! Puesto que... que el otro crimen no es tuyo...

Y su mirada desafiaba al comisario.

—Veré al abogado mañana por la mañana. Voy a hacer venir a mi padre de Nancy, para que me aconseje. ¡Di! ¿Te sientes con valor?

Ella no comprendía que le hacía daño porque amenazaba con quitarle la poca sangre fría que le quedaba. Le escuchaba, al menos. Él acechaba sobre todo los ruidos de afuera. Deseaba con todas las fibras de su ser la llegada del coche.

—Iré a verte con tu hijo.

Al fin se percibió un ronroneo de motor y Maigret puso fin a la escena.

—En marcha.

—¡Me has jurado, Marcel!

No podía dejarle partir. Ponía el chiquillo en su dirección, para enternecerle lo más seguro. Basso estaba en el umbral y bajaba los tres escalones.

Entonces ella cogió el brazo de Maigret con tanta fiebre, que le pellizcó.

—¡Cuidado! —jadeó—. ¡Tenga cuidado de que no se mate! ¡Le conozco!

Vio el grupo de curiosos, pero lanzó hacia ese lado una mirada firme, sin vergüenza, sin timidez.

—¡Espera! Ponte tu pañuelo.

Corrió a buscarlo a la habitación, y se lo dio por la portezuela del coche, cuando éste estaba ya en marcha.

En el auto, se hubiera dicho que el hecho de estar entre hombres bastaba para crear un alivio. Maigret y Basso permanecieron al menos diez minutos sin decir nada, el tiempo de dejar la carretera departamental por la gran carretera de París. Las primeras palabras de Maigret parecían no tener ninguna relación con el drama.

—¡Tiene una mujer admirable! —dijo.

—Sí. Ha comprendido. ¡Quizá porque es madre! ¿Podría yo decir por qué, yo mismo, llegué a ser el amante de... de la otra?

Un silencio. Siguió en tono de confidencia:

—En el mismo momento, no se reflexiona. Es un juego. Después no se tiene el valor de romper. Se temen las lágrimas, las amenazas. ¡Y he ahí a dónde se llega!

La decoración se limitaba a los árboles, que desfilaban en el halo de los faros. Maigret llenó una pipa y pasó su petaca a su compañero.

—Gracias. No fumo más que cigarrillos.

Hacía bien en decir cosas vulgares, pequeñas frases de todos los días.

—Sin embargo, hay una decena de pipas en su cajón.

—Sí. Antes. Era incluso coleccionista rabioso de pipas. Fue mi mujer quien me pidió...

La voz se quebró. Maigret adivinó los ojos empañados de su compañero. Se apresuró a añadir:

—Su secretaria también le es muy afecta.

—Es una buena mujer. Defiende ávidamente mis intereses. Debe de estar trastornada, ¿verdad?

—Yo diría más bien que parece tener confianza. La prueba es que me ha preguntado cuándo volvería usted. En suma, todos los que están alrededor de usted le quieren.

De nuevo hubo silencio. Atravesaban Juvisy. En Orly los proyectores del campo de aviación barrían el cielo.

—¿Fue usted quien dio a Feinstein la dirección del padre Ulrich?

Pero Basso, desconfiado, no respondió.

—Feinstein recurrió a menudo al usurero de la calle de los Blancs-Manteaux. El nombre está en todas las letras de sus libros, y las sumas... A la muerte del chamarilero Feinstein le debía por lo menos treinta mil francos.

¡No! Basso no quería responder. Y su silencio tenía algo de obstinado, de voluntario.

—¿Cuál es la profesión de su suegro?

—Es profesor en el instituto de enseñanza media de Nancy. Mi mujer procede de la Escuela Normal, ella también...

Se hubiera dicho que el drama se aproximaba y se alejaba según las palabras pronunciadas. En ciertos momentos, Basso hablaba con una voz casi natural, como si hubiera olvidado su situación. Después, de pronto, se hacía un pesado silencio.

—Su mujer tiene razón. Por el caso Feinstein, tiene probabilidades de ser absuelto. Al máximo, arriesga un año. Por el caso Ulrich...

Y, sin transición:

—Voy a dejarle por la noche en la comisaría central de Policía Judicial. Mañana será hora de encarcelarle oficialmente.

Maigret sacudió su pipa, y bajó el cristal para decir al chofer:

—*Quai des Orfèvres!* Entrará por el patio. Todo se desarrolló con normalidad. Basso siguió al comisario hasta la puerta de la celda donde el vagabundo de la taberna también había sido encerrado.

—¡Buenas noches! —dijo Maigret al mirar si no faltaba nada en la habitación—. Le veré mañana. Reflexione. ¿Está seguro de que no tiene nada que decirme?

El otro estaba quizá demasiado conmovido como para hablar. De todos modos se contentó con agitar negativamente la cabeza.

\* \* \*

*Confirmando llegada jueves, stop, me quedaré algunos días, stop, besos.*

Fue el miércoles por la mañana cuando Maigret dirigió este telegrama a su mujer. Estaba instalado en su despacho del *Quai des Orfèvres* y ordenó a Jean que lo expidiese.

Unos instantes después, el juez de instrucción encargado del caso Feinstein le telefoneaba.

—¡Esta tarde espero entregarle el expediente completo del caso! —afirmó el comisario.

—...

—¡Sí! Al culpable también, claro...

—...

—¡De ninguna manera! ¡Un caso tan vulgar como cualquier otro! ¡Sí! ¡Hasta esta tarde, señor juez!

Se levantó y penetró en el despacho de los inspectores, donde vio a Lucas ocupado en dirigir un informe.

—¿Nuestro vagabundo?

—He repasado el arresto con el inspector Dubois. Nada interesante que señalar. Víctor comenzó por trabajar en el asilo de la *Armée du Salut*. Parecía tomar su papel en serio. Como había hablado de su pulmón, los miembros del Ejército de la salvación bien dispuestos a su consideración y creo que se le tenía como un recluta serio. En un mes, se le habría visto sin duda con el uniforme de cuello rojo.

—¿Y entonces?

—¡Un jaleo! Ayer por la tarde, un teniente de la *Armée du Salut* llegó y le ordenó no sé ya qué cosa a nuestro hombre. Éste rehusó obedecer, se puso a gritar que era una vergüenza hacer trabajar sin piedad a un hombre como él, atacado por todas las enfermedades. Después como se le rogara salir, llegó a las manos. Debieron echarle afuera por la fuerza. Ha pasado la noche bajo el

Pont-Marie. A esta hora, anda a lo largo de los muelles. Por otra parte, Dubois telefonará pronto para ponerle al corriente.

—Como no estaré aquí, le dices que traiga al hombre y que lo encierre en la celda donde ya hay alguien.

—Comprendido.

Y Maigret volvió a su casa, donde preparó su equipaje hasta mediodía. Almorzó en una cervecería de los alrededores de la République, consultó la guía de ferrocarriles y se aseguró de que había un excelente tren para Alsacia a las 10,40 de la noche.

Estas tareas le ocuparon hasta las cuatro de la tarde y poco más tarde tomaba asiento en la terraza de la *Taverne Royale*. Apenas se había sentado cuando James llegaba a su vez, tendía la mano, buscaba al camarero con los ojos y preguntaba al comisario:

—¿Pernod?

—Por supuesto.

—¡Dos pernods, camarero!

James cruzó las piernas, suspiró y miró ante él a un hombre que no tiene nada que decir ni que pensar. El tiempo estaba gris. Ráfagas de viento imprevistas barrían la calzada y levantaban nubes de polvo.

—¡Todavía habrá tormenta! —suspiró James.

Y sin transición:

—¿Es verdad lo que dicen los periódicos? ¿Ha detenido a Basso?

—¡Sí, ayer por la tarde!

—A su salud. Es absurdo.

—¿Qué es absurdo?

—Lo que él ha hecho. He ahí a un hombre serio, que parece enérgico, seguro de sí y que se perturba como un chiquillo. Hubiera sido más prudente rendirse desde el principio y defenderse. ¿Qué arriesgaba en el fondo?

Maigret ya había oído el mismo discurso de labios de la señora Basso y tuvo una divertida sonrisa.

—¡A su salud! Quizá tiene usted razón, pero quizá también esté equivocado.

—¿Qué quiere decir? El crimen no era premeditado, ¿verdad? En el fondo, eso ni siquiera puede llamarse un crimen.

—¡Exactamente! Si Basso no tiene más que la muerte de Feinstein que reprocharse, es un impulsivo y un débil que ha perdido tontamente su sangre fría.

Y el comisario, bruscamente, tan bruscamente que James se sobresaltó:

—¿Cuánto es, camarero?

—Seis cincuenta...

—¿Se va?

—Debo tener una entrevista con Basso.

—¡Ah!

—¿En realidad le complacerá verle...? ¡Claro que sí! Le llevo...

En el taxi no cambiaron más que frases comunes.

—¿La señora Basso ha soportado bien el golpe?

—¡Es una mujer muy valerosa! ¡Y muy cultivada! No lo hubiese creído viéndola tan sencilla. Y, sobre todo viéndola el domingo en Morsang en traje de marinero.

Y Maigret preguntó:

—¿Cómo está su mujer?

—Muy bien. Como siempre.

—¿No le han turbado estos acontecimientos?

—¿Por qué? Sin contar que no es mujer que se turba. Se ocupa de los quehaceres domésticos. Cose. Borda. Pasa una hora o dos en los grandes almacenes buscando algo de ocasión.

—Hemos llegado. ¡Venga!

Maigret condujo a su compañero a través del patio hasta el cuerpo de guardia, donde preguntó:

—¿Están ahí?

—Sí.

—¿Tranquilos?

—Excepto el que Dubois ha traído esta mañana y que afirma que se dirigirá a la Liga de los Derechos del hombre.

Maigret apenas sonrió, abrió la puerta de la celda e hizo pasar a James delante de él.

\* \* \*



No había más que un catre y era el vagabundo quien se había instalado en él, después de haber retirado sus zapatillas y su chaqueta.

Basso, en el momento en que la puerta se abría, se paseaba de un lado a otro con las manos detrás de la espalda. Su mirada se dirigió en seguida interrogadora a sus dos visitantes y se detuvo sobre Maigret.

En cuanto a Víctor Gaillard, se levantó con mal humor, se sentó y refunfuñó entre dientes cosas ininteligibles.

—He encontrado a su amigo James —dijo Maigret—, y he pensado que le complacería...

—Buenos días, James —respondió Basso, estrechándole la mano.

Pero fallaba algo. No se hubiera podido decir qué. Había en la atmósfera una reticencia, una frialdad indefinible, que quizá decidió a Maigret a precipitar las cosas.

—Señores —comenzó—, les ruego que se sienten, pues tenemos para algunos minutos. Tú haz sitio en el catre. Y, sobre todo, trata de permanecer un cuarto de hora sin toser. ¡Eso no sirve aquí!

El vagabundo se contentó con reír burlescamente, como hombre que espera su hora.

—Siéntese, James. Y usted también, señor Basso. ¡Perfecto! Ahora, si ustedes quieren, voy a tratar de resumir en algunas palabras la situación. Me escuchan atentamente, ¿verdad? Hace algún tiempo, un condenado a muerte de nombre Lenoir, dirigió, en el momento de morir, una acusación contra alguien cuyo nombre rehusó decir.

»Se trataba de un viejo crimen, cuya misma vulgaridad aseguró la impunidad.

»En suma, hace seis años, un coche abandonaba una calle de París y se dirigía hacia el canal Saint-Martin. Allí el conductor del auto bajó, cargó en sus brazos un cadáver que se encontraba en el interior y lo tiró al agua profunda.

»Jamás se hubiera sabido nada, si dos vagabundos no hubieran asistido a la escena. Dos vagabundos que tenían por nombre Lenoir y Víctor Gaillard.

»No les viene la idea de dirigirse a la policía. Prefieren aprovechar su descubrimiento y helos ahí que van a ver al asesino y le sacan regularmente

sumas de dinero más o menos fuertes.

»Únicamente que son todavía jóvenes en el oficio. No toman todas sus precauciones y una buena mañana su banquero ha cambiado de dirección.

»¡Es todo! ¡La víctima se llama Ulrich! ¡Se trata de un chamarilero judío, que está solo en París y que, por consiguiente, nadie se inquieta!

Maigret encendió lentamente su pipa sin mirar a sus interlocutores. En adelante no les miró más, pero se fijó obstinadamente en sus zapatos.

—Seis años más tarde, Lenoir encuentra por azar al asesino en cuestión, pero no tiene tiempo de reanudar con él relaciones fructuosas, pues un crimen que comete por su cuenta le vale una condena a muerte.

»Escúchenme bien, se lo ruego. Antes de morir, como les he dicho, pronunció algunas palabras, que me bastan para circunscribir mis búsquedas a un pequeño círculo determinado. Pero también escribió a su antiguo compañero para anunciarle la noticia y éste acude a la taberna de los dos centavos.

»He aquí, si ustedes quieren, el segundo acto. ¡No me interrumpen, James! Tú tampoco, Víctor. Y volvamos al domingo en que Feinstein murió. Ese día el asesino de Ulrich estaba en la taberna de los dos centavos. Era usted, Basso, o yo, o usted, James o Feinstein o no importa qué otro. Sólo hay una persona que puede asegurárnoslo con certeza: Víctor Gaillard, aquí presente. Éste abrió la boca y Maigret gritó literalmente:

—¡Silencio!

Después añadió en otro tono:

—Ahora bien, Víctor Gaillard, que es un malicioso y además un bribón, no tiene en absoluto deseos de hablar. Reclama treinta mil francos por dar el nombre. Pongamos que por veinticinco mil aceptaría. ¡Silencio, pardiez! Déjame terminar.

»La policía no tiene costumbre de ofrecer semejantes primas y todo lo que puede hacer por Gaillard es perseguirle bajo la inculpación de chantaje.

»Volvamos a los posibles culpables. He dicho hace poco que todas las personas podían ser sospechosas.

»Pero hay grados... Por ejemplo, está probado que Basso antaño conoció al señor Ulrich. Está probado que no solamente Feinstein le conocía también,

sino que la muerte del chamarilero le permitió no rembolsar la fuerte suma que le debía.

»Feinstein ha muerto. La investigación ha demostrado que era un personaje bastante poco recomendable.

»Si fue él quien mató a Ulrich, la acción penal se extingue y el expediente de este caso permanecerá donde está.

»Víctor Gaillard podría aclarármelo todo, pero no tengo derecho a aceptar su chantaje.

»¡Silencio, pardiez! Hablarás cuando se te pregunte.

Era el vagabundo quien se agitaba y abría la boca a cada instante para tomar la palabra.

Maigret no miraba todavía a nadie. Había hablado con una voz monótona, como se recita una lección.

Y, de pronto, se dirigió hacia la puerta refunfuñando:

—Vuelvo dentro de un instante. Tengo que hacer un telefonazo urgente.

La puerta se abrió, se volvió a cerrar y se oyeron unos pasos que se alejaban por la escalera.

## XI

### EL ASESINO DE ULRICH

—¡Diga, sí! De aquí a unos diez minutos, señor juez. ¿Qué? Todavía no sé. ¡Le juro...! ¿Tengo la costumbre de bromear?

Colgó, se paseó de un lado a otro en su despacho y se acercó a Jean.

—A propósito, a partir de esta tarde, estaré ausente durante algunos días. Aquí está la dirección a la que será necesario hacer dirigir mi correo.

Miró varias veces su reloj y al fin se decidió a bajar a la celda donde había dejado a los tres hombres.

Cuando entró, lo primero que vio fue el rostro rencoroso del vagabundo, que ya no estaba en el mismo sitio, sino que medía la habitación con rabiosos pasos. Basso, sentado en el extremo del catre, se mantenía con la cabeza entre las manos. En cuanto a James, estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados y miraba fijamente a Maigret con una sonrisa.

—Excúsenme por haberles hecho esperar. Yo...

—¡Está bien! —dijo James—. Pero su ausencia era inútil.

Y su sonrisa era más difícil a medida que Maigret se mostraba confuso.

—Víctor Gaillard no ganará sus treinta mil francos ni hablando ni callándose. Fui yo quien mató a Ulrich.

El comisario abrió la puerta y llamó a un inspector que pasaba.

—Enciérreme a este hombre no importa dónde hasta dentro de poco.

Designó al vagabundo, quien todavía gritó a Maigret:

—¡Se acordará de que fui yo quien le condujo a casa de Ulrich! Sin eso... ¡Y eso bien vale...!

Esta obstinación en sacar, costase lo que costase, provecho del drama, no era incluso ya innoble, sino detestable.

—¡Cinco mil! —gritó desde la escalera.

\* \* \*

Ya no estaban más que los tres en la celda. De los tres, Basso era el más abatido. Vaciló durante mucho tiempo se levantó y se puso delante de Maigret.

—Le juro, comisario, que he querido dar los treinta mil francos. ¿Qué pueden representarme? James no ha querido.

Maigret les miró uno detrás de otro con un asombro que se coloreaba de una simpatía creciente.

—¿Estaba usted al corriente, Basso?

—Desde hace mucho tiempo —murmuró éste.

James precisó:

—Fue él quien me dio las sumas que los dos bribones me arrancaban. Por eso lo he confesado todo.

—¡Es absurdo! —Basso se puso nervioso—. Eran suficientes treinta mil francos para...

—¡De ningún modo! —suspiró James—. No puedes comprender. El comisario tampoco.

Miró alrededor de él como para buscar algo.

—¿Nadie tiene un cigarrillo?

Basso le tendió su pitillera.

—¡Ni un pernod, claro! No importa. Es preciso que comience a acostumbrarme. Pero habría sido más fácil...

Y movía los labios como un bebedor a quien atormenta la necesidad de la bebida.

—En realidad, no tengo gran cosa que decir. Estaba casado. Un pequeño matrimonio tranquilo. Una pequeña vida como cualquiera. Encontré a Mado. Y tontamente, creí había llegado. Toda la literatura. *Mi vida por un beso. Una vida corta, pero buena. Asco de la vulgaridad.*

Tenía una manera flemática de decir eso que daba a su confesión algo de inhumano, de payaso.

—¡Hay una edad donde todo eso tiene lugar! ¡Piso de soltero! ¡Citas secretas! ¡Pastelillos y oporto! Y esas cosas cuestan caras. ¡Y ganaba mil francos por mes! ¡Es toda la historia, una historia tonta, para llorar! ¡No me atrevía a hablar de dinero a Mado! ¡No osaba decirle que no tenía con qué pagar el piso de soltero de Passy! Y fue el marido, por casualidad, quien me dio el informe de Ulrich.

—¿Le pidió prestado mucho? —preguntó Maigret.

—Ni siquiera siete mil. Pero es mucho cuando se ganan mil francos por mes. Una noche que mi mujer estaba en casa de su hermana, en Vendôme, Ulrich vino, me amenazó, si no pagaba por lo menos los intereses, con dirigirse a mis patronos por una parte y hacerme embargar luego. ¿Imagina la catástrofe? ¿Mi director que se enteraban de todo al mismo tiempo?

Y la voz permanecía tranquila, irónica.

—Hice el idiota. Primero no quería más que impresionar a Ulrich rompiéndole la cara. Pero, una vez su nariz ensangrentada, intentó gritar. Apreté el cuello. Sin embargo, estaba muy tranquilo. Es un error creer que, se pierde la cabeza. ¡Al contrario! Creo que jamás he tenido tanta lucidez. Fui a alquilar un coche. Sujetaba el cadáver de tal manera que se pudiera creer que era un compañero ebrio. Sabe el resto.

Estuvo a punto de tender el brazo hacia la mesa para coger un vaso que no se encontraba en ella.

—Esto es todo. Después de eso se ve la vida de otra manera. Seguí con Mado todavía un mes. Mi mujer tomó la costumbre de regañarme porque bebía. Y me era preciso dar dinero a los dos individuos. Yo se lo dije todo a Basso. Se cree que uno hace bien confiándose a alguien. Todo esto no es sino literatura. Lo que realmente es beneficioso es volver a comenzar uno su vida desde el principio, convertirse de nuevo en un niño pequeño en su cuna.

Todo aquello era tan ridículo y, sobre todo, estaba dicho tan ridículamente que Maigret no pudo impedir sonreír. Se dio cuenta de que Basso también sonreía.

—Únicamente, ¿verdad?, sería todavía más idiota ir un buen día a la comisaría y contar que uno ha matado a un tío.

—Entonces, ¿uno se crea su propio rincón para sí solo! —dijo Maigret.

—¿Puesto que es preciso vivir!

¿Era más triste que trágico! ¿A causa, sin duda, de la personalidad de James! Ponía su pundonor en ser sencillo. Sentía pudor de la menor emoción.

Aunque a fin de cuentas, era él el más tranquilo y parecía preguntarse por qué los otros dos tenían su expresión trastrocada.

—Es preciso que los hombres sean tontos para que el mismo Basso, un buen día... ¿Y además con Mado! ¿No con otra! ¿Y tenía que terminar mal! Si hubiese podido, hubiese dicho que fui yo quien mató a Feinstein. Uno se quedaba en paz de una vez. ¿Pero ni siquiera estaba seguro de los lugares! Ha hecho el imbécil hasta el fin. Yo le he ayudado lo mejor que he podido.

Había, sin embargo, algo en la garganta de James y fue por lo que guardó silencio durante un buen rato, antes de volver a hablar con la misma voz monótona:

—¿Como si no hubiera hecho mejor diciendo la verdad! Hace poco todavía, quería dar los treinta mil francos...

—¿Era, sin embargo, más sencillo! —refunfuñó Basso—. Ahora, por el contrario...

—¿Ahora, estoy libre de una vez! —terminó James—. ¿De todo! ¿De esta porquería de existencia! De la oficina, del café, de mi...

No terminó la frase. Pero había estado a punto de decir: ¿De mi mujer! De su mujer, con quien no tenía ya el menor punto en común. ¿Del estudio de la calle Championnet donde pasaba sus veladas leyendo sino lo que le venía a las manos! De Morsang, adonde iba de grupo en grupo para reclutar compañeros para el aperitivo.

Añadió:

—¿Voy a estar tranquilo!

¿En presidio! ¿O en la cárcel! ¿Ya no hay necesidad de esperar algo sin que se produjese! ¿Tranquilo en su rincón para sí solo, comiendo, bebiendo, durmiendo a una hora fija, rompiendo guijarros en la carretera o confeccionando accesorios de cotillón!

—En suma, probablemente se me condenará a veinte años...

Basso le miró. Apenas debía ver a su amigo, porque unas lágrimas inundaban sus ojos, corrían por sus mejillas.

—¡Cállate! —gritó, con los dedos crispados.

—¿Por qué?

Maigret se sonó la nariz y trató maquinalmente de encender su pipa que estaba vacía.

Tenía la impresión de no haber descendido jamás tan profundamente en lo negro de la desesperación. ¡Ni siquiera negra! ¡No! ¡Era una desesperación gris y apagada! Una desesperación sin frases, sin gestos despectivos, sin contorsiones. Una desesperación ante el pernod, sin ni siquiera tener el acompañamiento de la embriaguez. ¡James no se emborrachaba jamás!

El comisario comprendía ahora el sentido de la atracción que les reunía por la tarde en la terraza de la *Taverne Royale*.

Bebían, uno al lado del otro. Intercambiaban cualquier frase, despreocupadamente.

¡Y, en el fondo de sí mismo, James esperaba que en cierto momento su compañero le detuviese! Acechaba en Maigret la sospecha naciente. Esta sospecha, él la alimentaba, la veía agrandarse. Esperaba.

—¿Un pernod, amigo?

Le tuteaba. Le amaba como a un amigo que iba a librarle de sí mismo.

\* \* \*

Y mientras Maigret y Basso cambiaban una mirada indefinible, se escuchó a James que decía, aplastando la punta de su cigarrillo contra la mesa de madera blanca:

—Lo malo es que uno no pueda marcharse en seguida. El proceso. Los interrogatorios. Gente que llora o que se apiada.

Un inspector entreabrió la puerta.

—¡Ha llegado el juez de instrucción! —anunció. Y Maigret permaneció indeciso, no sabiendo cómo irse. Avanzó y le tendió la mano suspirando.

—¡Diga, entonces! ¿Quiere usted recomendarme a él? ¡Simplemente pedirle que todo vaya de prisa! ¡Confesaré todo lo que haga falta! Pero que se me envíe lo antes posible a un rincón.

Quiso corregir la gravedad de estas últimas frases y exclamó a guisa de conclusión:



—El que va a perder un cliente es el camarero de la *Taverne Royale*. ¿Irá usted todavía, señor comisario?

Tres horas más tarde, éste marchaba hacia la Alsacia, en un compartimiento de segunda clase, y, a lo largo del Marne, vio tabernas muy parecidas a la taberna de los dos centavos, con el piano mecánico bajo un cobertizo madera.

Cuando se despertó al amanecer, había, ante el tren detenido, una barrera pintada de verde, una pequeña estación rodeada de flores.

La señora Maigret y su hermana, ya inquietas, miraban las portezuelas una tras otra.

Y todo esto, la estación, el campo, la casa de los parientes, las colinas de alrededor, incluso el cielo, todo estaba fresco como si cada mañana hubiera sido lavado con grandes chorros de agua.

—Ayer, en Colmar, te compré unos zuecos barnizados. Mira.

Unos bellos zuecos amarillos que Maigret quiso ponerse antes incluso de quitarse su oscuro traje de París.

FIN



Última revisión por UMDN: 2 de abril de 2022

